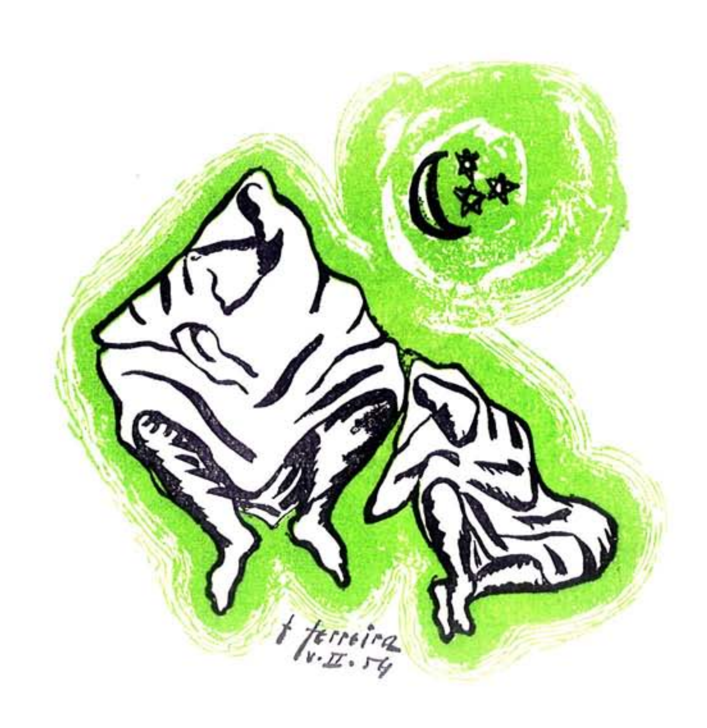
CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID 55
JULIO, 1954

INDICE

Páginas

BRÚJULA DEL PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Portada y dibujos del pintor español *Ferreira.* En páginas de color, un estudio de los principales aspectos de la Conferencia Internacional de Caracas, por *Ceferino I. Maestú.*

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

EDICIONES CULTURA HISPANICA

"Ediciones Cultura Hispánica" es hoy la única empresa editorial al servicio de Iberoamérica y Filipinas que viene realizando tenazmente, año tras año, el intento más considerable entre los pueblos de habla española, para dar a conocer las vivencias culturales de la comunidad hispánica y los más importantes hallazgos en el amplio campo del pensamiento y de la cultura contemporánea.

Desde su fundación, en el año 1945, toda una serie de volúmenes aparecidos en una ininterrumpida y sistemática labor han puesto de manifiesto ante el público lector el esfuerzo editorial que significa proyectar, a través de sus diversas Colecciones, sobre las clases cultas del mundo entero, la multiforme realidad hispanoamericana.

Literatura, Arte, Filosofía, Poesía, Ensayo, Historia, Geografía, Economía, Derecho, etc., son materias que, a través de las más consagradas y amenas plumas iberoamericanas y españolas, ofrece a sus lectores "Ediciones de Cultura Hispánica".

Nombres prestigiosos, como los de Ramón Menéndez Pidal, José Vasconcelos, José María Pemán, Carlos Pereyra, P. Constantino Bayle, S. J., Juan Manzano, Gonzalo Zaldumbide, Mercedes Ballesteros, Víctor A. Belaunde, Pedro Laín Entralgo, José Arce, Gerardo Diego, Eduardo Carranza, Leopoldo Panero, entre otros muchos, avaloran su catálogo editorial.

Pero hay más: "Ediciones Cultura Hispánica", nacida al servicio de los intelectuales de Hispanoamérica, en su deseo de acercarse cada vez más a la meta cultural que a sí misma se ha asignado, ofrece a todos los centros culturales del Mundo Hispánico, así como a los particulares, la posibilidad de recibir cualquier obra publicada por editoriales españolas y toda clase de libros antiguos o modernos, por cuenta de los interesados y a través de su distribuidora exclusiva para todo el mundo que es "Ediciones Iberoamericanas, S. A." (E. I. S. A.), Pizarro, 17, Madrid, y a ella, o a sus representantes en el exterior, pueden dirigirse para que les sean remitidos nuestro catálogo o nuestros libros, contra reembolso.

Igualmente, para todas aquellas obras que por su índole no encajen dentro de nuestro marco de publicaciones, "Ediciones Cultura Hispánica" se compromete a editar por cuenta de sus autores, y a través de su distribuidora E. I. S. A., cualquier original que nos envíen, encargándose muy gustosamente, de acuerdo con las indicaciones o sugerencias del autor, de la elección de formato, selección de papel, corrección de pruebas y realizar el envío, una vez concluída, de la obra cuya impresión se le encomiende.

AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS (Ciudad Universitaria)

MADRID (España)

EDICIONES CULTURA HISPANICA

OBRAS ULTIMAMENTE PUBLICADAS

CIENCIAS ECONÓMICAS:

La balanza de pagos en los países hispanoamericanos, por José Ignacio Ramos Torres. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 45 ptas.

Esquemas económicos de Hispanoamérica, por Francisco Sobrados Martín y Eliseo Fernández Centeno. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 50 ptas.

CIENCIAS JURÍDICAS:

Las Constituciones de la República Argentina. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones de Puerto Rico, por Manuel Fraga Iribarne. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones del Perú, por José Pareja y Paz-Soldán. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

Las Constituciones de la República de Panamá, por Víctor F. Goytia. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

POESÍA:

Martín Cerere, por Cassiano Ricardo. Trad. de Emilia Bernal. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

Ciudad y yo, por Blanca Terra Viera (Premio Ministerio de Educación de Uruguay, 1952). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 25 ptas.

Nueva poesía panameña, por Agustín del Saz. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 65 ptas.

Canto personal, por Leopoldo Panero (2.ª edición). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

La llama pensativa, por Evaristo Ribera Chevremont. Madrid, 1954. 13 × 21 centímetros. 50 ptas.

Memorias de poco tiempo, por José Manuel Caballero Bonald, con ilustraciones de José Caballero. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

ARTE:

La pintura española contemporánea, por Manuel Sánchez Camargo, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 20 × 27 cms. 275 ptas.

ENSAYOS POLÍTICOS:

El mito de la democracia, por José Antonio Palacios. Madrid, 1954. 14 × 21 centímetros. 65 ptas.

El pensamiento de José Enrique Rodó, por Glicerio Albarrán Puente. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 100 ptas.

Elogio de España al Ecuador (Conferencias pronunciadas por el doctor Marañón, Pemán, Laín Entralgo, Marqués de Lozoya y Sánchez Bella. Con una introducción del Excmo. Sr. D. Ruperto Alarcón Falconí, Embajador del Ecuador). Madrid. 15 × 20,5 cms. 30 ptas.

CIENCIAS HISTÓRICAS:

Causas y caracteres de la independencia hispanoamericana (Congreso Hispanoamericano de Historia). Madrid, 1954. 17 × 24 cms. 90 ptas.

Código de Trabajo del indígena americano, por Antonio Rumeu de Armas. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Azul celeste y blanco (Génesis de la bandera argentina), por Ricardo A. Herren. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Dogmas nacionales del Rey Católico, por Francisco Gómez de Mercado y de Miguel. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 75 ptas.

HISPANIDAD:

Sobre la Universidad Hispánica, por Pedro Laín Entralgo. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 20 ptas.

Destino y vocación de Iberoamérica, por Alberto Wagner de Reyna. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 23 ptas.

GENEALOGÍA Y HERÁLDICA:

Dignidades nobiliarias en Cuba, por Rafael Nieto Cortadellas. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

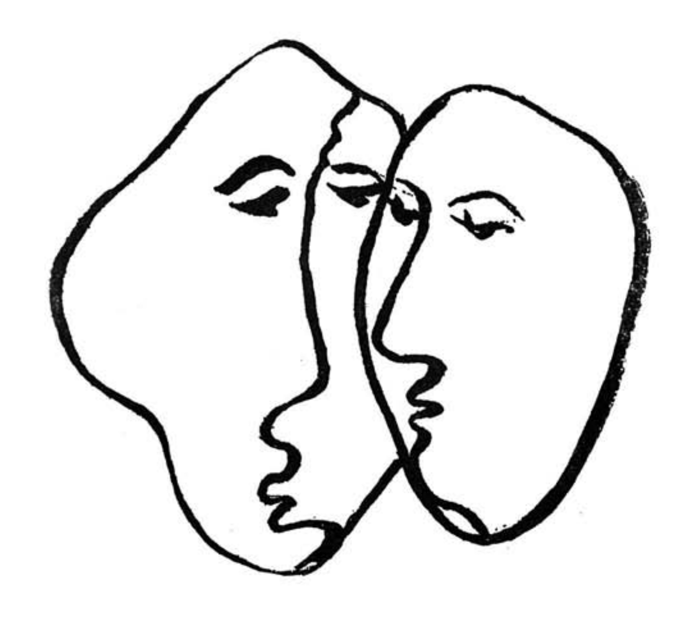
Blasones de los virreyes del Río de la Plata, por Sigfrido A. Radaelli, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 cms. 50 ptas.

BIBLIOGRAFÍA:

Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España, por José Tudela de la Orden. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

LITERATURA:

La ruta de los conquistadores, por Waldo de Mier. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 centímetros. 45 ptas.



BRUJULA DEL PENSAMIENTO

EL CRISTIANISMO "BURGUES"

POR

MARCEL DE CORTE

La forma primitiva del cristianismo burgués es, indudablemente, el jansenismo. La exaltación de lo sobrenatural que lo caracteriza no debe hacer ilusión. Si el burgués jansenista no cree más que en un Dios sobrenatural, infinitamente distante de ese mundo donde se ejerce la actividad del hombre, es, ante todo, porque no cree ya en la Naturaleza, en la religión natural y en las misteriosas armonías que gobiernan el universo. La extraña agudeza psicológica de la cual hace prueba, supone en él, por otra parte, la presencia del mal, que denuncia con tanta certeza. Si separa la Naturaleza y lo sobrenatural por compartimentos estancos, es que observa en sí su recíproca repulsión: la Gracia no tiene ya la menor raíz en el hombre, y el cristianismo reviste para él un aspecto desencarnado, ascético e incoloro, que anuncia ya su desvitalización ulterior. Preservando la fe de toda relación con la Naturaleza y sus prolongaciones afectivas, el jansenista introduce en ella un fermento racionalista que preludia su descomposición. Su teología, regulada como un teorema por un riguroso encadenamiento de proposiciones claras y limpias, duras y cortantes, que trazan entre la creación y el Creador una violenta antítesis, y que hacen de Dios un implacable geómetra, indica que el espíritu ha consumado en él su ruptura con la vida. El aparato ortopédico del cual rodea su religión es el signo de una deficiencia congénita: nos ofrece el espectáculo de una carencia de vitalidad compensada con exceso por un rigorismo más pensado que vivido. En resumen, el cristianismo jansenista refluye de los confines del ser hacia las regiones superiores de la especulación, donde se encierra y aprisiona con él el comportamiento del hombre. En ese sentido es el esbozo del formalismo radical: su último avatar.

Publicamos en estas páginas un capítulo de la obra Ensayo sobre el fin de nuestra civilización, *del pensador francés Marcel de Corte, sobre el cristianismo "burgués". La obra, traducida al castellano, tendrá próxima aparición en Fomento de Cultura Ediciones, de Valencia, que dirige inteligente y sacrificadamente Francisco Sabaté. En estas mismas ediciones apareció, no hará mucho, la obra de Louis Sallerón* Capitalismo y Catolicismo, *uno de cuyos capítulos fué cedido igualmente a las Ediciones Cultura Hispánica.*

Nada es más opuesto a la forma jansenista del cristianismo burgués que el cristianismo aldeano de Péguy, alimentado de las savias de la creación:

Y el árbol de la gracia y el de la naturaleza
Han unido sus dos troncos de nudos tan solemnes,
Han confundido tanto sus destinos fraternales
Que tienen la misma esencia y la misma estatura.

En la medida en que era insostenible (pues la vida cristiana es también orgánica y hecha de relaciones), esa fase del cristianismo burgués es rápidamente transformada en creencia deísta. Su Dios, abstraído del mundo concreto, elaborado por un ser humano, obligado él mismo a abstraerse de la vida para condensarse ascéticamente en el pensamiento, ha degenerado en un concepto impersonal, al cual las leyes de la materia, paralelamente descubiertas y formuladas, suministran el gálibo algebraico. Aparece el Dios del burgués Voltaire (1), que reina y no gobierna, cuya trascendencia es en ese punto inaccesible, que no se apercibe ya y que deja el mundo de aquí abajo evolucionar en una libertad total. El sobrenaturalismo jansenista ha seguido su pendiente: su rigidez se cambia en delicuescencia. Recordemos, por otra parte, la expresión de Bayle: "El deísmo está cerca del ateísmo."

Entre esos dos extremos se sitúa la forma muy particular que reviste el cristianismo burgués de nuestra época. Aunque varíe sin cesar y se componga casi siempre con sutiles degradaciones psicológicas, se ven en ella fácilmente los rasgos más importantes de toda religión en su declive, contaminada por la civilización ambiente: la desencarnación de Dios y del hombre, la proyección de los valores divinos y humanos en la región de la impersonalidad, el cisma entre el espíritu y la vida, el endurecimiento de lo sobrenatural y de la Naturaleza en categorías espaciales.

Las relaciones entre esos cristianos y Dios son difícilmente personales. Repugnan a la incorporación total y visible. Se establecen a la altura del cerebro sin descender hasta las fuentes de la acción e impregnarlas. La realidad divina es considerada en ellas como un principio abstracto, como una ley general del orden, particularmente del orden social, el mismo impersonal, jurídico, convencional, acechado por la mecanización. Cristo, tomado como una persona de la Santa Trinidad, encarnada para la salvación del gé-

---

(1) En la época de Voltaire, la palabra burgués tenía un significado bien diferente del que tiene hoy. Entonces se llamaba *bourgeois*, burgués, al ciudadano, al hombre que vivía en las ciudades, mientras que hoy, como se sabe, burgués se dice al poseedor, al rico, al amo, al dueño de una explotación cualquiera. *(N. del T.)*

nero humano, diluye su presencia en una vaga imagen exangüe, irreal, evanescente. El mensaje evangélico ve debilitar su fuerza y agotarse en algunas máximas morales de conducta, de las cuales las más salientes se reducen ellas mismas a una corteza de respetabilidad que recubre las relaciones mundanas. El misterio cristiano pierde su ímpetu vital. En los casos más favorables procede de una fe "ilustrada", es decir, hecha lo más aceptable posible por todo espíritu, desembarazada de toda excrecencia "supersticiosa", secretamente hostil a la intervención de Dios en el curso de los acontecimientos de la existencia. Adornando, ante todo, el pensamiento o los actos importantes de la vida en sociedad, esa fe no adhiere más que a lo que es "razonable". Lo más frecuente, el misterio cristiano, no es creído más que "en grueso", como una masa importante, imponente, pero exterior, a la cual no se acerca apenas, que se asimila ocasionalmente de la misma manera que un cordial en caso de malestar, y que no se integra de ningún modo en la existencia diaria. Esta es transmitida al trabajo en un mundo distinto, separado, que no es ya la creación y que no refleja ya el semblante del Creador.

Semejante mundo no tiene nada ya de misterioso, de apocalíptico, de oscuro; el burgués lo conoce claramente, distintamente, puesto que él lo crea cada día a su alrededor con su actividad industrial o comercial. Entre Dios y el mundo se interpone el hombre, entidad sólida, espesa, consciente y contenta de sí, que pide a Dios sus títulos de admisibilidad en el universo y que no le acoge más que en la piel de un espíritu desarraigado de la vida, decidido a no dejarle entrar más adelante. La vida del burgués está del lado del mundo profano; su espíritu está por eclipse del lado de Dios: entre los dos no hay, en modo alguno, una medida común. Desprovisto de esa capacidad vital de inclusión en lo creado, que le permitiría suspender su ser al Creador, no tiene más que ofrecer a Dios que su espíritu demacrado. No estando ya con los seres en estado de comunión vital, no forma parte ya de su conjunto polifónico y abigarrado; está solo ante Dios, quien no residirá más que en el seno de su conciencia. Su religión se interioriza, y esa interiorización es lo contrario de una encarnación y de un arraigo en la existencia. La religión "espiritual" del burgués pierde así la fuerza, el colorido, la sangre y la savia que confiere la vitalidad. Es un Dios pensado, reflexivo, prudente, enemigo de toda locura, y no un Dios vivido, experimentado, que tiende a ser el Dios burgués. Es un Dios que no es ya un *tú*, sino un ser de razón. La religión burguesa, privada de esa potencia de adhesión al ser y al Prin-

cipio del ser que comunica la participación vital al universo, consiste más en una "religión" del yo a su propia inmanencia que en una relación afectiva a la trascendencia divina.

Una doble consecuencia sigue: primero, el cristianismo burgués se vacia de su sustancia, despoja la relación del yo al tú absoluto de su riqueza concreta y personal. Se empobrece, cae en una tibieza y en una neutralidad sinuosa que rechaza el compromiso total; en seguida se mecaniza en un puro ritualismo. Ciertos ritos religiosos son subrayados en él con ostentación, en la medida en que van acompañados de pompas y solemnidades exteriores, capaces de disimular esa ausencia de relaciones afectivas y personales entre el hombre y Dios: el Bautismo, el Matrimonio, los Funerales, que ocultan por su carácter social la indigencia de la relación, y que, en rigor, pueden prescindir de la intervención personal. Esos ritos resisten mucho mejor que los otros a la usura y a la desafección. No ocurre lo mismo con los sacramentos que obligan a la comunión directa entre la personalidad total del hombre y Dios: la Penitencia y la Eucaristía, por ejemplo. Por cuya razón ese cristianismo desvitalizado las coloca en segundo lugar o las hace desaparecer: donde Dios no puede ser transformado en una abstracción y donde su presencia es sentida como una necesidad que debe encarnarse en la vida, se desvanece del campo de la conciencia. Esta no retiene más que lo que se adapta a su desvitalización: *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*. A ese fenómeno típicamente burgués se sujeta la distinción entre creencia y práctica: "¡Somos creyentes, pero no somos practicantes!" En otros términos, la creencia en Dios no franquea el abismo que separa en el hombre el espíritu de la vida. Se encierra en una interioridad que no es más que un vacío.

Esa desencarnación del cristianismo en la burguesía es esencial para comprender la descristianización del pueblo. Va acompañada, por otra parte, de una desencarnación *correlativa*—se la ha señalado poco frecuentemente—del sentido del prójimo: la ideología de los Derechos del Hombre, difundida en el mundo por la burguesía, ha tomado paralelamente el lugar del prójimo efectivo y concreto. Cualquier cosa que se haya dicho de ello, esa fraternidad abstracta, no revela, de ningún modo, la presencia de una energía cristiana desviada, sino su desvitalización caricatural: es demasiado evidente que una doctrina que no considera ya el prójimo en tanto que próximo, en su proximidad viva, se sitúa en los antípodas del cristianismo.

Esa separación entre el espíritu y la vida sobre el plano de las

relaciones con el próximo es potentemente reforzada por una nueva herramienta económica que la burguesía ha inventado y perfeccionado desde su nacimiento: el dinero. Es absurdo soñar con un mundo terrestre en el cual el dinero no representara nada. Pero una cosa es el dinero puesto al servicio de los intercambios vitales de hombre a hombre y otra cosa el dinero considerado como medio de intercambio absoluto, independiente de toda relación concreta. El primero es vitalizado y fecundado por su subordinación a los valores humanos, como la planta al sol; el segundo no es más que un designio del espíritu, que reduce así todo lo que le rebasa. Y esa abstracción separada de la vida se adapta admirablemente a la mentalidad hendida de ese cristianismo burgués, que se sitúa en el origen de nuestra civilización industrial y comercial, que se integra en ella, y de la cual ha recogido sus beneficios. Es inútil rehacer aquí ese proceso, muy frecuentemente contaminado en quien lo dirige por un deseo idéntico al que anima al acusado. Señalemos simplemente los destrozos que provoca el dinero, considerado en su fluidez abstracta: está en su poder de matar al próximo, porque permite al hombre pasarse sin él. "Usted me ha dado su trabajo. Yo le he dado su salario. Estamos en paz." Bajo el dinero, medio de intercambio absoluto, era un ser humano anónimo, intercambiable, sin relación, y que por ese hecho se presentará a su vez como un absoluto. Desencarnando y "espiritualizando" el valor del dinero, la civilización industrial, que es la obra de la burguesía, ha roto los lazos vitales entre los hombres. Ha contribuído al descenso del *tonus* vital de la religión cristiana en aquellos de sus representantes que deberían servir de ejemplo al pueblo.

La estructura económica y social de la burguesía ofrece, por otra parte, una línea de menor resistencia a las posibilidades de escisión entre el espíritu y la vida que no dejan de trabajar los hombres de nuestro tiempo. Es un hecho sólidamente establecido por la Historia que el cultivo del campo y de los oficios próximos a la Naturaleza viva, basados sobre cambios directos de prójimo a prójimo, son eminentemente propicios al espíritu religioso, si no han sido perturbados previamente por las influencias del dinero. La razón de ello es simple. Por la mano y la herramienta que la prolonga, el hombre pasa por su obra. Se encarna, por decirlo así, en lo que hace. El hombre con sus dos componentes, espíritu y vida, está en relación inmediata con lo real que trabaja, que domina sin duda de cierta manera, pero lo cual debe sin cesar tener en cuenta, porque lo real le domina a su vez y le inculca las vir-

tudes de obediencia, de resignación, de prudencia y de abertura a todas las voces del universo. ¡El labriego y el artesano modifican poco el mundo en cuanto a lo que de él aceptan! Están cerca de las fuentes del ser, y esa vecindad les dispone a la contemplación. La relación religiosa de la persona concreta a la Trascendencia concreta, de la cual sienten la presencia en el mundo, se anuda normalmente en su corazón, tanto como se manifiesta en las relaciones de la vida diaria. La encarnación es necesaria a su fe. Por eso, el campo es la gran reserva del espíritu religioso, en tanto que las *élites* alrededor de las cuales gravita la vida social lo mantengan a su nivel y lo hagan visible.

No ocurre lo mismo en las profesiones específicamente burguesas—industria, finanzas, comercio—, al menos cuando rebasan el plano local y anulan por su envergadura la posibilidad de un contacto inmediato con los seres y las cosas. Por viva que sea la fe de los que las ejercen, su influencia religiosa es casi nula, por falta de líneas naturales de comunicación. Esas actividades ponen a la disposición del hombre fuerzas de un carácter anónimo que exigen de él una atención y una presencia desencarnadas. Más allá de cierta medida, que puede variar de individuo a individuo, pero que sigue restringida, le es imposible al hombre abrazar una vasta porción de la realidad social sin diluirla artificialmente en abstracciones manejables. La corriente de vida que va del hombre a lo real está entonces rota. Entre el hombre y el ser se interponen construcciones del espíritu que no emanan ya de la vida y que toman un sesgo mecánico: administración, máquinas, papeleo, gráficos, estadísticas, cálculos, etc., donde se disuelve la personalidad de los elementos del conjunto, y sobre los cuales el hombre no actúa más que desencarnándose él mismo. Está demasiado claro que semejante actitud es hostil a la relación del hombre a Dios. ¿Cómo el que no puede amar al prójimo, que debería ver, puede amar a Dios, que no puede ver?

Y donde la ley de encarnación no juega ya, no hay ya ejemplo. Y en donde se oculta la verdad, el cristianismo se marchita y desaparece. No hay que engañarse sobre este punto: ninguna predicación, ninguna instrucción religiosa puede reemplazar el ejemplo. Los valores cristianos vividos a título ejemplar son y siguen siendo, en la práctica, el solo vehículo de la propagación de la fe para la mayoría de los hombres. Sobre la burguesía, que asume la dirección de la civilización moderna y que se encuentra social y religiosamente desencarnada, recae en gran parte la responsabilidad de la defección religiosa de las masas.

Ese fenómeno, que ha tomado en nuestros días una enorme amplitud, nos conduce derecho al examen de la forma progresista del cristianismo actual. Persuadidos de que la burguesía ha terminado su misión histórica; convencidos de que el advenimiento de las masas en la Historia constituye una evolución, a la cual sería inútil oponerse, buen número de cristianos esperan evangelizar "el cuarto Estado". Pero esto no es más que el aspecto exterior de ese nuevo cristianismo. Por difícil que sea penetrar en los arcanos de un movimiento en formación, donde se confunden inextricablemente la utopía y la generosidad, es, sin embargo, posible vislumbrar ciertas grandes líneas directrices.

La civilización contemporánea, se nos afirma, es hija del cristianismo. Creo que sólo en apariencia puede renegar de sus orígenes engañándose ella misma sobre su sentido verdadero. Además, después de Cristo la evolución del mundo es inseparable de la realización de las promesas evangélicas, que se persigue indefectiblemente, sin la menor detención, hasta que no haya más que un solo rebaño y un solo pastor: el Cristo universal. La crisis actual no tiene, pues, nada que deba conmover el alma cristiana; no es más que una simple crisis de crecimiento acompañada de impurezas, de excesos, de violencias de toda especie, como toda crisis de adaptación a un estado superior. Los males de los cuales sufrimos son los dolores que acompañan el nacimiento de una nueva Humanidad, elevada a dimensiones cósmicas. Una sociedad nueva, de la cual la democracia y el proletariado llevan el peso, emerge lentamente fuera de las cavernas de la Historia. Elabora valores culturales, políticos, económicos: ciencia, técnica, libertad, justicia, progreso, solidaridad, prosperidad, que tienden a unificar el mundo bajo su estandarte, gracias a una organización metódica de las aspiraciones y necesidades terrestres, mejorando los ensayos informes de las edades precedentes. Su carácter mismo les dispone a insertarse en la catolicidad de la Iglesia. Su empuje es irresistible. La Humanidad laboriosa los ha concebido para escapar a la esterilidad de un pasado que su desarrollo no tolera. Repuestos en su perspectiva auténtica, momentáneamente desviada por su propia exuberancia, esos ideales de la conciencia moderna no son, por otra parte, más que la refracción en el tiempo de verdades evangélicas, que los cristianos han dejado caer de sus manos por cansancio y por debilidad. Importa, pues, que los cristianos de hoy, más preocupados del ecumenismo de su fe, más conscientes del humanismo que

se despliega a la medida del mundo, trabajen con toda su alma a la realización social y temporal de esos ideales que prolongan el Evangelio en el universo. Su tarea es reconciliar la Iglesia y la civilización moderna, separadas la una de la otra por ciegos prejuicios heredados de una época pasada, con el fin de ofrecer a Dios el mundo del porvenir al término de esa asunción de la Humanidad. Lejos de estar amenazado—si no es por los espíritus retrógrados—, el cristianismo ve, pues, abrirse ante él inmensos horizontes apostólicos.

Esas tesis, dispersas en la nebulosa del neocristianismo en formación, y que toman, según los casos y las circunstancias, un acento filosófico, político o científico, incitan las reservas siguientes.

En principio, es menester meterse bien en la cabeza, y especialmente en el corazón, que el cristianismo no está hecho ni para salvar las masas ni para promover los valores de una civilización, sino para introducir en cada ser humano concreto el fermento de la Gracia. Concebir el cristianismo como capaz de coronar las aspiraciones de una colectividad cualquiera o de bautizar los ideales de la civilización moderna, cualesquiera que sean, es rebajarlo al nivel de las diversas ideologías, que se ponen delante de las multitudes para inocularles "un orden nuevo". Un complejo de inferioridad solapado, insidioso y demasiado visible, trabaja en los neocristianos influídos por la ciencia, la técnica y la filosofía de la historia modernas, si no hasta por la política. Reaccionan a eso "sublimando" su propia fe y por una curiosa transposición del freudismo, haciendo de la Gracia—antes concebida como un "accidente" por la teología escolástica—el motor y la sustancia hipostasiada de la evolución de la Humanidad. El cristianismo no es social más que si es en principio personal: tal es la verdad de primera dimensión que importa recordar.

Además, las masas constituyen un fenómeno social y patológico, que rebasa la pobreza o miseria hacia la cual se dirige el ímpetu de la caridad cristiana. Santo Domingo lo describía en una imagen notable: "El grano amontonado, fermenta", y Lamartine preveía de ello las consecuencias:

Guardad que en sus caminos el hombre no se codee.
Que el semblante humano sea para el hombre un júbilo:
La multitud, asediándole, pervierte sus inclinaciones,
Y los hombres, demasiado cerca de los hombres, son malos.

La tarea que se impone es de disolver el fenómeno de las masas, con el fin de que los hombres, en lugar de estar aglutinados a sus

semejantes, puedan rehacerse lazos orgánicos que les hagan presentes unos a otros y les dispongan a una interacción mutua, donde se bosquejaría su amor recíproco. El problema actual no consiste, pues, en una carrera de velocidad entre el cristianismo, por dilatado que esté, y las diversas seudoideologías, que ejercen su atracción sobre las masas. No se trata de combatir la civilización moderna en su propio terreno, con peligro de hundirse con ella. Se trata simplemente de descongestionar las masas. Y esa operación —suponiendo que sea aún posible— no será la obra del cristianismo tomado como tal: la Gracia no transforma más que los individuos. Es un acto de curación social, política, económica, que corresponde al orden natural, pero que encontraría, con toda evidencia, un auxiliar superior en el cristianismo si fuera emprendida. Pues si la fe no incorpora el cristiano más que a la Iglesia, cuerpo místico de Cristo; si no inserta al hombre en ningún cuerpo social determinado, puede mejorar de una manera precisa las sociedades, las instituciones, la civilización, pasando por el canal necesario de los individuos. Para tomar un caso típico, el cristianismo no "informa" en ningún modo la familia, pero eleva la calidad de sus miembros y confiere una cohesión más perfecta a los cambios familiares naturales. Todas las cosas iguales, por otra parte, es indiscutible que la familia cristiana—si sus miembros son verdaderamente cristianos—está más unida que una familia no cristiana. La pretensión de proyectar en las formaciones sociales y temporales de una época las verdades evangélicas o discernir entre las unas y las otras hipotéticas armonías, procede de un error, del cual las mejores inteligencias de nuestro tiempo no consiguen liberarse y que consiste en considerar lo social—que sea sano o no—como una especie de individuo gigante. Nuestros contemporáneos están literalmente hipnotizados por lo colectivo. El mito del "grueso animal" los subyuga: las entidades colectivas están dotadas de una vida propia a sus ojos.

Tomemos de nuevo la conclusión del capítulo precedente: lo colectivo, tomado como tal, no tiene ninguna existencia, como no sea en donde el hombre degenera. Lo que existe es un conjunto de personas interdependientes las unas de las otras en virtud de factores estrictamente naturales, donde el artificio humano no se introduce más que a título supletorio: su ligazón orgánica constituye entonces una comunidad. Desde entonces, si una comunidad es cristiana, lo es en la medida en que está compuesta de individuos que son cristianos ellos mismos, donde las relaciones de interdependencia que se manifiestan están cargadas de cristianismo. La fe que impregna el comportamiento individual de sus miembros

no puede impregnar su comportamiento social. Llegamos aquí a esa elemental perogrullada que una sociedad es cristiana sólo en la medida en que sus miembros son cristianos; cuanto más ellos son cristianos, más la sociedad en que viven será cristiana. Pero con una condición *sine qua non:* con la condición de que haya previamente *sociedad.* Y la masa no es una sociedad. Es imposible que sea nunca cristiana, cualquiera que sea el grado de santidad del evangelizador. Las conversiones individuales que puedan producirse en ella no tendrán nunca ninguna irradiación social, porque no dispondrán de esas relaciones de interdependencia capaces de transportar la fe. Para que la masa acepte el cristianismo, será menester que desaparezca como masa, será menester que los lazos sociales se rehagan primero en ella. El cristianismo vigoroso de las edades apostólicas no ha salvado a las masas romanas decadentes. El cristianismo debilitado de hoy no salvará a las masas engendradas por la civilización contemporánea.

En cuanto a los valores o postulados de la conciencia moderna, conviene considerarlos en los hechos donde secretan uno a uno su contrario: la libertad, la servidumbre; la justicia, la venganza; la técnica, la parálisis de la economía y la guerra; la solidaridad, la división; la grandeza, la mezquindad partidista; la prosperidad, el hambre, etc. ¿No es hasta el valor universal de la ciencia, que traducida y difundida en las mentalidades engendra una ignorancia libresca, una barbarie pretenciosa, de las cuales el hombre moderno está saturado hasta la medula por la escuela, el periódico, la radio y el cine?

Esa dialéctica de los contrarios no tiene nada de misteriosa. Los valores modernos inyectan automáticamente su propia negación, porque el hombre que los elabora es presa del antagonismo de un espíritu desvitalizado y de una vida desespiritualizada, que se devuelven el uno al otro por un juego de báscula. Esos valores, tomados en ellos mismos, no están en litigio: su nobleza no es discutible. Lo que está en litigio es la estructura antropológica del hombre que los recibe y los desnaturaliza. Cuando se ha comprendido el fenómeno de la desencarnación, el problema de los valores dichos modernos, donde florecen las peores confusiones, se vuelve maravillosamente claro. El mejor de los alimentos, recibido en un estómago averiado, tiende a veneno. La ruptura del lazo nupcial entre el espíritu y la vida, entre el hombre y el orden del ser donde su existencia se arraiga, transforma los valores en abstracciones mecánicamente distribuídas en una materia "humana" privada de alma, donde se cambian en su contrario.

El espíritu desvitalizado los proyecta en una "vida" amorfa que no alimenta ya la experiencia de lo real. Anulados por el espíritu y la vida, los valores giran en esquemas de conducta imaginarios, que destruyen de arriba abajo lo que pretenden instaurar: el alimento imaginario elimina el alimento real. Así, la libertad desencarnada del ser humano, que es de ella la sede y el límite, reduce al hombre a la esclavitud, pulverizando las lindes al interior de los cuales podría, efectivamente, ser libre. Sobreimpuesta a un ser dividido, huye a través de sus fisuras, llevándose todas las libertades concretas de las cuales habría podido gozar. Semejante libertad desarraiga el árbol, impide circular la savia por sus ramas y entrega el árbol muerto al hacha del leñador. Ocurre lo mismo con los otros valores que están en trance de unificar el planeta. Su movimiento dialéctico lleva el mundo hacia una unificación *en lo vacío*, que cubre con un manto verbal la dispersión e impermeabilidad de los hombres. La unidad ficticia y su contrario se revelan indisolublemente ligados: la unidad real perece aplastada entre la caricatura y su negación alternadas.

Después de esto, es inútil añadir que los "valores modernos", tomados no en tanto que valores o en tanto que modernos, sino en su relación con el hombre de nuestro tiempo, revelan una formidable regresión vital de la Humanidad, análoga a la que sufrió la civilización antigua antes de sucumbir por su descomposición interna. Lejos de ir al encuentro del cristianismo, se alejan de él cada día más, porque son perseguidos por un hombre abstracto y desencarnado, incapaz de actuar si no es en masa y bajo la dirección de agitadores, que le sustraen sus últimas reservas de vitalidad. Para estar experimentalmente convencido de ello, no hay más que asistir a un mitin cualquiera; se asirá allí en lo vivo, o más bien en lo que muere, el instante preciso donde las últimas reacciones vivas de un pueblo son lanzadas desvergonzadamente al brasero de los "valores", que los disipa en humo. Toda verdad guardada aún por el hombre debilitado es inmediatamente destruída por la mentira de los "valores".

Comprendemos ahora la razón simple y profunda por la cual el cristianismo no penetra en la humanidad contemporánea. Contrariamente a la idea popularizada por Nietzsche, el cristianismo exige de sus adeptos la virtud esencial de la *fuerza*. No es la religión de los débiles, de los desdichados, de los mal construídos, que enquistan su pobre egoísmo vital en un sobrenatural adulterado. Es la religión de los que resisten a la corrupción. Si la fuerza es el principio del hacer humano, como lo es de la Naturaleza—¡las

fuerzas de la Naturaleza!—, existe entre ella y la Gracia, principio del hacer sobrenatural, un acuerdo tácito. Y si el cristiano cae, como todo hombre, es tocando de frente la ley moral y no construyendo un sistema de valores, destinado a poner el universo en armonía con su caída. En ese sentido, el pecado de los fuertes tiene más recursos que la "virtud" de los débiles. Los progresos del cristianismo en el mundo bárbaro de otro tiempo, su retroceso en el mundo "virtuoso" de hoy, no tienen otra explicación. Clovis era pecador, Robespierre era "virtuoso": midamos la diferencia.

He ahí lo que no comprende ya cierta *intelligentzia* cristiana, abrigada en el sobrenaturalismo, en el desconocimiento del pacto nupcial que el hombre ha concluído con la Naturaleza, en el olvido de la presencia concreta del prójimo en carne y hueso. A ese respecto recordamos a un eminente filósofo cristiano, especializado en las cuestiones sociales y políticas, que nos confesó un día no haber nunca estrechado la mano de un obrero. ¡Cuántos sacerdotes, religiosos, encerrados en sus seminarios, en sus conventos, en sus cátedras profesionales, expresan a todo propósito teorías sobre el porvenir de la civilización, sobre las relaciones entre la Iglesia y la ciudad nueva, sin tener la menor experiencia del hombre de la calle, hoy "soberano" en la materia!

Es desconsolador ver esa efusión de amor espiritual hundirse en el pantano de los "valores" abstractos, bajo pretexto de propagar la caridad evangélica y de no mantenerse separados del "movimiento de la Historia". Pues el amor espiritual que debe coronar los "valores" contemporáneos no subsiste más que en donde subsiste lo abstracto, es decir, en el espíritu. Como lo hemos dicho en otra parte, "semejante amor puede hacer ilusión, pues es vivo, extraordinariamente vivo hasta en el sujeto sólo, ya que su objeto no es más que una idea". El ser concreto es solamente aquí el soporte ocasional de la idea. Es un puro posible en el campo de la reflexión. En esa perspectiva, el prójimo se encuentra inmediatamente degradado. No es ya considerado en tanto que próximo, sino en tanto que función de valores encomiados. Es asido *en tanto que prolongación del espíritu, es decir, de sí mismo.* Por paradójica que sea la consecuencia de ello, el prójimo se transforma *en ídolo,* pues no hay más que un ídolo: *el sí.* Asistimos al nacimiento de una idolatría en el seno del cristianismo actual: la idolatría del próximo transmutada en valor abstracto.

Como toda idolatría, esa actitud es exclusiva. Dividirá los cristianos en dos grupos: los que están "en retardo en el mundo moderno" y los que se adelantan resueltamente a su cabeza. Los pri-

meros, que practican tradicionalmente las virtudes vulgares, se verán reprochar sus torpezas, sus faltas, sus debilidades groseras, su interés a veces sórdido; en resumen, esas demasiado numerosas escorias humanas que suponen la encarnación y el alumbramiento: los deberes de Estado, a los cuales se mantienen con fuerza, serán subestimados en provecho de un llamamiento romántico a la caridad, que descuida las virtudes terrestres para esparcirse sobre un absoluto humano sin forma y sin semblante. A ese respecto no se señala bastante cómo el neocristianismo se muestra indiferente a las virtudes familiares y profesionales, al amor del suelo y de la pequeña patria, donde el otro yo es precisamente asido en tanto que prójimo, en su presencia concreta y sensible. Durante siglos, esas relaciones simples y directas han servido, no obstante, de base a la difusión de la fe. El nuevo cristianismo se preocupa sólo de los segundos: han tomado conciencia de su dignidad, se han liberado de un pasado terminado, se centran en su autonomía, contribuyen al mismo tiempo al rejuvenecimiento de la Iglesia acentuando el progreso del mundo, que la Iglesia debe asumir por vocación.

Esa discriminación prolonga la que el cristianismo burgués establecía antes entre la fe "ilustrada", de la cual pretendía ser la luz, y la fe "supersticiosa" de los humildes. El pasaje del cristianismo burgués al cristianismo progresista es, por otra parte, visible: el mismo fenómeno de desvitalización es en él el hilo conductor, la misma dialéctica de los contrarios es en él la corriente. Jansenismo, deísmo, ateísmo y neocristianismo tienen un punto común que les sirve de eje: negación de la condición humana, consecuencia directa de la desencarnación del espíritu. Dios es expulsado a título personal de la Naturaleza de la cual el hombre forma parte, sea porque la Naturaleza es mala, sea porque Dios es impersonal o mítico, sea porque la persona humana, sola capaz de acoger a Dios, trasciende la Naturaleza de toda la altura de su autonomía espiritual. En cada caso, la Naturaleza cae entre las manos del hombre, que la utiliza a su gusto: el espíritu humano planea por encima como un demiurgo. Del asedio a la Naturaleza por el genio humano nace la idea de Progreso. ¿Cómo podría ser de otro modo, puesto que el hombre no es creador *ex nihilo?* El cristianismo burgués se instala en esa organización del mundo. Incapaz de asir la presencia de lo divino en la Naturaleza, que domina su esfuerzo industrioso, constituye a Dios como capa protectora de sus actos, exterior a su ser y al mundo donde su trabajo progresa. El neocristianismo acentúa esa separación; la autonomía que el cristianismo burgués

se arroga en su trabajo, él la extiende al espíritu mismo; libremente, sin la menor obligación natural, el hombre quiere en adelante ir hacia Dios. El ser humano se espiritualiza cada vez más: entra en la *noosphère.* Los valores que establece su espíritu liberado de la Naturaleza son "virtualmente" cristianos. De la Naturaleza rebelde al espíritu humano y a Dios, el neocristianismo establece de esa manera una sola fusión, que progresa hacia la divinización del hombre. En otros términos, licua la corteza quitinosa del cristianismo burgués.

Una vez más, la desvitalización, la opacidad, que invade la relación transparente y misteriosa que une el ser humano a la Naturaleza, nos explica cómo el cristianismo actual se deja invadir por las potencias de muerte que minan la civilización contemporánea.

Esa rotura congenital atrae las otras. Una vez rota la relación de *coesse* del hombre al universo, el *esse* mismo del cristiano se pulveriza en elementos dispares: vida privada y vida pública, fe y ciencia, filosofía y teología, religión y política, Iglesia y Estado, Historia y Providencia, etc. El comportamiento del cristiano está en adelante regido por la separación kantiana entre el fenómeno y el nóumeno, eso último rechazado al interior mismo del espíritu desencarnado. "El mundo físico, la Historia, el corazón en sentido pascaliano, tantos mundos sin Dios", leemos en una revista católica reciente. "La fe en los cristianos mismos toma acto de esas carencias, y arroja fuera de su santuario ese mundo que la rechaza y renuncia a encontrar en ella a Dios. Es el hecho, al parecer, de un sentido auténticamente religioso de la trascendencia divina: arrojar los falsos dioses." ¿Qué es esa "trascendencia" que abandona el mundo y el hombre—del cual la menor experiencia nos revela que es un "ser en el mundo"—sino una inmanencia apenas camuflada? ¿Cómo el ser humano llegará aún a Dios *per ea quae facta sunt,* si la reducción científica, psicológica, histórica y sociológica le da la ilusión, de la cual su inteligencia y su amor son las víctimas? ¿Dónde encontrar a Dios entonces, sino en el espíritu impersonal de la ciencia, de la misma manera que Renán lo descubrió en el espíritu impersonal de la Humanidad? Estamos aquí en presencia de la más monstruosa de las idolatrías: la que transforma el verdadero Dios en ídolo, en una idea pura residiendo en el fondo del abismo de un espíritu totalmente desencarnado. Semejante actitud tiene un nombre: hiperespiritualismo hegelianizante. Por un escrúpulo, que es el signo mismo de la desvitalización, el cristiano moderno se encuentra impotente, si no ridículo—¿qué diría de ello la psicología o la sociología?—para *sentir* a Dios en la multiplici-

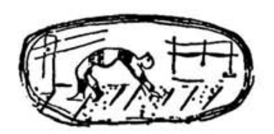
dad orgánica y abigarrada de la Naturaleza. Tiene miedo de sentir porque *no puede ya sentir*, y no puede ya sentir porque está cerebralizado hasta los huesos, porque no existe ya de una manera indivisible, todo de una pieza, como dice la magnífica expresión popular: habiéndose vuelto eunuco para el mundo, se imagina serlo de golpe para el reino de los cielos. Un cierto aire difícilmente definible, cercano a la sensación, le falta para encontrar de nuevo a Dios en un universo revestido de un valor sagrado, en el cual todas las partes se religan orgánicamente las unas a las otras porque dependen de Dios en su *ser* mismo. Semejante espontaneidad no supone nada a sus ojos de "científico"; es hasta peligrosa, fetichista, panteísta, naturalista. Compromete lo sobrenatural.

El cristiano progresista no puede ya recuperar en una experiencia viva esa finalidad de la criatura que muchos paganos poseían. Para hablar el lenguaje tomista, no ve ya que la Gracia dirige sus actos sobrenaturales: *suaviter et prompte*, del mismo modo como la *forma substantialis* regula sus actos naturales. No percibe ya la analogía que Santo Tomás discierne entre la creación y la infusión de la Gracia. No tiene ya potencia "obedencial"; está desprovisto de esa soberana plasticidad de la vida colocada bajo el influjo divino, porque la vida muere en él. En ese siglo de las luces, ¿cómo se atrevería aún a afirmar la presencia de Dios en la Naturaleza y en la Historia, cuando los hombres desintegran la materia y están bastante provistos de medios técnicos para inclinar a su gusto el curso de los acontecimientos?

Pues el nudo está ahí, en definitiva: el temor secreto del "se" disfrazado en audacia; el miedo de no "estar al día" o de no "ser de su tiempo", camuflado en nuevo esplendor de la Iglesia; la fobia a lo denso; la huída en lo superficial; la pérdida del sentido de la presencia concreta de Dios y su transformación en una entidad abstracta cuidadosamente cerrada en el alvéolo del espíritu; el descenso de la personalidad; el mimetismo. Es así como el cristiano, cediendo a la civilización que le ahoga, se acostumbra a vivir a Dios en espíritu, en el rincón más invisible de su alma, abandonando lo demás a una racionalización intensiva. Desconoce que lo espiritual es también lo carnal y se deja invadir por esa descomposición absoluta del espíritu que es el espíritu *laico*.

¿Hay que extrañarse, pues, que los hábitos cristianos se hagan laicos cada vez más bajo la presión del racionalismo y de la rotura que opera en el ser humano? "¿Cuál es el más grande elogio—escribía hace poco Etienne Gilson—que muchos de entre nosotros puedan esperar? El más grande que les da el mundo: es un católico, pero

lo es verdaderamente bien; no se creería que lo es. ¿No es exactamente lo contrario que habría que desear? No católicos que llevan su fe como un lazo de cintas en el sombrero, sino que hagan pesar de tal manera el catolicismo en su vida y en su trabajo diario, que el incrédulo llegue a preguntarse qué fuerza secreta anima esa obra y esa vida, y que, habiéndola descubierto, se diga, al contrario: es un hombre de bien, y ahora sé por qué lo es: porque es católico."



UN VISTAZO A SUDAMERICA

POR

CARLOS MARTINEZ DE CAMPOS

DUQUE DE LA TORRE

Para un viaje a Sudamérica, no me hice rogar.

Mi jefe quiso saber si yo iría a Chile satisfecho. Y como quien espera la pregunta—y aun tiene preparada la respuesta—, dije en seguida que estaría contento de ir a Chile, y de pararme en Argentina que está de paso, y en el Perú que está muy cerca de Santiago, y aun en Cuba que está sobre el camino que se sigue casi siempre para volver a España desde Lima.

Comprendo que a Sudamérica se debe ir con pocos años y en condiciones de recorrerla muy despacio. Además, hay que ir dispuesto a "verla", y para eso es necesario estudiarla previamente. El comienzo de la historia americana—la doble historia de las conquistas y de los virreinatos—es mucho más historia nuestra que la de Flandes y la de Italia. El que ha llegado a viejo sin conocer América del Sur se cree que aunque la vea no podrá reconocerla o reconocer en ella las vicisitudes de una patria que la quiso cual se quiere a los que nacen de la sangre y que la ha enseñado a soportar la adversidad como si fuera un manantial de paz y de alegría.

Pensé—toda la vida—que a Sudamérica no iría. Pero no me resignaba, y cuando vi la puerta abierta me lancé vertiginosamente, como el que teme no alcanzar lo prometido. El principio de la historia americana me ilusionaba enormemente, y sentía no haberle dedicado algún paréntesis en mi trabajo inacabable—mi carrera—, cuyo recuerdo se acumulara a tantos otros ya revueltos y oxidados en el cajón de la memoria. Sin duda iba a comprender las sensaciones de los hombres que se fueron a lo ignoto y descubrieron lo que tantos conocían, y aun quisieron que la tierra descubierta se pareciera a España. Iba a revivir la historia escrita por los Cieza, y los Oviedo, y los Garcilaso, y los Solís..., e iba a soñar en la odisea de los Soto y los Valdivia, los Quesada y los Mendoza..., y a sentirme en otro siglo ya pasado y a creer que el XX estaba sólo de camino.

Pero, la realidad fué bien distinta.

* * *

A medianoche, después de abandonar el aerodromo de La Sal —en Cabo Verde—, descorrí ligeramente la cortina que tapaba la portilla de mi lado y descubrí que el cielo se parecía poquísimo al de España. Todo hacía pensar que las estrellas se habían acercado extraordinariamente. Eran más grandes, y alumbraban mucho más que en otras partes. El aeroplano había subido, o bien ellas se habían desplazado hacia la Tierra. Pero el silencio de la noche y la falta de meneos inspiraban tanta confianza que no cabía preocuparse ni aun de ver la Osa Mayor casi invertida.

A pesar de la ancianidad de nuestro buen D. 4, el viaje era tranquilo. Por vez primera yo pasaba el Ecuador y cruzaba el mar Atlántico en avión, y esto me evocaba la época reciente de la travesía heroica. Recordaba un día interminable en el Cortona del palacio Barberini—en Roma—, aguardando telegramas y noticias referentes a la odisea de Franco y de Ruiz de Alda, y pensaba en los preparativos efectuados por Italo Balbo con objeto de emprender un viaje parecido con sus dieciséis *Savoia*. Meditaba en la emoción de aquéllos y en la alegría de éstos al lograr sendas proezas que iban a ser la admiración de medio mundo, y sin darme cuenta de ello comparaba su impaciencia con la calma de tanto pasajero que dormía con las piernas encogidas y la cabeza malamente colocada.

* * *

A las tres de la mañana, misa en Natal.

Por los locales, se pasea mucha gente. Hay todo género de razas, y hay mucha mezcla. Sobre un banco interminable está sentada una mujer con un chiquillo en brazos. Ella es blanca, y su cara triste es incolora. Veinte años a lo sumo. No se mueve. No sé si oye la misa, o no. El niño, en cambio, manotea. Es mulato, y sus ojos no se apartan de la madre que le da su pecho.

El altavoz nos llama cuando acaba el desayuno. Y camino del avión pasamos por la sala que ha sido antes capilla. El niño se ha dormido en los brazos de su madre, que no levanta la cabeza. No mira. Está como pensando en la tragedia.

* * *

He leído tantas descripciones de la ciudad de Río y de su hermosísima bahía que casi no me atrevo a mencionar la maravilla vista desde la proa del avión. Antes y después de tocar en tierra dimos una vuelta a poca altura sobre las islas que han nacido como

setas en el agua, y cuyos árboles rebosan por encima de unos techos encarnados y amarillos. Y ya nos alejábamos cuando aún me preguntaba para qué esos rascacielos si hay muchísimo terreno impenetrado. ¿Será tan caro el suelo o será muy peligroso continuar hacia la selva?

* * *

Durante varias horas el vuelo es monótono. Todo es tan igual que parece que la tierra no se mueve. El avión no avanza. Sus motores no le bastan. Necesita otros más fuertes, como los de un *Constellation* o los de una "Fortaleza". Necesita turborreactores. No se puede soportar eso de ir sólo a 310 kilómetros por hora.

¿Qué pensarían Franco y Ruiz de Alda, a 180 solamente, cuando seguían esta ruta en su *Plus Ultra?*

* * *

Sobre Buenos Aires planea una tormenta. Dos o tres núcleos de negros nubarrones se amenazan mutuamente. Chispas enormes iluminan la ciudad. Pero es tan grande esa ciudad, que tenemos tiempo y espacio suficientes para dejar atrás las nubes y llegar al fin de la jornada con un cielo espléndido.

* * *

Buenos Aires tiene cuatro millones de habitantes. Y camina tan aprisa que—por si acaso—el aerodromo está a quince kilómetros de los suburbios.

Nadie sabe la razón de su tamaño, ante unos treinta millones de argentinos en total. No basta la cohesión de los mayores núcleos y la neurastenia que produce el surco en la tierra cuando hay que abrirlo, año tras año, con la vertedera de un arado. No basta que en el campo de Argentina las distancias sean grandes y la soledad mayor. No basta, finalmente, la llamada de Perón para montar las fábricas en Buenos Aires, que tiene por objeto emancipar de los Estados Unidos. Hay, además, otros factores que sin duda contribuyen a "imantar" la gran ciudad y a extender su acción hasta la Pampa y hasta los Andes; mas cualesquiera sean las razones en cuestión, lo cierto es que es preciso detener esa corriente que proviene de los últimos rincones y da lugar a una imponente catarata de hombres que desemboca en el remanso bonaerense, y hay que pa-

ralizarla porque la figura empieza a ser deforme: su cabeza es colosal y el cuerpo débil.

Y sin querer se piensa en el resultado de esa inflación. Una ciudad de la importancia de Buenos Aires tiene bancos, industria, casas de comercio, burguesía, funcionarios del Gobierno, una importante rama de construcción y un puerto enorme que requiere mucha gente. Pero a pesar de todo la simple comparación de Buenos Aires con Londres o Nueva York da lugar a confusión y a no entender por qué se ha producido ese amasamiento formidable a la orilla de una ría que no tiene casi fondo. Nueva York, sin duda, preside los destinos de una población muy superior a la platense, y Londres viene a ser el centro de una circunferencia en que los numerosos puertos de la Commonwealth están en los extremos de los radios. Pero por espléndida que sea la República Argentina e importante su comercio exportador, no cabe duda que en Buenos Aires sobra mucha gente; sobra tanta que el círculo se cierra, y Buenos Aires crece con objeto de cubrir las necesidades de los muchos que se agrupan innecesariamente.

En todas las ciudades de este mundo hay población parásita, hay familias numerosas y hay barrios populosos que podrían desaparecer sin detrimento alguno para los intereses colectivos. Mas sin duda en Buenos Aires el parasitismo es aún mayor. Y es acaso consecuencia de que el país no haya sufrido grandes guerras o luchas intestinas, y aun puede ser causada por la motorización.

* * *

Eva Perón murió hace poco tiempo, y todo está impregnado de su recuerdo. Desde el paseo de San Martín hasta Palermo y desde el puerto—regresando por la anchísima avenida Nueve de Julio—hacia las Embajadas, hay en todas partes algo referente a Eva Perón. Su nombre surge a cada rato, y donde no surge su nombre hay una casa, un edificio, una instalación grandilocuente que dice algo de "Evita". El reloj de la Confederación de Trabajadores sigue parado en las ocho y veinticinco, la hora en que ella falleció.

En relación a sus ideas, unos aplauden y muchísimos se quejan. Se comenta lo hecho en bien de sus "descamisados", de una parte con temor y de otra con fruición. Su oficina ayudaba a cuanto desgraciado se acercaba a ella. Su presencia enardecía. Sus discursos entusiasmaban. Era lista y francamente viva. Era guapa, simpática, y con sus vestidos a la moda y sus magníficas alhajas cautivaba a mucha gente. La aristocracia, sin duda, la temía. La burguesía la

criticaba. La banca y el comercio no opinaban. Los trabajadores la admiraban y la querían profundamente. Y el hombre de la calle se preguntaba a cada rato en qué terminaría la política argentina—y la Argentina—si Evita continuaba orzando hacia los vientos demagógicos.

* * *

El único que no habla ya de Evita es Juan Perón. Estuvo ocho días y ocho noches junto a su cadáver. Pero al cabo de ellos reaccionó valientemente y se engolfó de nuevo en la tarea gubernativa.

Me recibió en la antigua Casa Rosada, y me habló sólo de España y de milicia. Me habló de carros de combate, de artillería de costa, de aviones supersónicos, de la invasión de Francia y de las maniobras de la NATO. Mencionó su patria únicamente para decirme que yo estuviera en ella como en la mía. "No. No *como* en ella—corrigió—, porque está usted en ella por derecho propio." Y no dijo más de la Argentina. No pronunció siquiera el nombre de San Martín, de quien yo oía a cada rato un comentario, un elogio, una frase admirativa..., y de quien me parecía depender continuamente. Visité, en efecto, su mausoleo. Vi sus retratos en el Centro Militar, su busto en los Ministerios, sus recuerdos en los museos, y oí su nombre a todas horas y en todas partes. Y cuando me iba, sin tiempo para dar la conferencia que mis colegas argentinos me pidieron, el embajador Aznar, mi gran amigo, me habló de San Martín hasta el momento de embarcarme en el avión.

Sólo entonces me di cuenta de que abandonaba Buenos Aires sin haber oído el nombre de Solís ni el de Caboto, ni los de Mendoza y Alvar Núñez.

Mea culpa. Aunque puedo asegurar que siete días antes yo rodaba por la pista de Barajas con intenciones bien distintas.

* * *

El avión de la Panagra es cómodo. En su interior la temperatura es constante y la presión es invariable. Son menos cómodos los tremendos bachetazos del avión sobre los Andes. A ratos parece que el piloto no lo manda, que lo lleva el aire como quiere y que se hunde en los invisibles agujeros de la atmósfera como si fuera sin motores. A su vera pasa el Aconcagua, y abajo, en lo profundo, se divisa un valle que sin duda puso Dios para que el hombre atravesara la imponente cordillera.

* * *

En tierra firme, casi me siento prisionero: estoy emparedado entre los Andes y el Pacífico. Chile, en efecto, es un pasillo que Almagro pasó sin éxito y que Valdivia recorrió en pleno triunfo. Y empiezo recordándolos para no incurrir en más olvidos.

A meditar sobre Valdivia me ayudará mi ilustradísimo anfitrión, José María Doussinague. En cambio. los chilenos me hablarán constantemente de Bolívar o de O'Higgins, y... si yo fuera chileno haría lo mismo.

* * *

Más alusiones a Pedro de Valdivia: un magnífico retrato de Zuloaga colocado en el rellano de la escalera del Palacio de la Moneda (1), y una Virgencita del Socorro que le acompañó durante toda la conquista y que es ahora la patrona de Santiago, y está en la iglesia parroquial de San Francisco.

Más aún, Santiago entero es un recuerdo suyo. Desde el cerro de San Cristóbal, mis "edecanes" de unos días me explican su llegada con poca gente—un centenar de aventureros—, y me enseñan el terreno que eligió para trazar las calles y la plaza, y situar la iglesia del Santiago primitivo. La conferencia es emotiva y no fácil de ligar con lo que dicen las cartas valdivianas (2). El paisaje espléndido y el lejano contrafuerte que nos separa de la costa sirven de fondo y nos cuentan lo que vieron los conquistadores—en 1539—cuando llegaron a este cerro.

* * *

Los primeros pobladores de Santiago fueron atacados en su recinto. Los indígenas se lanzaron con denuedo contra las empalizadas que protegían las casas. Pero aquéllos se defendieron bravamente, impulsados por la energía del padre Lobo y siguiendo los consejos de Inés Suárez.

Pues bien, los tales pobladores de Santiago—y conquistadores de su tierra—encuadraron luego a los soldados que defendieron los castillos de Arauco y Tucapel (1553), y fueron los abuelos de estos otros—granaderos a caballo—que pugnaron por tener la independencia y nos vencieron en Chacabuco (1817) y en Maipú (1818).

Luego, el ejército chileno reemplazó a las unidades españolas y ese ejército luchó contra Perú (1879-86), y esta guerra fué la

(1) La antigua Casa de la Moneda española, y actual residencia del Presidente de la República.

(2) Pedro de Valdivia: *Cartas con relatos de sus hechos*. Selección y prólogo de José Gutiérrez y Rave (Madrid, 1945).

base del prestigio que ahora tiene. Ha sido instruído por comisiones extranjeras y se presenta con arreglo a los métodos prusianos. Integra en nuestros días la imagen más perfecta de las fuerzas imperiales que vencieron en Sedán y de las tropas hitlerianas que invadieron media Europa.

Desde mi ventana del Carrera sigo el relevo de la guardia de Palacio. Con la emoción sentida en otro tiempo, veo a los hombres que ponen su entusiasmo en demostrar que son autómatas, y al público, orgulloso de saberse protegido por semejante máquina.

El país es democrático. No cabe serlo más. Para colmo, el nuevo Presidente, general Ibáñez, acude sin partido a presidir y a gobernar. Le acompañan ibañistas y no más. A fuerza de innumerables discursos pronunciados en todas las provincias ha logrado una imponente mayoría. Lo han impulsado varios núcleos. Los agrario-laboristas, el socialista popular, la Legión Nacionalista, Unión pro Patria y Renovación, y aun le han votado numerosos comunistas. Y es que la gente quiere democracia por instinto de imitación y acaso por orgullo, pero a condición—bien entendido—de sentirse gobernada férreamente por la mano que ella misma se eligió.

Chile tiene un sistema presidencialista que se asemeja un poco al de los Estados Unidos. Cree en Carlos Ibáñez, pero no sabe todavía lo que hará. El país está a la expectativa. Pone su esperanza en la gran figura que ha prometido purificar la administración interna a fuerza de escobazos violentísimos. Quiere—como otras Repúblicas sudamericanas—zafarse del enemigo comunista y de la presión económica de los Estados Unidos. Obvia la tutela de los grandes capitales. Pretende liberar su propia industria. Aspira a ser nación independiente en todos los sentidos, y para conseguirlo confía, no en la acción, mas sí en la presencia y en el prestigio de su ejército.

* * *

Una gran parada clausura la interminable serie de banquetes dedicados al nuevo Presidente, Ibáñez; al saliente, González Videla; al vicepresidente del Perú, don Héctor Boza, y a los de Bolivia y del Brasil, doctores Siles Suazo y Café Filho.

Una tribuna inmensa domina la explanada. Los Andes sobre el fondo, un sol espléndido que da a las cimas un viso cristalino y un cielo semejante al que decidió a la gente de Valdivia a instalarse junto al Mapocho, son los tres factores del grandioso cuadro que hay ante la masa que ha venido a la revista y al desfile de las fuerzas que están en la explanada del Cousiño. En efecto, las principales

unidades del ejército y los destacamentos de las naves extranjeras están formados y esperando la aparición del jefe que se ha hecho cargo del mando presidencial. Pero uno tarda en percatarse de que hay ocho mil hombres esperando, porque el fondo atrae con mucha fuerza y es difícil no mirarlo. Y verdaderamente... no está de más mirarlo como escenario principal de la función patriótica, porque los colores de la nieve, del cielo y de los rayos luminosos son los de la bandera nacional. No obstante, el rojo se atribuye en Chile no a los rayos que el sol proyecta, sino a la sangre que vertieron los araucanos cuando lucharon contra nosotros.

Esto sucede porque mucho americano considera que su vida sólo empieza con el siglo XIX. Parece como si Ayacucho, Tucumán y Chacabuco fueran batallas de conquista, y no de independencia. Parece que la sangre vino de fuera cuando los españoles se volvieron a su patria o se americanizaron, y esto se debe a lo que no debió pasar: a que no supimos aceptar la independencia cuando los virreinatos acabaron su misión y los criollos estaban ya capacitados para dirigirse por sí mismos.

De eso estoy hablando alegremente con los que me acompañan, cuando suena el toque de "atención". Una carroza antigua, con seis caballos, entra en la explanada. Músicas y bandas tocan el himno, y el Presidente pasa revista a las cuatro líneas sucesivas de la preciosa formación. Luego, el desfile empieza. En cabeza, las compañías desembarcadas de los cruceros británicos, peruanos y colombianos, que están fondeados en la rada más cercana. Seguidamente, las Escuelas Militares: Capitán Avalos, de Aviación; Capitán Prat, de Marina, y General San Martín, del ejército de tierra. A continuación, las tropas del Aire y las unidades de paracaidistas, la marinería de Valparaíso, el regimiento "Guardia Vieja" de los Andes, la infantería divisionaria, los coraceros de Viña del Mar, las artillerías antiaérea y de campaña, las fuerzas motorizadas, los ingenieros militares y los servicios principales del ejército. Todos con guerrera blanca y pantalón oscuro, y desfilando como he visto pocas veces desfilar en este mundo.

Las sucesivas líneas se reintegran a sus puestos. Así, cuando el jefe se levanta y se despide, las fuerzas tocan "marcha" y presentan armas simultáneamente. Y así también el público presencia todos y cada uno de los actos inherentes a la gran parada, que se acaba cuando el sol declina y sus luces se reflejan sobre la inmaculada cumbre del Aconcagua.

Y otra vez en ese instante los tres colores se entrelazan sobre

un telón inmenso, que baja muy despacio para sellar la fiesta y rendir honores al nuevo Presidente.

* * *

Yo pensaba que después de una revista que cerraba los festejos oficiales tendría unos días libres para deambular tranquilamente por Santiago y disfrutar de sus iglesias y museos. Pero, lejos de eso, mis visitas fueron muy fugaces a causa de las continuas atenciones de los que quieren que se sepa lo que Chile quiere a España. Muchos, en efecto, me lo dicen. No sé si ellos me hablan de todos los chilenos. Acaso, no. Mas puedo asegurar que son innumerables los que se hallan orgullosos de tener abuelos españoles y desean que el que llega se lleve la impresión de que su tierra es hispanista, o al menos hispanófila. No acabaría nunca de citar ejemplos que demuestran que hay mucho afecto a España. Cuando en el Palacio de la Moneda entregué mis cartas credenciales al Presidente que acababa su misión, hube de asomarme a la hermosa plaza en que se asienta y de acoger una ovación que era sincera y que era para España. Camino del Parlamento, en que se realizó la transmisión de los poderes oficiales, la gente se agolpaba contra el coche con objeto de gritarnos: "¡La madre patria!" y "¡Viva España!". No hace mucho el senador Raúl Marín dijo en un gran discurso que "España era la patria de su patria", con lo que el sentido de la "madre" alcanzaba todavía más prestigio. En resumen, hay muchos hispanistas, y éstos procuran destacar sobre los más indiferentes.

En los Institutos y en la Universidad se puede hacer mucha labor, y esa labor ha comenzado. Todo hace suponer que pronto los libros devolverán a España el puesto que merece por su descubrimiento, por su idioma y por su prestigio histórico.

* * *

El recuerdo que conservo de mi paso por la República chilena no puede ser más grato. Desde los fundos que nacieron durante la conquista, con sus maravillosas flores, sus trigales gigantescos, sus palmeras que han subido como cohetes a una altura inmensa, sus jacarandas hermosísimas, sus eucaliptos, sus pinos, sus abetos..., y desde las granjas con rebaños colosales, piaras de cerdos, yeguadas y toradas, mantequerías, gallineros, palomares y graneros..., hasta los círculos sociales y políticos, en que todos se preocupan de "po-

nerme en casa", y el Casino de las Fuerzas Militares, en que el ejército chileno me recibe como a un viejo camarada, y la gran Casa de España, en la que muchos industriales y numerosos comerciantes han prestigiado el nombre da la patria; en todas partes he tenido una acogida que demuestra el buen deseo de que quede ya olvidado el período inicial del Presidente que ahora cesa. Y lo curioso—¿por qué no recordarlo?—es que también conservo un gratísimo recuerdo de mi entrevista con el propio González Videla, que sin duda tuvo que inclinarse—en un principio—ante los comunistas y masones, que le ayudaron a subir hasta la cumbre.

* * *

El avión de la Panagra se pone raudo en 7.000. Nadie se entera. Hay cimas de los Andes que aún están a igual altura que nosotros.

Una siesta un poco larga me sitúa sobre Lima: he recorrido en pocas horas la distancia que supuso para Almagro varios meses de cansancio y numerosos muertos. Los virajes me despiertan: virajes del avión en busca de una entrada, porque Lima en primavera suele estar cubierta por la bruma.

Es noche cerrada cuando rodamos sobre la pista principal del aeródromo. Pero aún hay tiempo suficiente para un vistazo a la ciudad y para averiguar que no ha perdido el sello impreso por los conquistadores y los virreyes del territorio que después de ser Imperio se llamó Nueva Castilla, y para ver las grandes plazas y las calles rectas que Pizarro con su puño trazó sobre el terreno, y para emocionarse ante su estatua, y ante la catedral surgida de su iglesia, y ante su Ayuntamiento edificado sobre su propio Municipio, y, en fin, ante su casa—¡la casa de Pizarro!—, que es la sede actual del Presidente.

Los siglos pasan, y Lima guarda su carácter. Por todas partes aparecen miradores de madera, y entre tantos miradores se destacan por su talla y por su hermosura los del palacio Torre Tagle, edificado en pleno siglo XVIII y que hoy es Ministerio de Asuntos Exteriores.

Lima guarda su carácter en muchísimos detalles. Cerca de su centro hay cancelas muy valiosas, rejas labradas, celosías de madera, portones recubiertos de preciosos clavos y puertas y zaguanes como en Avila o Segovia, y al otro lado del río aún quedan varias "quintas" no anegadas por la nueva población (3), y es que Lima

(3) La única "quinta" que existe en el recinto de Lima es la de la familia Presa y Carrillo de Albornoz, que, sin dejar de ser museo, es el actual cuartel de la Guardia Republicana.

crece muy de prisa: todos quieren disfrutar la maravilla que inició Pizarro.

El, en efecto, se halla en todas partes. Su recuerdo es incesante cuando se recorre la ciudad. Tuvo, además, la extraña habilidad de respetar la zona de otra Lima posterior, y los que le siguieron, en vez de reemplazar los caserones por rascacielos y grandes edificios cuadrangulares, construyeron un paseo muy suntuoso y al final del mismo sentaron otras bases para la ciudad residencial.

Pizarro... Se habla sólo de él cuando se para en Lima poco tiempo.

* * *

Bajo los auspicios de Tomás Suñer, que representa a España, asisto a varias fiestas y hago muchísimas visitas. La gente peruana me recibe como a uno de los suyos. Pero esta vez el hispanismo no reluce. Nadie hace ostentación de cariño a la "madre patria", porque todos dan por admitido que entre el Perú y España las relaciones son cordiales y no cabe mejorarlas. A muchos he encontrado con más sangre indígena que hispana, y éstos me han dicho—con orgullo—de dónde procedían los abuelos que eran compatriotas míos. Y cuando alguno—coronel de regimiento o director de escuela—era indígena ciento por ciento, me ha recibido con la nobleza y el estilo con que Pizarro fué recibido en Cajamarca por Atahualpa, hijo de Huayna, a quien nadie sucedió en el trono de los incas.

Los Colegios Militares del Perú son semejantes a los antiguos de igual nombre en Alemania, copiados luego en Italia y en el Japón. Tienen la categoría equivalente a los centros en que se sigue la enseñanza media, con la sola diferencia de que están organizados militarmente. Así, los alumnos de los Colegios en cuestión tienen la ventaja, si han de seguir una carrera militar, de acostumbrarse pronto al ambiente en que luego van a estar, o cuando su afición no es suficientemente firme, la de darse cuenta de ello y de poder —a tiempo—elegir otro camino. Y así, las diferentes ramas de la economía y de la política reciben gente acostumbrada a una disciplina no corriente en las Universidades, y las fuerzas militares se liberan de muchos adolescentes que no hubieran tenido el entusiasmo indispensable para lo castrense.

Hasta hace poco los Colegios Militares del Perú acogían solamente a una masa abigarrada de muchachos, cuyo origen no era controlado. Los mestizos y los indios pura sangre estudiaban con los descendientes de españoles. Pero las familias más ilustres demos-

traban poco apego a tal sistema. Una dignidad mal entendida les inducía a *snobear* un poco esos colegios, que no tenían el "tono" de los centros religiosos y privados.

No obstante, en estos años se ha producido un cambio interesante. Ahora, mucha gente busca la educación patriótica y quiere evitar la orientación comunistoide de que hacen gala bastantes catedráticos, y esa gente quiere que sus hijos pasen por los Colegios Militares, aun sin idea de milicia, y de resultas hay largas listas de aspirantes y—a petición de todos—se están creando otros colegios parecidos.

* * *

Arequipa está a 2.300 solamente. Sin embargo, el titulado "soroche"—o mal de montaña—empieza a molestar. El suelo del aerodromo está como de asfalto reblandecido, y su escalera de salida me columpia ligeramente.

La impresión es pasajera. Me hallo pronto en condiciones de contemplar una meseta diferente a los barrancos infinitos que se cruzan al venir, y que son blancos y violeta, con estrías amarillas y marrones. Alrededor de esa meseta hay volcanes cuya nieve no se funde y cuyas cimas tienen más de 6.000 metros, y están algunos en la frontera de Bolivia, cubriendo el lago Titicaca, del que llegaron los hermanos que fundaron el Imperio de los incas (4). (Ya hablaré de ellos cuando siga su camino, y trataré de lo que hicieron cuando vea su labor.)

Arequipa fué construída por los incas y fundada luego por España. En su Ayuntamiento están los óleos—frente a frente—que recuerdan la fundación incaica y la nuestra. Me lo explican españoles, casi, casi. Los de Arequipa son como gallegos y andaluces. Me enseñan su casino y su mercado recién hechos. Me enseñan los palacios y los templos. Mas cuando pido ver una sencilla casa de otro tiempo, me llevan—como en Arcos o en Vejer me llevarían—a visitar una familia anglosajona cuyo hogar ha sido restaurado con arreglo a las costumbres y al estilo de hace un par de siglos.

* * *

De madrugada, el expreso sigue un desfiladero que está a bastante cota. Alguien entra en mi compartimiento y me da unas gotas de coramina. La visita es reglamentaria.

---

(4) El monte Coruspune (6.600 metros), el Nevado Ampato (6.300 metros), y, cerca de Arequipa, el Nevado Chachaní (6.076 metros) y el volcán Misti (5.821 metros).

Dentro de unas horas pararemos en Juliaca para tomar el tren que llega de La Paz. Y antes de mediodía habremos alcanzado el Crucero Alto, que se halla a 4.500 metros. Y al rebasarlo, entraremos en la famosa cuenca del Vilcanota.

* * *

El Vilcanota nace próximo a la cumbre. Se convierte luego en el Urubamba, y las aguas de éste acaban confundiéndose con las del Amazonas.

El valle tarda poco en ensancharse. Tiene bosque y mucha vegetación. Los pueblecillos parecen enlazados por el tren. Son pobres. Sus casas son de barro, con techumbre de paja de maíz, y la gente que las vive lleva una vestimenta que tiene un tanto de Zamora y mucho de Sevilla (5). En el campo, esa gente lucha con la tierra y con los guanacos (6), y conserva la riqueza que el Vilcanota ha asegurado siempre. No en vano se llamó el sagrado valle de los incas (7).

Cerca de la vía está el camino que siguieron Manco Cápac y Mama Ocllo. Procedían—como dije—del lago Titicaca. Habían salido de Tiahuanaco, donde los monarcas anteriores habían regido los designios de la meseta durante cerca de un milenio. Venían en busca de riqueza, y siguieron hacia abajo. Ellos mismos fundaron Cuzco al empezar el siglo XII, y en Cuzco se instalaron para enseñar al pueblo—quechuas y aimarás—a practicar las normas impartidas por el Sol, que había sido siempre venerado por sus abuelos y seguía siéndolo por ellos. Manco Cápac y Mama Ocllo, hermanos de padre y madre, dieron vida en Cuzco a varios hijos y crearon la dinastía de los Inca.

* * *

El fundador de Cuzco instituyó las leyes del futuro Imperio. Por la primera estableció las reglas para el culto y detalló las ceremonias que habían de celebrarse en los solsticios y en los equinoccios: ceremonias concernientes al nacimiento, al matrimonio, a la maternidad y a la muerte. Por la segunda fijó las obligaciones del monarca, imponiéndole el deber de ser tan equitativo como el Sol, que a todos da su luz. Por la tercera exigió la devoción al astro-dios y una absoluta obediencia al emperador. Por la cuarta insti-

(5) El poncho y la montera son de uso muy corriente.
(6) Llamas, guanacos y vicuñas, abundan mucho en esta zona de los Andes.
(7) Inca, el emperador; e incas, los habitantes del Imperio.

tuyó el matrimonio monogámico, tolerando sólo al inca rey la posesión de dos o más mujeres a fin de que pudiera asegurar y perpetuar su descendencia. Por la quinta, finalmente, distribuyó la tierra y la cosecha: una parte para el Sol, la segunda para el Inca y la tercera para el pueblo. El área de tierra cultivada por cada familia tenía que permanecer en relación directa con el número de personas que la constituyeran. Los puentes, los caminos, las fortalezas y los templos habían de ser construídos entre todos. Por último, los metales preciosos debían reservarse para adornar los Coricancha (8) y los templos de la Luna y de las estrellas.

Aparte de esas leyes, la labor de Manco fué política. Realizó muy pocas expediciones militares.

Sinchi Rocca le siguió. Luego subió al trono Lloque Yupanqui, que llevó a cabo las primeras guerras de conquista. Después vino Maita Cápac, que sometió a los collas y los aimarás. A continuación reinó Cápac Yupanqui, bajo cuyo mando el Imperio alcanzó una extensión de 300.000 kilómetros cuadrados. Y siguieron: Rocca II, que amplió la zona conquistada; Yahuar Huacac —"el ser que lloró sangre"—, y, en fin, el inca Virococha, que se ocupó de religión intensamente.

A Viracocha, siguió Pachacutec. Este hizo las campañas de Viticos y de Vilcabamba, con las cuales consiguió aumentar un poco la distancia entre Cuzco y la frontera; la llevó, en efecto, desde el interesante fuerte de Ollantaytambo (anterior a su reinado) hasta el de Machu-Pichú (que él edificó y que recientemente ha sido descubierto). Hizo una ofensiva interesante hacia el norte-noroeste, por la zona interandina. Con unos 30 ó 40.000 indígenas, Pachacutec—auxiliado por su hermano el general Cápac Yupanqui—marchó contra los huancas, cuya capital se hallaba donde luego fué trazada la ciudad de Jauja. Se dirigió hacia la ciudad de Tarna y la de Bombón, lindantes con la cordillera oriental. Y para acabar se apoderó de las provincias de Yangos y Huarochiri, que están en las estribaciones de la cordillera occidental.

Túpac Yupanqui—sucesor de Pachacutec—llevó a cabo su primera guerra, contra los moxos, en los valles de Urubamba y de Pancartampu, a continuación de donde había luchado su padre —también cuando empezó—para descongestionar su capital. Se ocupó después en fabricar las canoas necesarias para embarcar a diez mil hombres y transportarlos—agua abajo—por el río que es ahora el Madre de Dios. Luego emprendió una serie de ofensivas hacia el Chile actual, que le llevaron hasta el río Maule, donde los

(8) Templo del Sol.

araucanos lo pararon. Seguidamente se volvió hasta Cajamarca, y desde ahí se lanzó primero contra el Este, llegando, Marañón abajo, hacia la zona en que los hombres adoraban las serpientes, y luego hacia la frontera del entonces titulado reino de Quito, que ahora corresponde al Ecuador. Y en los últimos años de su vida organizó otro nuevo ejército y se internó con él a fondo en la referida zona. Y aun hay quien asegura que Túpac Yupanqui pasó por Túmbez y llegó hasta las Galápagos, de donde trajo varios trofeos que estaban todavía en Sacsahuaman cuando Pizarro se apoderó de Cuzco (9).

A Túpac Yupanqui siguió el príncipe Titu Cusi Hualpa, que tomó el título o el sencillo nombre de Huayna Cápac. Este último reinó entre 1482 y 1529, y tuvo que luchar contra su medio hermano Cápac Huari, que ayudado por la madre, concubina del anterior monarca, trató de apoderarse del Poder. Aparte de eso, el principal hecho de armas que realizó fué una gran expedición a Quito, destinada a apaciguar la parte que no había sido sometida por su padre.

Algunos dicen que el Imperio en ese instante había alcanzado su apogeo. El Tihuantisuyú—según entonces se llamaba—tenía once millones de habitantes y abarcaba tanto como España, Francia, Suiza, Bélgica y Holanda reunidas. Pero en tales condiciones era casi imposible asegurar la paz. A pesar de la admirable red de estradas imperiales y de los puentes circunstanciales que estaban preparados para pasar los ríos y los barrancos, era difícil acudir rápidamente a todas partes para imponerse a los que no se resignaban al dominio de los incas.

En esta situación, Huayna Cápac estuvo a punto de perder alguna parte de su enorme territorio, y esto sin duda le indujo a dividirlo entre sus hijos.

Huáscar y Atahualpa sucedieron, pues, a Huayna Cápac (10). El primero se hizo cargo de los cuatro quintos meridionales del Imperio y fijó su residencia en la ciudad de Cuzco. Su hermano, en cambio, quedó en Quito para gobernar la parte norte.

En su tiempo, llegó Pizarro. Y las desavenencias entre los dos hermanos le ayudaron a vencer.

* * *

(9) El Padre Miguel Cabello de Balboa *(Miscelánea Antártica)* y don Pedro Sarmiento de Gamboa *(History of the incas*, 1907) son los que mejores datos han legado sobre esta insegura expedición naval del inca Túpac Yupanqui.

(10) Huáscar nació de la segunda mujer legítima de Yupanqui, llamada Mama Rahna Ocllo, y hermana menor de la primera que fué estéril. Atahualpa, en cambio, era hijo de una concubina, cuya procedencia no ha sido exactamente descubierta. Y parece ser que este segundo fué el primero que nació.

Todo lo expuesto y mucho más iba yo aprendiendo en un precioso libro dedicado a las antiguas civilizaciones del Perú (11), a medida que el tren corría junto a la orilla del río Vilcanota o se paraba en las varias estaciones en que los indios hacen su agosto con la venta de zapatillas de vicuña y de llamas o guanacos de maciza plata.

De este modo me fué posible dedicar mi primer paseo en la vieja capital del Tihuantiyusú—Imperio de los incas—a lo que halló Pizarro a su llegada.

Traté, en efecto, de olvidar su famosísima aventura y de sólo ver en Cuzco las casas y los templos del período incaico. Y así, empecé por conocer las calles rectas y empinadas en que estaban los palacios de los incas y por ver que sólo quedan sendos muros hechos de monolitos semejantes a los de Tarragona o de Rávena, y sobre los cuales se han levantado nuevos edificios.

Estos muros son curiosos. En algunas construcciones—y como ejemplo cito el palacio de Túpac Yupanqui—la labor está realizada con sillares parecidos a los del acueducto segoviano. En cambio, otros palacios—y entre ellos el de Rocca—están hechos de bloques irregulares, cuya conexión implica la formación de un *puzzle* nada fácil de construir.

En la calle de Hatunrumiyoc existe una pared—con honores de muralla—en la que hay enormes piedras con numerosas caras entrantes y salientes (12). En cambio, en el Coricancha—o templo del Sol—aparece un basamento circular en que los bloques parecen ajustados previamente, y en cuyo interior quedan vestigios de las paredes que estuvieron tapizadas de oro y plata y contra una de las cuales fué adosado el astro portentoso que los incas adoraban.

En ese Coricancha tenía lugar—*in illo tempore*—la fiesta principal del año. Se celebraba cuando el Sol se confundía con el paralelo incaico, y se hallaba destinada a agradecer los beneficios reportados.

Antes de amanecer, el emperador y sus vasallos aguardaban ya la aparición. A la del alba, las puertas se abrían de par en par. Y cuando el Sol naciente se reflejaba sobre el oro de su preciosa imagen, el coro de incas entonaba:

---

(11) Philip Ainsworth Means: *Ancient Civilizations of the Andes* (Londres, 1931).

(12) Hay una muy curiosa, de gran tamaño, por cuyo corte vertical pasan catorce aristas.

Alma del Universo:
Tú que nos viertes calor y vida
y poder de fecundar,
acepta la obediencia de tus hijos
y de un pueblo que te adora.

Las vírgenes entonces describían la hermosa aparición, y el pontífice decía:

Alma del Universo:
Tú has logrado que el aire fuera
suave y que la tierra produjera.

Las vírgenes de nuevo alababan la grandiosidad del astro, y los incas respondían como sigue:

¡Alma del Universo!
¡Oh Sol bendito!
¿Eres tú el autor de semejante maravilla,
o eres el Ministro de una Causa superior?

Si obedeces a ti mismo, acepta nuestros
votos de respeto y de reconocimiento.
Mas si sólo cumples la ley suprema
de otro Ser Omnipotente,
hazle llegar aquellos votos.
Creemos que El disfrutará
al saber que es adorada su gloriosa imagen.

* * *

Mas donde el viejo monolito impera con más fuerza es en el campo. La fortaleza de Sacsahuamán, a 700 metros sobre Cuzco y dominando la ciudad, es un ejemplo muy curioso del trabajo realizado por los primeros indios que llegaron de Bolivia (13). La obra ha sido alzada aprovechando un monte en cuyo revés hay un rellano muy elevado. El monte está cortado a pico sobre Cuzco, y por la parte del rellano el fuerte se halla protegido por tres inmensos parapetos con redientes: tres enormes cremalleras hechas con piedras colosales que fueron arrastradas por millares de hombres desde la zona en que se hallaban hasta la altura en que se habían de situar. Garcilaso cuenta de qué modo se efectuaba ese transporte (14). mas no refiere cómo se encajaban en sus huecos respectivos los inmensos monolitos que aún están en los lugares en que fueron colocados antiguamente. Hay bloques, en efecto, cuya altura es superior a nueve metros y que pesan algo así como 300 toneladas, y esos

(13) Todos los investigadores están de acuerdo en que el estilo de las construcciones de los incas está tomado de las de Tianahuaco.

(14) El inca Garcilaso de la Vega: *Comentarios Reales* (Madrid, 1942).

bloques forman ángulos que nadie sabe cómo fueron calculados ni tallados (15).

Sin duda los mayores lados de cada cremallera se defendían con las flechas que surgían de los redientes. Y todo está dispuesto de manera que el que lograra—con eso y todo—escalar un parapeto caía en zona bien batida por las flechas del siguiente.

Arriba, el laberinto continúa. Las puertas no son fáciles de hallar, y cada una de ellas está flanqueada por varias aspilleras de la cortina más cercana. Y todo sigue igual hasta la cima, en la que se halla un famoso Muyoc Marca, que unos presentan como reducto y otros como simple residencia del monarca o del jefe del castillo.

Más lejos, hay otros edificios y mayores construcciones semejantes. Siguiendo el Urubamba se pasa por las ruinas de Ollantaytambo, a las que se acogieron los jefes derrotados por Pizarro, y después de un viaje de tres horas por desfiladeros imponentes o al borde de un barranco de paredes verticales, se llega a Machupichú, el pueblo edificado en la montaña inaccesible, sobre varias cortaduras muy profundas. Machu-pichú es como un centro colosal de resistencia. Tiene una muralla de circunvalación, reductos interiores, escaleras, residencias reales, casas antiguas, canalizaciones para el agua, depósitos de subsistencias, sepulcros y observatorios. El todo está hecho con bloques semejantes a los de Sacsahuamán (16). Se halla en un sitio que es tan agreste que no fué descubierto—modernamente—hasta el año 1908. Parece construído para defender la entrada al territorio de los incas o para servir de refugio a las poblaciones que se veían acorraladas por la gente de la selva (17).

En fin, hay otros cinco pueblos semejantes en las cercanías, cuya visita exige varias jornadas a través del monte y pasar las grandes cortaduras que barrean la senda.

* * *

Tan brevísimo vistazo a la construcción incaica da una idea so-

---

(15) Los muros septentrionales de Sacsahuamán son megalíticos—anteriores, por tanto, a la dinastía de los incas—, mientras que los que vierten sobre Cuzco tienen el mismo estilo que las obras más recientes de aquellos incas: se hallan construídos con bloques regulares y bien cortados, y de trazado distinto a los demás. (P. A. Means: *Ob. cit.*, pág. 272.)

(16) Lo más probable es que Machu-pichú fuera construído por el inca Pachacutec, ya que antes de él la frontera estaba en Ollantaytambo y él la llevó —Urubamba abajo—hasta la zona en que se halla establecida aquella fortaleza.

(17) En esa zona, la selva se halla aún a 300 kilómetros de distancia. No parece que los incas, ni Pizarro, la dominaran. Ahora, brasileros y peruanos van internándose de prisa, a fin de apoderarse de sus productos y de su riqueza fabulosa.

mera de lo que halló Pizarro cuando se apoderó de Cuzco. Pero aún falta lo importante: la obra que él realizó.

Cuzco tiene una catedral hermosa, iglesias centenarias y conventos de época diversa, mucho de ello comenzado a fabricar cuando el conquistador estaba en la ciudad. Desde la ventana del precioso parador que ha sido levantado en la plaza vieja, se ven diversos campanarios y un edificio colonial. En la ladera se divisa un pueblo que es arrabal de Cuzco y que por su forma y sus tejados podría estar en la zona pirenaica. Y en lo más alto—cerca del fuerte y entre pinares—hay una antena y una cruz.

La catedral es obra de Becerra y de Veramendi. Los terremotos la han maltratado. Ahora el arquitecto Boyer está haciendo varias obras y una restauración interesante. Su fachada es renacentista, y dentro está llena de oro. Las paredes principales de sus diez capillas están revestidas con panes de oro, y en una de ellas, mal tenida, hay un santo que pide una limosna para dorar la suya. Las verjas son doradas. La corona de espinas del famoso Cristo regalado por Carlos V—el de los Temblores—es de oro casi puro y de grandes dimensiones. Y a lo largo de las naves hay numerosos cuadros cuyos marcos son dorados. Ninguno está firmado ni sobresale, pero ninguno es malo. Sus fondos velazqueños son discretos. Sus figuras están profusamente consteladas, mas las estrellas de oro no guardan relación con el ropaje, ni con sus pliegues, ni con las sombras que esos pliegues originan.

Dos sacerdotes indios me acompañan. Saben poco de su templo..., no saben casi nada. Uno de ellos me abre una gran arca de hierro—fabricada en Dresde, si no recuerdo mal—para enseñarme una custodia recubierta de brillantes y de perlas y esmeraldas de muchísimos tamaños (18), y el otro mueve una cortina, que descubre un precioso Cristo crucificado que—al parecer—es obra de Van Dick. Admiro finalmente un magnífico retablo de plata repujada, un coro que es de talla más antigua que la propia catedral y la casulla de oro que utilizó el padre Valverde.

Salgo de la iglesia impresionado. Me dejo ir hasta San Blas, a fin de contemplar su púlpito grandioso, y hasta los Dominicos para ver lo que ha surgido sobre los cimientos del antiguo Coricancha, y, en fin, a la Merced, para oír la misa de precepto.

Es domingo. La capilla está completamente llena. Los mestizos y los blancos se sientan en las sillas, que están en varias filas, y en los bancos inmediatos a la entrada; pero los indios—las indias,

---

(18) La custodia tiene 1.500 brillantes y más de 600 perlas sin pulir, y alguna de éstas como una nuez.

mejor dicho—están arrodillados sobre el suelo, ocupando un gran espacio que hay delante de las sillas. Su recato es colosal. Están inmóviles. Jamás he visto santiguarse con tan profunda unción. Los niños juegan cerca del altar, pero las madres los olvidan, no los ven de tan perfectamente como siguen el santo sacrificio de la misa.

Dice el arzobispo—un cuzqueño que no ha pasado los Andes—que "sus inditos están contaminados por la espantosa propaganda comunista". Yo le cuento lo que he visto en la Merced, pero él insiste en que hace poco la devoción era mayor. Pizarro, en efecto, se preocupó muchísimo de convertir al cristianismo a los secuaces de los incas, y sin duda consiguió lo que quería. Los peruanos dicen que los virreyes abusaron a fin de dominar más fácilmente a los indígenas, pero a esto se contesta asegurando que la religión nunca fué *medio,* sino *fin* de la conquista.

En el campo, la idea está arraigada. En cada casa hay una cruz, y en algunas, sobre el tejado de paja, hay tres, que representan el Calvario. Y de este modo el *via crucis* se recorre sin dejar la calle en que se vive.

Y estos indios son los nietos de aquellos otros que estuvieron sometidos a los Manco y a los Yupanqui, y es que el indio se somete fácilmente; se somete incluso a los que adoptan las costumbres de los blancos. Los indios de los valles elevados prefieren no moverse de su campo. Van a Cuzco si no hay remedio, y, a Lima, no bajan nunca. Temen a los suyos que se hicieron abogados, notarios, procuradores, y prefieren entenderse con los otros. Temen a los suyos porque están contaminados. Temen a sus hijos cuando vuelven del servicio militar.

* * *

El vuelo a Lima es desagradable. A 6.500 metros, y aspirando oxígeno. Sólo es hermoso el panorama. Las cimas van pasando como en el cine. Y abajo, en el abismo, veo caminos que están hechos hace poco, y pienso en Pizarro, con su yelmo y su loriga y un puñado de aventureros, combatiendo por los valles o abriéndose camino en las laderas.

* * *

Pizarro, ¡que Dios te guarde!

Salgo de tu imperio creyendo que eres tú el que me ha contado lo que he aprendido.

* * *

Otro salto, y a otra cosa.

Setenta y cinco días distribuídos entre cinco repúblicas de América Central y Sudamérica son insuficientes para formarse un concepto claro y bien seguro sobre la situación económica y geopolítica de cada una de ellas. Y, por esto, en mi rapidísima excursión, me he visto obligado a encajar únicamente lo que más me cautivaba en consecuencia de las visitas realizadas y de las conversaciones sostenidas con soldados y políticos y con personas más o menos encumbradas en las letras o en los negocios. Pero la circunstancia de no haberme podido interesar equitativamente por cada cosa me ha asegurado la compensación de aprender en cada sitio lo más saliente o lo que era más impresionante para quien estaba—como yo—mal preparado a la visita. Y si esto tiene graves inconvenientes para lograr una imagen polifacética, tiene, en cambio, la ventaja de ofrecer facilidades para una reseña heterogénea y encauzada a averiguar qué focos son potentes o qué ideas sobresalen con más fuerza.

Y, en efecto, mientras que en Buenos Aires me he sentido en un país desconocido para mí, que se llama la República Argentina, en Chile y en Perú me he creído muchas veces en España; y aun quiero adelantar que en Panamá y en Cuba—que son las dos naciones visitadas y de las cuales todavía no he tratado—he tenido la impresión de hallarme no ya en ellas, ni en España, sino en los propios Estados Unidos de Norteamérica. El fenómeno es curioso; mas conviene recordar que puedo estar equivocado: las primeras sensaciones no suelen ser definitivas. No digo, pues, que si hubiese prolongado mi estancia—mi "estadía", acaso—en cada sitio, no habría escrito cosas diferentes a las que van saliendo en este artículo.

* * *

Cuba y Panamá, en efecto, me han parecido sendas derivaciones de su omnipotente hermana: los Estados Unidos. Pero esta semblanza tiende, en cada sitio, hacia una meta diferente. No son únicamente los edificios colosales, cuadriculados por fuera y refrigerados por dentro, los que me han proporcionado la impresión de "cosa americana", sino el contacto moral y material que, en uno y otro sitio, he tenido con la propia América del Norte. Mientras que en Panamá los yanquis me han acogido fervorosamente y me han enseñado sus carreteras, sus canales, sus cuarteles y sus campos de avia-

ción..., en Cuba—ante el Morro de la Habana y la bahía de Santiago—me he sentido desplazado de su país.

* * *

En la "zona del Canal", la selva es la sola cosa que recuerda que se está en el istmo limitado por Cristóbal y Colón sobre el Atlántico y por Balboa y Panamá sobre el Pacífico. Es la selva que Vasco Núñez de Balboa atravesó a fuerza de hachazos, y por la que transportó lo necesario para hacer un barco al otro lado; y es la misma que ahora obliga al regimiento americano a disponer de flechas contra las fieras, y que sigue siendo impenetrable—como antaño—hasta para muchos naturales del país. Pero esta selva está cruzada en nuestros días por el Canal—por los canales, mejor dicho, ya que el Canal es doble, y se ha empezado otro segundo, y aun se ha proyectado otro tercero sin compuertas—y por las carreteras especiales que van de Miraflores a Caimito y al lago de Gatún, para unir los mares principales de la Tierra.

La Jefatura norteamericana del mar Caribe, de la cual depende la zona del Canal, me hace los honores y me atiende amablemente (19). Desde las instalaciones subterráneas, que permiten vigilar el movimiento de las aguas, hasta las más superficiales, en que se hallan las compuertas; y desde las baterías y los hangares de aviación hasta los hospitales, los alojamientos de la tropa y los grupos de viviendas de oficiales, creo que he visto todo cuanto puede interesar a un hombre que ha dedicado su vida a lo castrense.

Sobre una colina que domina el campo y los cuarteles, y junto a un núcleo de cañones contra aeronaves, los americanos me invitaron a un almuerzo, durante el cual se discutió un poco de todo. Se habló mucho del oficio, y de las diferentes instalaciones que en todo tiempo se conservan para evitar una sorpresa, y de las otras muchas que se hicieron en la guerra para ampliar debidamente la defensa del conjunto. Se habló de lo presente y de las posibilidades ulteriores. Se habló de cómo viven las familias de los numerosos voluntarios que guarnecen el Canal. Se trató de las ventajas inherentes a una vida semejante a la que se llevaba en otros siglos, cuando las campañas demagógicas no habían despoetizado las costumbres de los primeros pobladores europeos de Norteamérica.

El calor es sofocante, pero las criadas panameñas realizan el trabajo que el amita de la casa efectuaría en Wáshington. Ella,

---

(19) Con este motivo, dedico un recuerdo de gratitud y de afecto a mi antiguo amigo Harry Tittman, embajador de Estados Unidos en Perú.

pues, está contenta; y el marido está contento de una tropa que es subordinada y extraordinariamente fiel. El soldado habla español y chapurrea el americano, y eso le basta para ser un buen soldado. Maneja el arco y la radio, el radar y la moto, las armas automáticas y el hacha; todo con igual facilidad. Y no tiene coche porque no lo necesita. Lo tiene, en cambio, cualquier suboficial americano, porque no sabe estar sin él.

De la antigua Panamá que edificaron los descubridores quedan solamente algunas piedras, que Morgan—el corsario—no se llevó. Por entre los grandes árboles que han crecido luego, se adivina lo que fué el palacio que pisaron los Ojeda, los Andagoya, los Pedrarías Dávila..., y donde estuvo el templo en que tales genios pidieron al Altísimo la ayuda necesaria para sus grandes aventuras. E, *in mentibus*, se reconstituye el pueblo; y, esto hecho, cuando se mira la costa que se extiende hacia lo que era una manigua inexplorada, se siente un nudo en la garganta, y, en los ojos, algo inefable que no guarda relación con este siglo.

Y nada más. Pero lo inefable se convierte en cosa real poco después.

* * *

¡Cuba!

Escucha esta oración.

La luz que hirió por vez primera las pupilas de mi madre fué la tuya. Nació en la Habana, en el palacio que es ahora Ayuntamiento de tu capital, y que era entonces "Capitanía". Y ante esa casa, y en su patio, que recuerda el de alguna en que he vivido en la meseta castellana, y subiendo su escalera marmorescente, pienso que por ésta bajó una niña de pocos días, con lujosa comitiva, que se fué a la catedral. Sus padrinos fueron el conde de San Esteban de Cañongo, coronel del regimiento de Voluntarios de la Habana y alcalde de la ciudad, y la duquesa de Tetuán y condesa de Lucena, dama noble de María Luisa. Y la partida de bautismo quedó firmada y atestiguada por el marqués de Marianao, grande de España y teniente de alcalde; el conde de O'Reilly y de San Felipe de Santiago, grande de España y alguacil mayor del Ayuntamiento; el conde de Fernandina, grande de España y mariscal de campo de los Reales Ejércitos de Su Majestad; el comandante general de las fuerzas de Marina de las islas de Barlovento e Indias Occidentales; el inspector general de las fuerzas de Infantería, Caballería y Milicias Disciplinarias de la isla de Cuba, y segundo cabo de su Capitanía General; el intendente del Ejército y de la Hacienda is-

leña; el presidente de la Audiencia pretorial; el inspector del Cuerpo de Ingenieros, y algunos más, a los que, sin duda, se vió obligado a ofrecer un puesto digno de sus respectivos cargos, el duque de la Torre, padre de la niña que iba a ser cristianizada, capitán general de los Ejércitos y de la Isla, director general de todas las Armas e Institutos del Ejército en su demarcación y cinco veces Caballero de San Fernando.

Y eso no es todo. Has visto también el nacimiento de mi padre y de mis abuelas: en la Habana y en Trinidad, en las que aún están en pie las casas en que tú los acogiste. Ellas eran cubanas ciento por ciento, y creo que no se conocían. Las familias se encontraron por el mundo, cuando tú eras española, y cuando "venir a España" era "seguir estando en casa".

Deja, pues, que vierta mi emoción profunda al recorrer tus calles y tus campos, y al contemplarte desde el aire y ver tu hermosura.

He tardado bastantes años en hallarte, y ya pensaba que nunca te vería.

Sin embargo, tu nombre estaba en mi cabeza y clavado en mi corazón desde hace tiempo. Yo tenía diez años cuando oía pregonar lo sucedido en tu bahía de Santiago. Sabía, entonces, que una escuadra, mandada por Cervera, se había refugiado en la ensenada, y que no podía moverse porque otra flota más potente la tenía acorralada. Sabía que esta segunda era moderna, y que sus acorazados tenían más cañones y mejores, más coraza y más andar que nuestros mal llamados cruceros: *Colón*, *Vizcaya*, *María Teresa* y *Oquendo*. Había oído que estos barcos no podían salir a mar abierta sin ser destruídos en seguida por los yanquis; y, en estas condiciones, oía cosas que yo—entonces—ligaba torpemente con los hechos. Escuchaba y no comprendía. El drama era tremendo, y el dilema no tenía solución. "No tienen más remedio que salir—decían todos—, porque en ello está el honor de la Marina y el de España." Lo decía la prensa; lo decían mis profesores, y lo repetían los chicos de la calle. Y, en efecto, la escuadra de Cervera obedeció: salió del puerto de Santiago un 3 de julio, y fué destrozada por la artillería de los navíos americanos.

Ha transcurrido más de medio siglo. Pero hasta ayer no me he dado cuenta de los hechos.

El conde de Foxá, mi amigo y Consejero en nuestra Embajada, me enseña el Viso, donde se defendió Vara de Rey. Me pasea, luego, por la loma de San Juan, para que vea los restos del parapeto aspillerado y la trinchera desde la cual nuestros infantes—de

rayadillo—dispararon los últimos cartuchos españoles en América; y, en fin, me lleva hacia el que sigue llamándose "Castillo del Morro", y que a la sazón tenía varias piezas anticuadas y una guarnición de poca monta. Y, en el castillo, encuentro un sitio—un rediente a pico sobre la tortuosa boca de la bahía—desde el cual se ve la mar abierta, y, en el fondo, a la derecha, el ensanchamiento de la rada y los muelles que en su tiempo estaban cerca de un modesto apostadero.

Y, contemplando aquello, pierdo la noción del tiempo. Pienso en lo ocurrido y me parece revivirlo. Oigo una voz que me recuerda lo pasado, y creo que estoy en 1898 y que todo recomienza. Los barcos se hallan fondeados casi en el centro de la bahía. Atracados, sólo están los destructores. El almirante, a bordo del *María Teresa,* ha citado a sus comandantes de crucero y de flotilla y a su jefe de Estado Mayor. Hay unas copas de jerez sobre la mesa, y alrededor están Eulate, Concas, Díaz Moréu, Lazaga, Villamil y Bustamante. Desde el 26 de junio, la escuadra está a disposición de Blanco, general en jefe del Ejército, y éste—azuzado desde Madrid—insinúa la conveniencia de que las naves salgan, a fin de no entregarse a las fuerzas americanas que se acercan a Santiago. Cada uno da su parecer, y el almirante se limita a repetir que hará lo que disponga su inmediato jefe, porque él no quiere ser el responsable—ante Dios y ante la Historia—de sacrificar a tantos hombres por un gesto de amor propio y no en defensa de la Patria.

Miro sin cesar al sitio en que los barcos esperaban. Me parece oír que Blanco ha dado la orden de salida, y veo la conmoción originada por los diversos preparativos. Se han encendido los hogares y las calderas toman su presión. Un humo denso emana de las varias chimeneas y sube lentamente; pero al tropezarse con la brisa que llega de la costa, se inclina tierra adentro, como ayudando a no informar a los acorazados de fuera.

Sin duda, la orden ha llegado. Y, en efecto, hacia las nueve, los cruceros dan "avante". El *Infanta María Teresa* arrumba hacia la boca. Le siguen el *Vizcaya,* el *Cristóbal Colón,* el *Almirante Oquendo* y los destructores. Desde mi observatorio los veo venir pausadamente. Entran despacio en el canal, que es muy tortuoso. Van como temiendo tropezarse con el hundido *Merrimac* que está debajo del resalte en que me encuentro, o con la laja que el piloto les señala y que está un poco más allá. Pasan entre el Morro (a 65 metros) y la Socapa (a 53). Alguno mira hacia la altura, como diciendo que por qué no tiran los cañones y rechazan mar afuera al enemigo. Mas no sabe—o no recuerda—el que mira hacia los

fuertes que sus piezas sólo sirven—o servirían—para avisar que la batalla va a empezar.

Cada comandante de navío da "toda fuerza" cuando ve la mar delante. La salida es muy precisa y el rumbo no es seguro.

Son las nueve y media de la mañana. El *María Teresa* rompe el fuego a los pocos instantes. Es el primer aviso. A lo lejos veo los penachos americanos. Delante de ellos está el teatro en que la lucha va a estallar. Pienso en la gente, y quisiera estar con ella; pero—en mi pesadilla—estoy obligado a seguir la escena desde el Morro.

El *Teresa* va derecho al crucero *Brooklin.* Aquél es el que cierra: el que marcha al desafío, en busca de una muerte muy gloriosa. Pero antes de que sus proyectiles lleguen al contrario, recibe unos impactos y empieza a arder.

El *Vizcaya,* que le sigue, también dispara contra el adversario. Dispara hasta el momento en que sus cañones dicen "basta", porque los proyectiles calibrados se han acabado y los demás no sirven.

El *Colón* avanza contra el *Iowa,* y hace fuego con sus piezas de 14 por vez primera. Mas también sus municiones son deficientes, y sólo un disparo de cada ocho responde al estopín que ha de encender su carga.

El *Oquendo,* en fin, se pierde en el desorden producido por los nuestros y por la escuadra americana. El humo negro no se disipa. Se arrastra por la mar como queriendo proteger a nuestros barcos; y, en medio de eso, cada uno se dirige a donde cree que puede hacer más daño, y tan sólo cuando muere el comandante o ha sufrido una explosión irreparable, arría su bandera y se va a la costa, para salvar a los que viven todavía.

Después...; después, no sé. Foxá me llama, y me entero de que estaba solo recordando la hecatombe de hace más de medio siglo. Echo un último vistazo al océano en que se hundieron nuestras naves; y me doy cuenta de su calma, y de que no hay penachos de humo, ni explosiones, ni rastro de lo que fué una gloria inútil para España.

* * *

Poco después de mediodía, emprendimos el regreso. El piloto había recibido la orden de seguir la ruta que nosotros eligiéramos, y, por supuesto, le rogamos que saliera mar afuera y que después virara hacia la tierra y se mantuviera cerca de ella. Y así volábamos, paralelamente a Sierra Maestra, cuando en un pequeño entrante de la costa me pareció ver una boya; y como un artefacto

semejante no tenía razón de ser en un paraje poco frecuentado y sin población alguna en sus inmediaciones, pregunté al piloto y a algunos pasajeros qué era aquello. Pero nadie lo sabía. Diariamente, el avión de línea se interna desde Santiago, y cabotaje, no existe en esa zona. Los barcos salen fuera, para evitar un litoral en que hay alguna roca y que es muy poco transitado. Y, en vista de ello, una espiral bajando nos lleva hasta muy cerca de lo que parecía una simple boya, y que era un casco de navío clavado en el fondo y con su proa fuera: una proa desgastada y color de herrumbre, abandonada al agua y a los años.

Nadie estaba en condiciones de explicarme nada. Ya lo dije. Los nombres de *Vizcaya* y de *María Teresa* eran desconocidos para los tripulantes del avión y para la gente joven que viajaba.

Agradecí el viraje, y nos fuimos tierra adentro. Volamos sobre Camagüey para admirar su gran paseo y los bosques de palmeras. Pasamos por encima de la trocha de Morón (20), que dió tanto que hablar en otro tiempo, y nos dirigimos luego hacia la Habana. Mas, ya en el coche, caminando muy ligeros, para llegar a una comida organizada por Lojendio, el embajador de España, con los ocho generales del Ejército cubano, yo seguía viendo, fuera del agua, una proa carcomida por los años.

* * *

En Rancho Boyeros, el aerodromo de la Habana, me despidieron muchos parientes que yo no conocía, y todos me rogaron que volviera.

Me arrellané en mi sitio, y cuando el cuatrimotor de Iberia se alejaba en dirección a las Bahama, para seguir a las Azores y a Barajas, yo aproveché las horas para acabar de escribir mi oración a Cuba.

Pero esta última parte queda fuera: es para Ella y para mí.

Carlos Martínez de Campos.
Real Academia Española.
MADRID.

---

(20) Trocha de Júcaro a Morón, que cruzaba la isla de Norte a Sur, y que estaba destinada a incomunicar la zona sublevada y la pacífica.

TRES POEMAS

POR

MEIRA DELMAR

AYER

Dentro de mí, creciendo siempre, oigo
un oleaje de siglos.

El tiempo errante, el olvidado tiempo,
ya ceniza en el tacto de la nada,
regresa de sus límites perdidos
a mi reciente orilla,
y en la memoria de la sangre mueve
su paso de fantasma.

Y a mi nocturna frente suben días
y rostros abolidos, nombres, ámbitos
que supe alguna vez, antes de ahora,
ecos que al fondo de mi ser golpean
con inasibles, apagadas manos.

Y ven mis ojos resurgir del polvo
las ciudades que el dátil convocara
junto a su vaso de dulzor, navíos
que el armonioso mar de los abuelos
con sus velas de púrpura cruzaron,
pastores que la estrella agradecían
con la ternura del rabel, antiguas
gentes profundas, milenarias gentes,
la vieja raza donde hubo forma:
esta que soy de cánticos y duelo.

De labio en labio recabó su llama
la sed inmemorial que entre mi boca
ardiendo sigue inacabable y pura.
Entregándome están voces remotas
la palabra que digo; va en el viento

de muchas muertes la raíz herida
que comenzara a desatar mis venas.
Y ya no sé, no sé si estoy viviendo
en esta soledad rebelde y mía
la inexorable soledad de otro.

EL ANGEL

Un día como éste, como otros, un día
desnudo de señales—la rosa en su comarca
de perfume, los pinos en el azul—, en vano
preguntas por el roce familiar de sus alas
y alma adentro te pierdes buscando la dulzura
de sus manos tranquilas, de su tranquila frente.
Dices su nombre, clamas en el vacío, cruzas
tu corazón llamándole, y sabes que está solo
tu corazón, y sabes
que si vuelves el paso vas a mirar la ausencia
y tienes miedo, miedo de encontrar sus espadas.

Cuántos bosques de frío, cuánta secreta sombra
iluminó su lámpara; recuerdas cuando iba
contigo y te llevaba por las oscuras rutas
a descubrir el júbilo más allá de tu llanto.
Alguna vez la muerte halló por fin tu casa,
y te llenó de espinas los ojos y los sueños,
de rebeldes palabras la voz y de amargura
el vaso de la antigua dulcedumbre; callado,
el ángel no lloraba por ti, te sostenía
contra su pecho claro de amor hasta la hora
en que era tuya el alba del canto nuevamente,
y con sus modos puros
levantaba tu rostro a su célico beso.

Que te ha dejado sientes porque te sangra ahora
la soledad lo mismo que herida verdadera,
y la angustia te ronda con sus lobos hambrientos
y nadie te acompaña si a tu lado no hay nadie.
Perdida estás, perdida, desterrada del tiempo,
mientras huyen y tornan los ardientes veranos,

mientras crecen hogueras que no ves, que no tocan
tu heredad sollozante.
Y es más hondo el silencio
si en la noche un lejano resplandor atraviesa
la celeste comarca.

CIUDAD EN EL RECUERDO

Recuerdo la ciudad, recuerdo el sitio
de su belleza grave, sostenida
por la piedra y el sueño, por el hondo
fluir de las edades que su nombre
llevaron a manera de un escudo
contra la muerte.

Recuerdo, sí, las torres en el lienzo
del aire dibujadas,
el triunfo de los arcos que los siglos
vieron caer, huir bajo sus mármoles
hacia atrás, a lo lejos, donde el héroe
su rostro esfuma en el total relámpago
del mito.

Antigua luz de reposados oros
tiembla sobre su frente como un vuelo
de angélicas criaturas.
¡Ah su vívido tacto en los jardines,
en la piel de la estatua, en la redonda
plenitud de las cúpulas aéreas
que navegan sus ámbitos!
Yo la vi detenerse en la pausada
teoría de melódicas columnas,
encenderlas por dentro como tallos
de vidrio, como dulces
lámparas repetidas.
En la ardorosa desnudez del viento
las llamas de los pinos
irrumpían sonoras, crepitantes
de verde fuego oscuro.

No me dejan sus dioses devorados
por el tiempo y la fábula, su río
con la quieta hermosura de los puentes
reflejada, los muros
en el azul intacto, la cambiante
sonrisa del otoño entre las hojas.

Recuerdo el bronce inenarrable y puro
de sus claras batallas,
los pasos vegetales de la hierba
en los caídos torsos, las colinas
tutelares. Recuerdo
un día como un pórtico de ámbar
y la ciudad en él,
eterna y sola.



EL OCASO

POR

AURELIO VALLE

¡Mirad a Poniente!
¡Mirad lo que el sol proclama!
¡Mirad cómo se siembra y se inmola
derramando en el cielo su promesa de retorno,
coloreando el pálido gris de esperanza!
Su anulación persiste ante las generaciones.
¡Tantas y tantas simientes para esa rosa sangrante!
Hombres y más hombres le han ofrecido un surco.
¡Qué hilera remonto de antepasados y soles!
Ellos los vieron con ojos de tiempos
que vida a vida edificaron el mío;
en este ocaso mío suspiran todos los suyos,
y yo, a mi modo, soy la eternidad de ellos.

Esta mañana hemos seguido el camino del sol
de Este a Oeste. Sigamos, confesemos ahora su ruta
de Antes *a* Siempre, *según ha subido y subido*
en el pozo ancestral de mi alma
hasta mojar mis labios y llegar a mis ojos
y morir a mi vista en la mirada del año.

Estos niños, a mi lado, lo verán en su día
con otra mirada, ellos que ahora lo escrutan
con ojos apenas distintos de los miles que hay en el bosque
quietos y reverentes, en los que miles de soles
se reproducen y mueren, anidados en cielos pequeños,
acurrucados en la pura comunión del silencio.

En el principio era la casa y el bosque y el espacio
y el hombre y lo divino y el sol que se hunde;
en el principio era ahora.

Ya la noche anhela tenderse sobre la tierra.
Crece detrás del horizonte y se acumula en los diques del cielo.
Pero aún no puede arrollar esta selva que cubre
el pasillo del valle y sus veinte colinas guardianes
porque el sol se lo regatea, se aferra todavía al sitio,
está en su primer día, disfruta el regazo húmedo,
desea quedarse para siempre, no apresurar el beso,
seguir uncido y atado a un engendrar primario.
Pero Cronos, con su hoz de dientes cortantes...
La flor de retama platea las sienes del monte.
En invierno, las nieblas, como blancas voces que susurran
suben contra el sol, apagando sus gritos lejanos.
En verano, una mano más fuerte le dirige el cuchillo:
la creación, culpable, no merece un día entero.
El hombre, como una urraca frenética, roba
de las altas copas del paraíso que se hunde.
Luego se queda fuera, solo y libre frente a su cabaña,
mirando el atardecer y esforzando la memoria.
Solamente recuerda una cosa informe y sagrada
como las panojas de maíz que él mismo deja al aire
para que las trabaje el incesante martillo de los dioses.

¡Los días, los siglos repican! Por milenios se cuentan sus
Sus cosechas se miden en la rotación de las selvas. [meses.
Con su dulce osadía de siempre, la vida innumerable irradia
su inmensa variedad de caricias a la luz postrera
y extiende, risueña, sus cepos y ramajes y redes
donde fluirá la noche fosforescente y llena de enjambres.
Los dioses han decretado contra la peligrosa tierra.
La tarde alarga un dedo moribundo
hacia el árbol que se ha de desplomar al ocaso.
Con un gemido, hiende la madera crujiente
su vida en fuga; pero no cesará la crecida del muerto:
los retoños verdean y se espigan en torno;
y años abajo, la nave de gráciles pinos al viento
escoltada de garzas y almas y sirenas aladas
navega hacia nosotros, y su multiplicado periplo
nos entra, en la dársena que hoy le ofrece
esta bonanza de mi atardecer de Siempre.

También el hombre crecía
y moría, y algo quedaba. Crecían los nombres

y casas famosas. Detrás del día revolotea el hado
esperando un resquicio, una culpa que merezca la ira.
Nos defendemos, tendiendo sobre el bosque una malla
de números y ciencias, válidas contra ese graznido,
mientras la luz persista y se adore el misterio.
El sol humea en el horizonte, el sol se extingue
y muere sobre la Montaña, tendido en majestad
sobre el alto altar de la llanura, endoselado de nubes;
pero el hombre arrimó la Idea a las últimas ascuas,
hachón que hurtó al cielo su lumbre, y nos sirve
hasta que llegue, riendo, la Aurora, la que se adorna
con corales de escarcha entre el mar rumoroso de pinos.

En un claro del bosque, hace tiempo
se cruzaron las pasiones de dioses y hombres.
Pero éstos laboraban y vencían al bosque
amándolo mucho. Sobre el viento del Oeste
se filtra entre los pinos el canto de siglos
de muchas vendimias, allá en la llanura del Vallés
constriñendo dulcemente a las Hamadríadas
ya alejadas de la ruta del ciprés y el soldado.

Hasta que un atardecer, como otros,
resonó el viento donde no había viento,
se estremecieron los juncos abajo en el pantano,
tremoló un suspiro por lo hondo del bosque
y se oyó una gran voz que decía: "Pan ha muerto."
El primer sorprendido fué Pan, ese siervo,
ese fuerte gañán de los vergeles de Cristo.
Al oírlo tuvo que ocultarse más hondo
y disimular su tarea, y soplar en su caña
sólo en primavera, torciendo la sonrisa, y gemir
muy modosamente entre los pinos,
dando más lícita voz a sus gozos
en los balidos de marzo y el lloriqueo del niño,
aunque a veces se transparente, vengativo,
detrás de la luna, su bien estudiada careta,
o restalle en el revuelo de la tramontana,
pero sigue más o menos las reglas del juego.
El no había muerto, ni muere, pero el hombre
había de verdad nacido, y de tan alta madre,
que ya más condolido miraba al sol, como a una criatura

mortal, de un día o un tiempo, despedida con lágrimas
desde la cresta posible de la vida eterna
como el caminante despide a la amapola.

Ya el sol declinaba sobre los siglos
y maduraba las savias del bosque, y carcomía
el mármol y espesaba el musgo. Venían otros hombres;
los soles lejanos en sus venas fermentaron aquí,
dando bajo la tez rubia el viejo licor del sitio.
Pronto se uncieron a lo que ofrece esta comarca:
el pastoreo, la vendimia, los animales de granja
y los frutos del árbol. Conocían de antiguo, y temían
los muchos encantos del bosque y el daemon sylvarum
que vive en lo más tenebroso; a esta hora bajaban,
armados, de la casa al valle, donde ya la iglesia
rodeada de cipreses, minúscula en la selva,
tañía sus campanas aguardando el milenio,
y la defendían contra los maleantes, fueran o no
de carne y hueso, porque el camino del valle tenía la fama
de conducir a un tesoro sagrado, y pasaban los caballeros
con yelmos de ala de murciélago, hacia la montaña
bañada todavía en la sangre redentora del ocaso
que promete una revelación, quizá mañana,
no temiendo afrontarse, si aún viviera, con la Araña
"de muy mala baba", en lo más fosco de la maleza.
Desde entonces hasta hoy en la Budallera es ley
solazar la sed del peregrino que en esta jornada
se hubiera desviado y anduviera pesaroso el monte.
Crecían así los servicios y las costumbres, y el hombre
crecía y moría, habiendo gastado el tesoro de rubíes
de muchos atardeceres, para rescatarme de la usura del tiempo
este Ahora de la puesta del sol en la Budallera.

Los siglos pasaban, y el bosque permanecía
y la casa vigilaba el valle, o se iba con el murciélago
que batía sus alas de hierro por todo este mar
hasta Atenas. Y ya el alma de mañana era prometedor
y distinto; pero la floresta se doraba
y reverdecía, y en diciembre se hacía la alegre matanza
del cerdo, y en noviembre la castañada
con fogatas en la cocina vieja. Y vino un día
como otros, quizá más brillantes los ojos en mayo,

quizá más gozosamente azul el mar.
El ocaso de aquel día fuera quizá más suave
y la noche más blanda: tuvo compañía
la voz del ruiseñor en la noche, y la alondra
no fué la primera en avisar el alba...
(Un amante solo llorará luego en la cresta.)
Con retinas cargadas de azules y carmines
crecía el hombre, y con el alma surcada de atardeceres.
Como éste, que, prendido en las puntas de las hojas
de los árboles esbeltos como candelabros
servirá de fondo en el retablo de la parroquia
para añadir la figura piadosa del donante.

Un año y otro, entre el sol y el hombre
se adentraba de prisa el mundo; se dilataba el espacio
como pletórica madre terrestre, dadivosa de afirmaciones.
A dos leguas de aquí, Isabel ha recibido a Cristóbal:
aquella tarde ya no era el sol lo que se despeñaba,
sino que nuestro orbe rodante se zambullía entre las estrellas
y el enorme atardecer remolcaba el corazón al Oeste.
La Virgen Negra tiene por falda una escarpa de oro
y a Monserrat trepan peregrinos de ambos imperios:
Carlos e Ignacio, cuando ni aquí ni en todo el mundo
ni en el cielo divino podían existir rincones.
Pero le crece al hombre su extraña alma bicéfala:
una de sus cabezas reta osadamente el mañana
mientras se entorna la otra hacia ayeres de ensueño.
Venus llora su Adonis al anochecer en el bosque
cuando el jabalí huye bajo las opulentas exequias del cielo:
el llanto de Venus se adentraba en lejanísimas selvas
y Febo se desangraba también en los Andes,
donde el cóndor llegaba a la raíz del trueno.

También los siglos aletean muy fuertes, y mueren,
y las vigas maestras crujen, y los retoños de pino se esparcen,
y esto quedaba para el atardecer de Siempre.
El cóndor planea más bajo; su retina harta de espacio
puso mayor atención al mundo, como en una presa adorable,
y lo hizo un jardín risueño, con la verja entornada
para el futuro. Atardecía por el alto designio
de Dios, el Supremo Arquitecto, y de las leyes de astronomía.

El Artifice tira a cordel sus razones, el hombre planta
y la mujer riega. Las criaturas nacían muy blancas, y el bosque
se llenó de naturaleza comedida y dulcísima
y estas garzas parecían aves del paraíso.
La fantasía de los niños fortificaba San Pedro Mártir
con ingenios inauditos, contra nubecillas
que piafaban como corceles de raso;
y soltaban cometas al viento, tensas las cuerdas,
atropellando briznas y plantas cuidadosamente nombradas.
El hombre crecía, esperanzado y limpio
pastor suficiente de su propia alma.
Pero en diciembre se hacía la alegre matanza
del cerdo, y en noviembre la castañada
con fogatas en la cocina vieja. Valía para orientarse
el Almanaque o Lunario Perpetuo, y el Santo de mosaico
relucía en la nueva fachada, y la Virgen de la Budallera
valió en tiempos de las guerras, y mantuvo el lugar.
La cortesía iba y venía de la ciudad al monte,
y junto al pino adolescente, ya recio en la cresta
—quizá bueno para un bauprés de fragata—,
la pubilla, porque cree que nadie la mira,
hace una reverencia irónica al sol que muere.
Las sombras avanzan: otro adagio trenzará la pubilla.
El que moría y renacía y moría era Helios,
el mismo del principio de todos los tiempos,
calentando en su agonía las venas y los labios
de ella.

Artemisa vendrá, mortecina, y las Hamadríadas
nunca anduvieron lejos, y ya se cernían, desmelenadas,
esperando que ardiese en su antiguo furor el viento.
Y vino, una noche, la música: aquella nebulosa oculta
en las constelaciones de Bach, se desmadejó maravillosamente
y desde entonces amasa y trenza su fuerte maroma
estriando el velo más tenue que corre el ocaso
en la claraboya del alma; la sombra reitera este lazo
a veces torvo, pero más dócil a la mano
del que le somete su corazón en prenda:
porque ese cáñamo está hecho de la misma materia.
Al otro día las boiras serpenteaban sobre la retama
y el fulgor postrero besaba Monserrat escarpado
contra un cielo de tormenta. Por la llanura

avanzan al sesgo siete columnas de lluvia.
y el trueno retumba entre las colinas redondas.
El hilo de la melancolía se parte por lo más fino
y en aguas menos lúgubres que las de este pantano
Harriet Shelley podía vengarse de su alondra huída
ahogando su corazón, como a él le ahogaría la vida.
¡Dios mío, y vivir ambos en el atardecer de Siempre!

Las hojas, las estaciones, se enmarañan, cobrizas y verdes.
El follaje crece por doquier: hojas y rosas en la ventana,
y en la retorcida rama de la barandilla rústica.
Todo sirve al hombre: la alta casa apacible,
su bien hallado descanso del crear del día;
su creación abajo; la ciudad, selva de ostentoso hierro
que ya trepa por la colina; tenaz gusano, hambriento
de los frutos terrenales; que ya trepa, que prefigura
la apoteótica ascensión de la cremallera.
El atardecer presta su amplio cortinaje cálido
al tierno cultivo del bienestar del hombre;
el ocaso llega con providencial esmero
en el mismo momento en que el luchador cansado
se muda, se pone su viejo traje de campo,
su traje de persona: el de la antigua alma bifronte
que pondera, con la familia disfrutando en torno,
el pasado y el porvenir. Su madurez se tiñe
del loco atardecer del cielo; su mocedad sepulta,
tercamente olvidada, se le rebela ahora;
el sol pone su mecha a la fantasía
y contra el vaporoso azafrán del Poniente
el hombre sueña, sobre la catedral del bosque,
las esbeltas, vivas, góticas columnas
que alcen a sus hijos, como querubines puros
enracimados en triunfantes capiteles
más altos, más, con el sublime vuelo
de un himno a la esperanza, que pregone
el ideal de la humanidad no pecadora.
Más lejos, confinados en números estrictos,
los duendes de la tierra danzan sus alegorías
en la rueda de las manos...; las manos en el piano
suspiran por el amante de los veinte años.
Las manos, en la campana de la parroquia, tañen
llamando a la silenciosa oración de la tarde.
Las manos de Dios se abren: los niños duermen.

Otro día, el sol ha bajado, cargado de primaveras,
de la fuente al valle, y anda hacia el horizonte
más sereno, con todo su oro, y durante un largo momento
ha derramado su cántaro en la hondonada
donde airea graciosa su arcada de columnas
como ventanillas de una colmena, la Villa Juana
visible desde la Budallera. Allí yace Verdaguer
sobre el lecho de muerte, rememorando quizá
aquel seminarista que escapó como nuevo San Juan
en la noche, desnudo, con un hachón prendido
para encender de verdad el Pirene; sacerdote siempre
de las realidades, acólito también del bosque
de todos los tiempos, abeja temprana de la flor de almendro,
hormiga, estibador de humildes tesoros, que carga
con toda su alma para María, para su Reina,
escudo, también, de la mujer, la dolorosa humana
y Heráklida para la fundación de España,
vidente en el aire de archipiélagos, rojos abismos
con islotes y racimos de nubes, tardíamente maduros
en esta tierra, pero siempre, y al fin, inmortales
cuando él navegó los Egeos del Oeste encendido
y se trajo, en corso, las pomas de oro, desgajadas
de aquel gineceo donde las constelaciones duermen
esperando el beso del sol, que las ha de encender
cuando baje a ellas por su escalinata etérea.
Pero el poeta, el hombre, moría en la Villa Juana
y el sol estaba inclinado sobre su frente
y era el crismal del último consuelo del óleo
con el que alegraban y ungían y engalanaban su alma
para su botadura en la pleamar de su Océano abierto.

La Budallera se hizo también a la mar
como un trirreme, y dobló el cabo de este siglo.
El hombre alteraba el mundo y transformaba su herencia
temerariamente. Un sol más ígneo se desplomó sobre la tierra
como el arribo de un ángel, y estalló como una granada
o como una piedra en la campana de frutas de cera
esparciendo la tarde en añicos de luz y sonido;
y quedó agazapado como un intenso ojo saturnino,
piedra filosofal—¡al fin!—de operantes destellos,
mientras los fragmentos se fueron posando mágicamente
y recompusieron el mundo a la vista del taumaturgo.

Al conjuro del ave más pura para el azul soñado
rió delgadamente el céfiro de la caña antigua;
muy pronto hubo de enmudecer, o dar en la clave gimiente,
al oler la súbita ira que enrojecía el Poniente,
al ver que en los valles del orbe los donceles se armaban
y en todas las cumbres morían, porque la justicia se hizo idea
o porque había que conservar el sitio. El Santo en la fachada,
y la Virgen, lo mantuvieron; algunas casas han despertado
entre las ruinas, a no se sabe qué simulacro de vida,
como en el falso despertar de la pesadilla, cuando el esfuerzo
desgarra la cámara de un sueño, para asfixiarse en otro.

Ya nada será igual, dijeron los sobrevivientes.
Pero un otoño y otro acumulan sus tibios estratos
sobre el pudridero; los pinos lo han venado todo de agujas
para la huella no menos dulce de la mujer querida;
las cabras no niegan su leche, y otra pastorcilla
ha bajado con cántaros a la fuente. Ya la luz de otro ocaso
viene a ras de tierra, más doliente, más muda y anhelante,
como un perrucho, como un perdiguero que se perdió y regresa
esperando ser reconocido; olfateo entre los postigos
buscando aquella campana de frutas de cera.
Nos mira con un sordo latido. ¡Corazón, no llores,
anímate, perro de mirada triste y sanguinolenta
que lame la Budallera! ¡Anímate, que en diciembre
veremos a ver si existe todavía un cerdo
y en noviembre haremos la castañada!
¡Arderá la fogata en la cocina vieja!

Ya es hoy, Señor. Mi hoy verdadero me cerca.
De verdad se me pone el sol y me emplaza.
Pero siempre es hoy. Durante un siglo y otro.
El alambique me da esta única gota punzante:
esta droga, este veneno, por si no me causaba la muerte
mi ayer inmediato y siempre rondador de mi sangre.
Pero ayer fué mañana de muchas esperanzas
no todas vanas. Al llegar esta hora del día
es bueno pensar en otros y hacer testamento;
un siglo y otro morimos; un día y otro legamos...
¿Qué podemos legar?

Las vidas venideras porfían
y forcejean en la puerta; los niños juegan en la era
con los vencejos y las golondrinas, indistintamente.
A mí se me pone un sol viejo, hospicio de vidas antiguas,
bocallave llena de herrumbre, donde los años giran
cerrando a esta hora la blanca masía del día;
las vidas se me remueven ahora, como inoportunas avispas
plegadas en este escondite, que ya dormían.
¡Anochece! Hoy también. ¡Señor, tú piensas los siglos
más vertiginosamente que yo los escribo!
¡Detén tu pensamiento en el atardecer de ahora!
¡Pronto, Señor, que el sol se adentra con paso seguro
hacia la alcoba de su placer nocturno!
Los niños llaman desde la era: ¡Mira, todavía
allí, entre el banco de nubes y el horizonte!
La voz del niño, como la del profeta, abre
de repente la puerta recién cerrada del cielo,
y el sol, atónito, se para y nos vuelve el rostro
y la luz inunda el momento quieto, y el aire
está lúcido y permanente, como una ágata honda
donde una mota, un pájaro, se desvanece parpadeando.
Pero el ave ha comunicado su movimiento al cielo.
¡Esta joya se deshace! Vuelve a fluir la herida
que el sol, como ayer, como siempre, abre hacia la noche,
nuestra más grave herida, la sólo restañada de nubes
cuando todo el cielo se curva como un ala de cisne
malherido, la pluma de carmín, no, ya transparente,
violeta de muerte, pero rojo aún donde el corazón terco.
¡Oh mi rosa, en plena disolución en el alma!
¡Mi rosa gallarda! ¿Qué pétalos para qué perfume?
Y tú, pino en lo alto, que tañes la campana del aire,
¿qué última caricia de nube, qué tenue pluma
para aquella pubilla que has visto—mi dulce testigo,
¿te acuerdas?—llevarse la pinaza a los labios?

El bosque, como ayer, está quieto; el bosque está rezando
por todo lo que será cuando crezcan estos pequeños,
mientras el sol está en equilibrio sobre el horizonte
y nos mira por encima del hombro como un apóstol moroso
que se complace añorando su hogar y su valle.
¿Todavía? ¡No: el apóstol está ya en su campo;
cuando él contempla el valle, él mira hacia adelante;

calcula el escenario, y está ya ensayando el alba!

¿Entonces, Señor, este sol no se nos escapará entre los dedos,
no se nos perderá, sino que entrará en el hondo arcón de la
[noche
como dote para el amanecer? ¿Cómo, si no, afrontaremos
este reto, este otoño a muerte? ¿Qué primavera
daremos a esta casa, a estos niños, y al bosque
siempre infantil y naciente? ¡Y otra vez, sol, bandolero,
me acercas al pecho tu hierro candente!

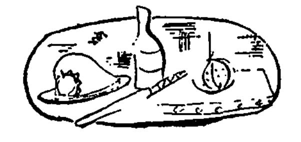
Ya sé que tú no te pones: nosotros nos ponemos, tú amane-
[cerás,
a mí me tiran abajo, a mí me abisma la tierra,
a mí me sepultan, y más de doce horas
habré de esperar mi alba. Pero quedan estos niños,
y uno de ellos—¡oh mi orgulloso, mi bello!—te ha dicho
que parecías una naranja; y ha añadido,
al ver cómo te consumían los altos alcores dentados:

"Una mitad se la ha comido un niño
y la otra mitad se la está comiendo."

¡Ya ves, los niños han comulgado de ti! Tú mueres,
tú te adentras en ellos, buscando sus aguas letales
como cualquier hombre en la mujer amada
con flechas más rectas, quemantes y venenosas
que tus más alados rayos. ¡Sí; ellos te "toman" en la era,
ellos ya crecen, ya están enfermos de ti,
ya llevan, Apolo, tu germen, tu crisálida en la madrugada,
tus grifos alados en la arcaica luz del alba,
tus leones de piedra pujantes en el Mediodía
y los dragones de seda de tus tardes largas!

¡Sol, tú arrastras el peso esencial de los siglos!;
¡sol, qué tesoro en tu lomo luciente! ¿Y ya te sumerges?
¿Y ya te los llevas? ¿Hacia dónde? ¿A qué nuevo mundo?
¿Qué harán contigo? ¿Dónde te tensarán las riendas?
¡Oh sol, delfín que nos tuvo! Tu última aleta de fuego
ya busca el arenal del sueño. Tus rayos se apagan, se entornan.
Mi guía se separa de mí; mi silencio amigo,
en cuyos ojos yo me miraba. Sí; la figura en la puerta
se emboza en su capa, con un último revuelo de raso,
y baja a la otra ribera, donde su siempre favorita
se peina: Venus, anadiómena; aquella a quien lava
la marea entrante de la noche.

Nuestro mundo incinerado
camina en una nube de ceniza luminosa.
Ya llora el relente sus invisibles lágrimas.
Ya el último vencejo errabundo
se ha convertido en el primer murciélago.
¡Pero todavía asoma un rescoldo, la punta de un pétalo,
algo que está a la vista y es ya su propio recuerdo
y se deshoja dentro del búcaro de la montaña!
¡Adiós, mi flor, mi fruto del mediodía!
Yo te recibí granada, yo te recibí de Siempre
y te doy este impulso para que ruedes los abismos
hacia ese otro planeta que amanecerá mañana.
¡De mi árbol caes, dura simiente que el hombre,
como un emperador antiguo, cada noche confía
a la pirámide común, que ha de perforar los siglos!
¡Adiós, mi flor, mi último beso, mi último día!
¡Adiós, Helios cruel, inocente vida que daña:
adiós, mi espejo, mi hermano! El bosque
te espera seguro. Los niños te han aplaudido:
para ellos es pronto mañana. Mi hoy se cierra.
Mi vista, mi vida te pierde; pero mi alma,
que no olvida, vibra de todos tus aldabonazos
cuando ya la tierra, sumisa, se estremece
bajo el peso de la noche tibia.



CONTRAPUNTO EUROPEO EN EL ARTE DE ROMA

POR

LUIS DIEZ DEL CORRAL

A Pachu y Emilio Garrigues.

I

SENTIMIENTO Y SOCIOLOGÍA DEL ARTE EN ROMA

"C'est pour la sixième fois—escribía Stendhal (1)—que j'entre dans la *ville éternelle*, et pourtant mon coeur est profondément agité. C'est un usage immémorial parmi les gens affectés d'être ému en arrivant à Rome, et j'ai presque honte de ce que je viens d'écrire." Frase ésta bien cortada, con el característico trémolo stendhaliano, que se puede aplicar cualquier honesto visitante de Roma.

Roma, en efecto, no se convierte, aunque se la frecuente, en algo ya conocido, sino que siempre produce en el que a ella llega un efecto nuevo y sorprendente. Si algo significa el recuerdo de viajes anteriores, acaso inmediatos, no tiene nada que ver con el desgaste de una huella, sino más bien con la labor de cala de una mina, que se va profundizando en sucesivas etapas por terrenos cada vez más ricos. Y en un doble sentido. De una parte, en el de los descubrimientos y goces objetivos de la riqueza que en todos los órdenes Roma encierra, y, de otra, en el relativo a la respuesta íntima, a la vibración cordial. "... et pourtant mon coeur est profondément agité." Y de una manera activa, impulsiva; es decir, si pertenece a un visitante aficionado a la pluma, interpretadora y literaria.

Escribir de Roma es empresa muy difícil y excesivamente fácil a la vez, y lo segundo por lo primero. Es tan grande la tarea, que resulta de todo punto imposible abarcarla, pero imposible también no responder a ella, no ceder a tanta incitación. Hay muchas maneras de respuesta literaria; una, por de pronto, espontánea y emotiva, que el mismo Stendhal practicó en su libro *Promenades dans Rome*. Lo que es comprensión, interpretación ordenada, *esprit*, será desdeñado por él y contrapuesto como negativo al *sentiment des*

(1) *Promenades dans Rome*, Rome, 3 août 1827.

arts, con viva protesta del antigalicismo. "L'esprit français, l'*esprit* par excellence—escribirá (2)—, ce feu divin qui pétille dans les *Caractères* de la Bruyère, *Candide*, les pamphlets de Courier, les chansons de Collé, est un préservatif sûr contre le sentiment des arts..." En definitiva, Stendhal verá en Roma una pintoresca Parma en grande, amplificada por los antiguos, los mártires, los cardenales y las colosales cúpulas.

Bien distinta fué la actitud de Goethe ante Roma: la mirada del gran poeta alemán abarca, comprende y se rinde devotamente. "En otros lugares—escribe (3)—se debe buscar lo interesante; aquí nos oprime y ahoga. Cuando se vaga por Roma, desde cualquier punto se contemplan paisajes de la más varia especie, palacios y ruinas, jardines y rincones abandonados, horizontes y cercanías, casuchas, cuadras, arcos de triunfo y columnas, a menudo todo ello junto y tan cerca que podría ser dibujado en una misma página. Haría falta escribir con mil plumas. ¡De qué sirve aquí una sola! Y al atardecer se está cansado, agotado de tanto mirar y admirar."

Otra confesión de timidez y otra seria advertencia para fáciles abandonos literarios. Sin embargo, el mismo Goethe ayudará a encontrar salida por un camino firme. "Quien aquí acierte—añade (4)—a mirar alrededor y tenga ojos para ver llegará necesariamente a una actitud "sólida", descubrirá un concepto de "solidez" que nunca había sentido tan vivamente. El espíritu se verá como enriquecido de las más altas prendas; llegará a una serenidad sin sequedad, a una existencia mesurada con alegría."

* * *

Tales conceptos de "solidez" y "mesura", por el viajero habituado a estudios jurídicos y sociológicos pueden ser sentidos a su manera, sobre la base, sin embargo, de una viva experiencia estética. El arte en Roma es, en efecto, como Goethe decía, no algo extraordinario que hay que buscar, sino algo que se encuentra a cada paso, el suelo firme sobre el que se desliza la vida y del que resulta casi imposible escapar. Roma es como un teatro que sólo tuviera escenario, un escenario enorme, con decoraciones tantas y tan grandes que han invadido la sala de los espectadores, los cuales luchan por defender el uso normal de su condición de espectadores, por mantener el fuero modesto de su vida diaria, independizándola de la escena mediante un telón o al menos la cortinilla de su palco.

(2) *Ob. cit.*, 20 novembre 1828.
(3) *Italienische Reise*, I. Teil, Rom, den 5. November 1786.
(4) *Ob. cit.*, Rom, den 10. November 1786.

La relación entre vida histórica—representativa e imaginativa—y vida cotidiana en Roma parece la contrario de la corriente, incluso en ciudades muy señaladas por su historia y su arte. El ciudadano de París o de Barcelona cuenta con magníficos escenarios histórico-artísticos dentro del casco de sus ciudades, pero los siente justamente como escenarios que pueden ser contemplados desde el nivel de la vida ordinaria; hay una distancia, un equilibrio entre un tipo de vida y otro. Pero en Roma parece como si tuviera el hombre ordinario que estar creándose continuamente su rincón para vivir de modo normal, como si el oficinista cada día al llegar a su tarea hubiera de despejar su cuarto de trabajo de los efluvios de noble holganza, lujo, belleza, etc., que tentadoramente le vienen de la iglesia o del palacio vecino, o que acaso emita desde la misma techumbre una constelación de figuras mitológicas.

Bancos, cines, lugares de diversión trampean como pueden, disimulando entre fuentes deliciosas, palacios magníficos y columnas que avanzan irrespetuosas sobre la acera obligando al transeúnte a luchar en la calzada contra la circulación, mientras los vehículos van enhebrando difícilmente las estrechas calles entre solemnes muros barrocos. ¡Y qué disciplina la del laborioso romano para no enredar su mirada en tritones y campaniles o para rescatarla a diario de las sojuzgantes moles romanas! Lo cotidiano, lo trivial, lo utilitario es una continua heroicidad en la "ciudad eterna", una afirmación de la personalidad, una meritoria ascética.

Por eso Roma es un lugar privilegiado para meditar sobre problemas de sociología del arte. La masa de impresiones artísticas es tal que se va desdibujando el perfil de cada una, superponiéndose hasta llegar a producir experiencias personales, por exageración cuantitativa, de un orden cualitativo ya distinto. Pasa como con la orografía alpina, donde tantas cumbres descuellan gallardamente que el ojo ya no ve más que el conjunto de la cordillera. No es que se fundan en un cuerpo único, como ocurre en formaciones orográficas más viejas y desgastadas: cada pico, cada ladera se recorta con su línea singular, como estas fachadas romanas tan abundantes, tan similares y, sin embargo, tan distintas todas. Pero, a pesar de ello, aunque la vista aprecie la diferencia y se goce con la variante de cada solución, van quedando huellas sucesivas que se superponen en el fondo de la retina y de la sensibilidad, de donde resulta una experiencia estética distinta: reiterativa, tipificada y compacta, de orden especial, sociológico. Por llevar la contraria a Stendhal diríamos que el *sentiment des arts* se convierte en *esprit,* en el buen sentido francés tan próximo, incluso con máximas calidades literarias,

a la visión sociológica desde ese Montaigne criticado por Stendhal a causa de su escasa vibración artística en su viaje a Italia hasta su contemporáneo Balzac.

* * *

Suele considerarse con demasiada frecuencia que la sociología del arte es algo que se hace desde fuera del arte, enfocándolo desde las frías estructuras de las clases sociales, de las formas de la economía, etc.; pero lo que se hace tantas veces es sociología de ciertos supuestos sociales del arte, no del arte como fenómeno humano social. Pongamos como ejemplo un libro reciente de bastante fama, el de Frederick Antal: *Florentine Painting and its social Background* (5). Cierto es que la sociología del arte ha de hacerse con rigurosos métodos científicos, pero arrancando de la sensibilidad artística, como la sociología de la religión sólo puede hacerse partiendo de una actitud religiosa. El mismo Hans Freyer, uno de los más autorizados sociólogos contemporáneos, reconocerá que la mejor sociología de la vida histórica la han hecho los grandes historiadores (6). La sociología del arte debe ser, al menos en una de sus dimensiones esenciales, una "solidificación", una cristalización neta y transparente de la viva experiencia artística. La reiteración, la multiplicación de la obra de arte nos descubrirá justamente la profundidad y la vastedad de los supuestos sociales e históricos de que se nutre y sus resonancias en los demás órdenes de la vida.

Es una tarea que debe realizarse desde la experiencia del arte, pero que rebasa los límites de éste; por lo menos los límites estrechos que con harta frecuencia se le dan. Y los rebasa en diversas direcciones: en extensión, por ser preciso poner en relación la esfera de la actividad artística con las otras de la vida humana para descubrir su volumen y su peso específico, las influencias mutuas y su equilibrio complejo; y en profundidad, por ser menester calar desde el orden de los puros valores estéticos hacia capas más profundas, sustentadoras y reales de la vida humana. Lo que también significa superación, es decir, "solidez", integridad y serenidad espirituales en el elevado sentido del humanismo goethiano.

En todo esto la "ciudad eterna" es bien aleccionadora, porque, teniendo tantísimo arte y tan excelso, no se puede comprender su sentido profundo si no se tiene en cuenta, de una manera radical, la política y la religión en esta Roma de los Emperadores y de los Papas.

---

(5) London, 1947.
(6) *La sociología, ciencia de la realidad,* trad. Buenos Aires 1944, pág. 227.

II

EN TORNO A SANTA MARÍA SOPRA MINERVA

Una de las más interesantes y extrañas experiencias que se pueden vivir en Roma consiste en comprobar, cuando ya se ha encajado la mirada y se ha ido ordenando la ingente masa de obras de arte, hasta qué punto por debajo de tanta abundancia se esconde una deficiencia extensísima y profunda referente, nada menos, que a un milenio de historia del arte.

La cosa es por demás sabida, y la mirada un poco alerta pronto se percata. Pero en arte no basta con saber las cosas o percatarse de ellas, sino que es preciso sentirlas y meditarlas intuitivamente, con insistencia rumiante. En arte no valen de verdad más que las experiencias personales, y por lo que se refiere a la historia o la sociología de arte aquéllas en que la conciencia funciona identificada con el sentido profundo de los estilos y formas artísticas de una época, hasta desenraizarse de su tiempo y convertirse como en conciencia resucitada de esa época para revivir de una manera simbólica el despliegue, los choques y el sino de su existencia histórica.

En Roma esta identificación es relativamente fácil, porque los monumentos se ofrecen agrupados de manera coherente en estilos artísticos de claros perfiles que se reiteran sin cesar, penetrando a raudales las impresiones por la pupila y sumando sus impactos hasta conformar la mentalidad visual del espectador. Es ello tanto más hacedero cuanto que el arte barroco en Roma es un arte amplio, vivo y actual que se dirige al espectador no sólo desde la altura de los grandes monumentos sino profusamente, desde cualquier objeto que se encuentra: fuentes, bancos, portadas, picaportes, etc. Todo ello integrado y palpitante en un complejo vivo—al menos en amplios barrios—, vigoroso, al que el espectador no puede menos de integrarse, dejándose llevar por el ímpetu espontáneo de la corriente.

A esta coherencia y efectividad de la Roma barroca no es obstáculo la Roma antigua, porque o bien consiste en ruinas que proclaman manifiestamente su condición de tales, dirigiéndose menesterosamente al espectador con sus miembros rotos, sin pretensiones de vigencia, o bien ha sido ésta integrada en formas artísticas posteriores como les ocurre a las basílicas cristianas, en buena parte revestidas de decoración barroca. Y cuando exhiben su simple estructura antigua conservada o restaurada, en definitiva, el lenguaje que hablan sus fachadas, sus techumbres planas, su conformación espacial, no es muy contradictorio, aunque haya, claro es, fundamentales

diferencias, del lenguaje artístico que emplean las iglesias postrenacentistas.

El hiato enorme, de un milenio, entre el arte cristiano antiguo y el de la Europa moderna; el vacío del arte medieval de Occidente, es decir, de su época más creadora artísticamente *qua cristiana*, a pesar de ser casi completo, o precisamente por serlo, apenas se siente. No se siente ciertamente en apariencia, pero en su silencio, ausente, tal arte va como perfilando en negativo su figura, como concentrándose en su propia esencia por la presión del contraste y, cuando un buen día sin pensarlo os encontráis dentro de Santa María sopra Minerva, se evidencia como nunca a la mirada la lógica estricta, la mecánica precisa, la concordancia sabia, el ímpetu expresivo de las formas arquitectónicas góticas. Y ello a pesar de que el templo es de un goticismo tardío, mitigado, con sus líneas suaves y armónicas pasadas por el cendal prerrenacentista de Florencia.

Para sentir el choque del gótico en todo su vigor es preciso salir de Roma e irse, no a otras ciudades que por goticistas que fueran siempre reducían y amoldaban a la mentalidad italiana el estilo transalpino, sino al campo, en busca de alguna abadía levantada por monjes franceses como la de Fossanova, solitaria en los parajes desérticos del agro pontino.

* * *

Tras una puerta con condescendencia hacia el frontón clásico, el interior de la iglesia ofrece el máximo rigor de las formas artísticas del gótico cisterciense. Un gótico esencial, reciente, racional, concentrado; con el ritmo justo de los tramos, la continuidad y trabazón de sus líneas, la contraposición concertada de sus distintas dimensiones.

En esta abadía de Fossanova murió Santo Tomás. No se trata de una mera curiosidad histórica. La escolástica y el arte gótico encuéntranse unidos por un nexo esencial, que cada día destaca más ante nuestra conciencia histórica.

Santo Tomás enfermó en ruta hacia el Concilio de León, en Maenza, siendo huésped del castillo de su sobrina Francesca de Ceccano, y antes de morir pidió ser trasladado a un monasterio cercano. La Providencia quiso que fuera uno de los más puros y enérgicos monumentos góticos de Italia. La mirada del santo debió sentirse satisfecha al volver a encontrar aquel lenguaje arquitectónico que tanto había escuchado en el norte de Francia y que tan bien armonizaba con su sentido mental.

En la concepción de Santo Tomás, razón y sensibilidad se hallaban en estrecha correspondencia. "Los sentidos se delectan en las cosas debidamente proporcionadas—había escrito (7)—, como en algo que les es similar, pues el sentido es una especie de razón, como lo es toda virtud cognoscitiva." "Nada debe extrañar—afirma Panofsky (8)—que una mentalidad que consideraba necesario hacer más clara la fe apelando a la razón y más clara la razón apelando a la imaginación, se hubiera sentido llevada a hacer más clara la imaginación apelando a los sentidos. Indirectamente, esta preocupación afectó incluso a la literatura filosófica y teológica, en el sentido de que la articulación intelectual de las materias tratadas implica la articulación acústica del lenguaje mediante frases recurrentes, y la articulación visual de la página escrita mediante rúbricas, números y párrafos. Directamente, esta preocupación escolástica afectó a todas las artes. La música se hizo articulada mediante una exacta y sistemática división del tiempo...; las artes visuales se articularon también mediante una exacta y sistemática división del espacio, resultando una *clarificación por la clarificación* de los contextos narrativos en las artes representativas y de los contextos funcionales en arquitectura."

Erwin Panofsky, el primer historiador de arte de nuestros días, en una de sus últimas publicaciones ha analizado con su clarividencia habitual las estrechas relaciones existentes entre la escolástica y el arte gótico. No se trata de vagos paralelismos sino de concretas "relaciones de causa-efecto", de suerte que se puede comprobar con toda la precisión del lenguaje de la arquitectura el desarrollo en su ámbito de los principios característicos de la filosofía escolástica: el de la *manifestatio* o transparencia, el de "la ordenación según un sistema de partes y partes de partes homogéneas", el de la "distinción y rigor deductivo". La articulación de los pilares, la organización de los tramos, los mecanismos de sustentación responden en sus formas concretas a dichos principios escolásticos.

Tales conexiones esenciales recortan y ponen en un paréntesis enormemente problemático el caso del arte de Roma; es decir, la falta casi completa de estilo gótico-escolástico en la capital de la cristiandad. ¿Qué extrañeza estética sentirían los ojos de Santo Tomás en las grandes basílicas antiguas de Roma, con sus enormes corpachones inorgánicos, sin tramos en sus columnatas, sin integración de los soportes en el muro, con la techumbre superpuesta como

(7) Santo Tomás: *Summa Theologiae*, I, qu. 5, art. 4, ad I.
(8) Erwin Panofsky: *Gothic Architecture and Scholasticism*, Latrobe, 1951, página 38.

una tapadera sobre un interior inarticulado, que en el fondo no era más que un patio someramente interiorizado? Cuando explicaba en Santa Sabina, la iglesia matriz de su Orden, ¿no interpretaría la mirada del santo el viejo edificio como representación arquitectónica de la corriente doctrinal agustiniana que él noblemente combatía, esforzándose por racionalizar en lo posible, articular y reducir a sistema el cuerpo tradicional del pensamiento filosófico-teológico de la cristiandad, y no rasgaría su mirada penetrante y constructiva muros y techumbres inertes, ámbitos indecisos, reiteraciones monótonas, para hacer de ellos una catedral gótica, es decir, una *Summa* en piedra?

* * *

Que no se trata de una hipótesis gratuita lo prueba el hecho de que la Orden dominicana, a los siete años de morir su máximo exponente intelectual, acometería la empresa insólita en Roma de levantar una iglesia gótica, Santa María sopra Minerva. Los franciscanos no se atreverían a repetir el empeño, a pesar de haber ya aclimatado al suelo italiano y a la sensibilidad estética de la Orden las formas góticas. Antes los cluniacenses, tan constructivos y que por tanto tiempo ocuparon el solio papal, o los cistercienses tampoco habían dejado en Roma huellas impresas de los estilos artísticos expresivos de sus peculiares mentalidades religiosas.

Durante el siglo XIII muchos de los Papas, desde Inocencio III a Bonifacio VIII, habían pasado por París y se habían incluso formado en su gran Universidad, la primera de la cristiandad; pero no serían portadores de las correspondientes formas artísticas a la "ciudad eterna". Cierto es que faltaban en ella con frecuencia los recursos y la tranquilidad social para erigir nuevas construcciones eclesiásticas, y que había demasiadas antiguas para ser necesario levantar otras nuevas. Pero, además y sobre todo, faltaba la posibilidad objetiva de que tuvieran sentido histórico. Desde Roma no se podía ver el arte eclesiástico por el lado nuevo, racional, sistemático, escolástico, sino por el lado antiguo, originario, fundacional. Aceptar el nuevo estilo ultramontano hubiera sido casi tanto como abandonar la condición romana de *civitas aeterna* y claudicar en cierta manera ante las pretensiones de las fuerzas prenacionales en lucha con Roma: la monarquía y los burgueses, responsables de la erección de las catedrales góticas.

Cuando los grandes Papas consiguen dominar las discordias internas de Roma y se empeñan en la gran política de fortalecimiento y primacía del poder papal característica del gran siglo del go-

ticismo, se apresurarán a restaurar, a bruñir y exhibir las grandes basílicas apostólicas como su más evidente argumento de preeminencia. La impresión que Bonifacio VIII quería producir en los doscientos mil peregrinos que acuden al primer jubileo celebrado en el año 1300, entre los que se contabân tantos hombres conspicuos de la época, no podía consistir en asombrarlos rivalizando con sus ciudades nativas por la novedad arquitectónica de la urbe, sino en conmoverlos por su vetustez, sin rivalidad posible. Las basílicas constantinianas venían como a condensar con notoriedad insuperable buena parte de los argumentos esgrimidos en la bula *Unam sanctam* contra el monarca de la Francia goticista.

De hecho, sólo en el destierro, en Aviñón, los Papas se amoldarán al nuevo estilo, levantando el más importante palacio gótico de la Edad Media, que testimonia al mismo tiempo de la grandeza de la corte papal y de su mediatización. Por eso cuando regrese el Papado de Aviñón tampoco será portador de las formas góticas, de por sí ya en decadencia, y que no podían menos de llevar consigo amargos recuerdos. El Papado iría justamente a un reencuentro con Roma y con su viejo lenguaje artístico. "Habéis reconducido a la Iglesia—exclamaba Petrarca—a su antigua morada; devolvedle sus antiguas virtudes y haced que sea como antaño venerable para el universo." Las viejas basílicas apostólicas se presentarán de nuevo como símbolo de esa antigua veneración, y a su amparo los Papas volverán a moverse en un ambiente artístico—con las naturales excepciones—extratemporal.

No sólo desde el Norte, también desde el Sur, desde la Italia meridional dominada sucesivamente por normandos, angevinos y aragoneses, apuntarían contra Roma amenazadoras flechas de un estilo gótico que se había apoderado de todo el ámbito de la cristiandad, pero que, a pesar de largo y apretado sitio, no conseguiría penetrar en su capital. ¡Curiosa paradoja! Al final de la cristianísima Edad Media, tan fecunda en el arte religioso, inventora de nuevas, peculiarísimas y consumadas formas artísticas, entre los centenares y aun miles de ciudades rebosantes de expresivos monumentos eclesiásticos en los que se sentía latir el corazón exultante de la cristiandad, la única ciudad atrasada, fuera del nivel del tiempo, anquilosada en su lenguaje artístico, sería precisamente la cabeza del mundo católico.

* * *

Pero justamente por ese vacío tan largo y total se explica en

buena parte la plenitud, la rotundidez y la rapidez en su constitución del arte barroco romano. Vacío y plenitud de arte en Roma vienen a ser como la cara y la cruz de una misma moneda. Al comenzar la Edad Moderna siéntese que las viejas formas artísticas de Roma han perdido vigencia, que ya no pueden ser esgrimidas como viejos pergaminos, sino que es preciso conquistar títulos modernos de supremacía en el orden del arte para proclamar y hacer evidente en un mundo en crisis la capitalidad mundial de Roma. Cuando el Papa Julio II se decide a remozar la cara a su ciudad, la tarea a realizar es inmensa; la libertad también, pues no hay servidumbre respecto de una tradición inmediata, y cuando se toma la decisión de reemplazar los grandes edificios religiosos consagrados por los siglos y su dedicación remota es porque empujan nuevas intuiciones, nuevas formas artísticas ya maduras, con un mensaje imperioso.

Cuando Bramante, Rafael, Miguel Angel y demás artistas florentinos y umbros se ven lanzados a la empresa de rehacer la "ciudad eterna" e inventarle un lenguaje artístico a su medida, disponen de una coyuntura artística única en la historia: tanto por lo que hay en ella de vacío, de falta de trabas, de libertad, como por la dignidad sagrada de la empresa, el ejemplo lejano, diáfano y estimulante de los monumentos antiguos, la cuantía de los recursos económicos y la seguridad vocacional en su misión. Tenían genio algunos de ellos, ciertamente, pero pocas veces el genio se ha encontrado con mejores oportunidades, que, en definitiva, tanta mayor importancia tienen cuanto mayor es el talento que ha de aprovecharlas.

Es fundamental para comprender la obra extraordinaria que tales artistas realizaron representarse el choque que sintieron al enfrentarse con su extraordinaria tarea. No es ello difícil. Con ser tan grande la evidencia rotunda de la obra de Miguel Angel, hay un no sé qué en ella de recién surgido, como de gran surtidor suspendido en el aire, que nos lleva a considerar el momento de su brote en aquella alma gigantesca. Y no se puede menos de imaginar y acompañar a su autor recién llegado por las colinas de Roma, abandonadas, ruinosas, inactuales, tan llenas, sobre el fiel de un presente vacío, de pasado legendario y de futuro en potencia, de un futuro encinta de las más grandes empresas que pudiera soñar un artista: cubrir la tumba de San Pedro, reconstruir el Capitolio, *sancta sanctorum* de Roma y del Humanismo, transformar en iglesia las termas más colosales, erigir un monumento fúnebre que

debía superar a los antiguos, pintar los misterios del Génesis y de las postrimerías cristianas en la gran capilla papal, etc.

A todas estas tareas haría frente con dominio increíble de todas las artes el talento único de Miguel Angel, máximo representante acaso del ímpetu creador del arte occidental. El daría forma y figura al barroco de Roma y determinaría las rutas del arte moderno en gran medida. Con todo, es preciso señalar que se trata de un arte específicamente romano, que Roma está presente en él de manera esencial, como escenario, como módulo, como fuente de inspiración, como pretensión espiritual. Roma es, en el fondo, la gran protagonista, silenciosa durante un milenio pero cargándose de pretensiones, esperando la coyuntura histórica y la concurrencia de los grandes artistas para hacerse valer.

Riegl (9) ha estudiado detenidamente las inflexiones que en el arte de Bramante produce el choque con Roma y cómo en buena parte están ya prefiguradas en él las grandes formas del barroco romano. Dejándose atrás rápidamente las formas puramente renacentistas o manieristas, en el plazo de muy pocos lustros se pasaría del vacío medieval del arte de Roma a la plenitud de su barroco. Una plenitud compacta, total, perdurable—pues en definitiva el segundo barroco, a partir de Bernini, es sólo, en Roma, una modulación o un divertimiento sobre el primero—. Una plenitud que es una hazaña pura, concretamente histórica, y por eso genial; no surgida espontáneamente, sino como cascada de una presa que durante siglos ha estado remansando un agua callada, porque sólo podía correr a una altura determinada de los tiempos y cuando alguien también la tuviera para, con brazo robusto, levantar las compuertas y llevarla por amplios cauces.

III

EN TORNO AL COLISEO

Si hay algún apelativo justo y merecido en historia del arte es, sin duda, el del Coliseo de Roma. Y eso que en castellano la *i* debilita la fuerza onomatopéyica del vocablo. En italiano resulta más gráfico: *Colosseo*, que envuelve hasta un simbolismo visual con esa serie de oes superpuestas, que parecen representar en miniatura la estructura anular y reiterativa del edificio.

---

(9) Véase Alois Riegl: *Die Entstehung der Barockkunst in Rom*, Wien, 1908, págs. 63 y sigs.

Su enorme mole se presenta realmente como algo obsesivo. En cuanto se la divisa desde lejos la vista queda prendida en ella, o mejor dicho, apresada, sobrecogida aún más que admirada. Y la experiencia se repite una y otra vez siempre nueva, porque la verdad es que la vista apenas si se atreve a examinar a fondo la monumental mole ni la mente a desentrañar su secreto, su enigma arquitectónico para defenderse luego con él como un "santo y seña" cuando se la encuentra de nuevo, dispuesta como siempre a sorprender y avasallar al viandante. Es necesario pertrecharse de un cierto valor para encararse con el gran monumento y lanzarle preguntas indiscretas tanteando su talón de Aquiles. Porque como el gran héroe de la antigüedad, y como casi todo lo grandioso que ella nos ha legado, el Coliseo tiene un gran talón de Aquiles, que acaba dejándose descubrir si el espectador se aproxima decididamente a los pies del edificio y lo examina de abajo arriba.

Encuéntrase éste repartido en cuatro pisos; los tres primeros, de forma bien conocida, se repiten con igual altura para la vista, la misma forma de los vanos, idéntico cuerpo de columnas adosadas, igual saliente de las molduras del entablamento que acusadamente independiza un cuerpo de otro. Y de pronto la mirada que examina la estructura articulada de los tres inferiores se encuentra con la masa del cuarto, en el cual las semicolumnas adosadas se han convertido en pilastras apenas resaltadas del muro, casi embebidas en él, que también ha reducido sus huecos convirtiendo en pequeñas ventanas las arcadas. Una cornisa última corta tajantemente la ascensión a la mirada, que siente también como peso las ménsulas salientes, sobre las que se apoyaban las grandes varas que aguantaban el *velarium*.

Debajo de tan alto y pesado cuerpo las líneas que componen las semicolumnas adosadas de los cuerpos inferiores al repetirse en vertical tienden a ser sentidas como sustentadores nervios arquitectónicos. Pero ¡verdadero sufrimiento para la mirada goticista!—y la mirada del hombre occidental, en mayor o menor grado, siempre lo es—, no sólo el volumen de tal pretendido nervio es escaso para cumplir su pesada tarea, sino que la continuidad visual está cortada por las amplias franjas horizontales de los entablamentos que separan un piso de otro. El monumento no constituye una auténtica unidad; está formado por cuatro grandes anillos superpuestos, independientes los unos de los otros y levantados abstractamente, sin tener en cuenta la relación en que se encuentran, y justamente el último, macizo, descansa sobre los inferiores más ligeros y diáfanos.

Las líneas horizontales triunfan decididamente sobre las verticales del edificio, que carece de esqueleto sustentador, y en su parte superior parece flotar en el aire, con un estatismo que resulta mayestático por la enorme gravitación inexplicablemente suspendida. Al bajar la vista tras de haber contemplado el edificio entero se repara en la debilidad de las pilastras inferiores, y el espectador se siente copartícipe de su debilidad, rendido, como si tuviera que ayudarles a soportar tan ingente aunque flotante superestructura. La *maiestas* implica la sumisión, aunque no pese ahogadoramente, como el Imperio de los Flavios y los Antoninos. Frente a la *libertas* representada por el templo hipóstilo que la República adoptara, el Coliseo corporaliza arquitectónicamente el régimen del Principado que va convirtiéndose ya en sistemático y sólido Imperio.

* * *

No en vano el Coliseo ha sido el mejor símbolo del Imperio Romano durante la Edad Media y el Renacimiento, el que más aparece en los relatos de los viajeros y en los cuadros de los pintores. El mejor símbolo también para el sociólogo que quiera meditar sobre la estructura del Imperio a través de documentos auténticos. El arte siempre lo es—aunque a veces de manera torcida y aun invertida—, pero el romano lo es de una manera muy especial. Porque el de Roma es un arte que procede directamente de la voluntad, que consiste de manera esencial en ser afirmativo. Por eso, aunque se tenga su imagen bien grabada en la retina y no haya razones para la sorpresa, la vista choca siempre con el Coliseo, cosa que no le ocurre con un templo griego o una catedral, los cuales predicarán valores estético-religiosos a veces de manera urgente pero nunca mandamientos sociales.

"Con el pueblo romano—escribe Dilthey (10)—aparece un mundo de nuevos conceptos en el horizonte de la conciencia histórica. Es como si surgiera del océano un continente nuevo; estos nuevos conceptos de la vida descansan todos ellos sobre la orgullosa convicción romana de que sólo el pensamiento operante al servicio de la voluntad de dominio, en casa o en el campo, en el *forum romanum* o en el combate, es digno de un romano." Prolongando un poco más la frase, podríamos decir que sólo el arte al servicio de la voluntad de dominio es digno de un romano.

La conciencia del derecho como forma ordenada de vida y el sentimiento del poder como forma organizadora se armonizan ínti-

(10) Wilhelm Dilthey: *Ges. Schr.*, II, pág. 11.

mamente en la vida de Roma, traduciéndose en una historia eminentemente política, a la que se sacrifica o subordina el pensamiento, el goce estético, la vida privada o religiosa. "La idea del dominio—escribe Jhering—es el prisma a través del cual el Derecho romano contemplaba todas las relaciones en que se desenvolvía la vida del individuo." Pero ¿cómo descomponía la luz ese prisma del dominio en el campo del arte? ¿Qué sentido estético podía tener un arte hecho desde el ángulo escueto de la voluntad?

Destacados historiadores del arte de la "Escuela vienesa", la más importante de nuestro siglo, han insistido en la importancia de la dimensión expresiva del arte, viendo en él fundamentalmente una manifestación de voluntad artística, de *Kunstwollen*. De esta suerte han conseguido liberarse de la tiranía ejercida por la estética clasicista, rescatando de la condena por "barbarie" al último arte de la antigüedad y abriendo la vía para la consideración sin prejuicios del arte de los más diversos pueblos y épocas. Es muy significativo que tal revolución en el tratamiento de la historia del arte se realizara por los grandes historiadores vieneses en muy buena parte en libros que se ocupan de arte romano, como el de Franz Wickhoff, *Arte romano (El Génesis de Viena)* (11), y el de Alois Riegl, *La industria artística del último período romano* (12). Aunque ambos libros se enfrentan con muy concretos temas de estudio que pertenecen a la última antigüedad, la peculiaridad de las categorías elaboradas para la recta comprensión de tal arte arranca —sobre todo en el caso de Wickhoff—de la consideración del período precedente; es decir, del primer arte imperial como distinto del verdaderamente clásico.

Lo más característico de tal arte, tanto en lo relativo al retrato escultórico como a la poesía o a la arquitectura, es que responde al sentido voluntarista de toda la cultura de Roma, señora ya del mundo conocido en cumplimiento de su vocación de imperio. El *tu regere imperio populus Romane memento*—que cantara el poeta más representativo de la Roma augustea—es lema de todo el arte romano que se nos clava con la mirada de las realistas estatuas y que proclama tan manifiestamente el Coliseo. La idea del *Kunstwollen*, del arte como voluntad artística, había lógicamente de surgir como generalización del sentido peculiar de un arte como el romano expresivo de una voluntad decidida, con enorme cohesión social, política, imperial. Y de un Imperio que a diferencia de los orientales no estaba justificado—al menos durante varios siglos—

---

(11) *Römische Kunst (Die Wiener Genesis)*, Wien, 1895.
(12) *Spätrömische Kunstindustrie*, Wien, 1901.

por auténticas creencias religiosas, sino que había hecho de ellas un compartimiento político estanco, sin perspectivas, debiendo sostenerse solitario *sua sponte*, sobre el único apoyo de sus colosales pies.

¿Cuáles son los límites esenciales de un arte tan eminentemente político? ¿No ahogará las fuentes originales de la creación artística el triunfo aparente de un arte que sobre todo busca la vigencia social inmediata? ¿No tratará de conseguir con la repetición y la masa, y la abundancia de recursos constructivos, lo que debiera ser buscado por el camino hondo y difícil de la pura invención?

La apariencia de lo colosal acabará impidiendo el descubrimiento de lo auténticamente vigoroso. ¡Adónde ha ido a parar el vigor de las columnas de Paestum en los fustes estirados, aparatosos, grandilocuentes del Foro Imperial! Y si se examinan con rigor las grandes líneas arquitectónicas del Coliseo, ¿qué debilidad no se descubre en ellas por lo que se refiere a la lógica artística?... Y aun en lo relativo a la estructura de la misma voluntad, no es difícil descubrir que dejan transparentar la silueta de una voluntad que abarca imperiosa y se yergue sobre sí misma, manteniéndose ampulosamente en lo alto de su decisión, pero ya sin anhelo, sin reserva de empuje.

Una solución artístico-política esta final, donde se aglutinan largas experiencias, pretendiendo que la suma por el mero hecho de serlo es ya una solución, pero que no puede tener mañana. Las más recientes y pesimistas interpretaciones del Imperio romano estaban ya escritas en el máximo monumento y el más simbólico del Imperio. La paz de Roma fué una *peace of exhaustion*, proclamará Toynbee. El Coliseo es también un coloso exhausto en su grandiosidad. El esfuerzo sobrehumano de la "civilización secular más grande que han visto los siglos"—como escribiría Dawson—para enfrentarse con su sino de descomposición.

* * *

La salvación de la vida y del arte habría que buscarla por la vía de lo mínimo, de lo íntimo, de lo cordial. Tampoco por la vía de las basílicas del Imperio cristianizado, yertas arquitectónicamente y sin posible desarrollo en medio de su grandiosa santidad.

Sólo la pequeña basílica se mostraría semilla viva para el futuro; la pequeña basílica perdida por las tierras desoladas del Imperio, en la que se conserva el sentido interno, procesional, finalista, misterioso de las basílicas de la antigüedad cristiana, pero

en una escala reducida, propicia para liberarse de las formas tradicionales y para ensayar nuevas experiencias desde el ángulo de la libre intimidad religiosa.

El espacio en ellas será sentido en profundidad, de manera viva, temporal, rítmica; pero no con impresionista subjetivismo sino con rigor constructivo. "El espacio—escribe Wilhelm Pinder (13)—es vivido como tiempo, en una determinada conexión unidimensional. El movimiento de los cuerpos sirve de soporte a la vivencia, y las impresiones del sentido de la vista pueden someter a ritmo el avance por el interior del edificio, al llegar el tiempo vacío del movimiento con un ritmo de representaciones espaciales." Pinder ha estudiado con gran minuciosidad los problemas de las iglesias normandas, tan esenciales para la historia del gótico. El arte gótico no procederá de la *voluntas* social sino de la *pietas* y la *libertas* espiritual, henchidas no de afirmaciones sino de aspiraciones, y por eso se considerará al templo como algo que hay que labrar desde dentro y ensalzar oferentemente, en oración. Con el módulo infinito de sus anhelos irá desarrollándose en un proceso constante de perfeccionamiento el arte de los dos siglos centrales de la Edad Media; un perfeccionamiento lento, esforzado, experimental, dramático, en que exactamente se corresponde la significación espiritual con los logros de la técnica constructiva.

Todo ello pasó lejos, muy lejos de Roma, en las tierras septentrionales del continente. Desde la Francia gótica el nuevo arte se extendería por todo el ámbito de la cristiandad y se haría consustancial con ella, salvo una excepción minúscula, pero importante; una isla arcaica de arquitectura presidida por la mole del Coliseo, a cuya sombra se seguía rezando en las viejas basílicas.

Andando el tiempo, sin embargo, las líneas arquitectónicas del Coliseo comenzaron a ser sentidas como novedad. Tras el cansancio y el agotamiento de las formas góticas, transformado su libre vigor constructivo en anarquía decorativa, se descubriría la rotundidez afirmativa de las formas político-estéticas romanas, su carácter público, la recia articulación muscular de sus pilastras. Se verá en ellas una plétora de vigor, de *virtus*, semejante a la que en el orden de la vida política encontraban en la antigüedad gobernantes y pensadores desde Cola di Rienzo a Maquiavelo, y que postulaban como única solución para la crisis social de su tiempo. El político tenía que inspirarse como gran arquitecto de la sociedad en el lenguaje de columnas, pilastras y órdenes romanos, coronán-

---

(13) *Einleitende Voruntersuchung zu einer rhythmik romanischer Innenräume in der Normandie*, Strassburg 1904, pág. 10.

dose simbólicamente como Rienzo sobre las ruinas del Coliseo. Política y arte renacentistas se encontraban estrechamente unidos incluso en la mente realista de Maquiavelo, según han puesto de manifiesto sus últimas interpretaciones.

Sin embargo, los que calaban hondo sabían que aquel elenco de formas antiguas, tanto en el orden del pensamiento como de la política o del arte, podían servir para despejar enmarañadas confusiones de una época en crisis y construir un excelente entrenamiento, pero que su mejor empleo consistía en utilizarlas como acicate o trampolín. Fué Roma justamente, la Roma de las grandes ruinas antiguas, la que espontáneamente deshizo los compromisos y confusiones del Renacimiento y llevó a los grandes florentinos a construir un nuevo arte, un arte plenamente moderno: el barroco romano.

Frente a la devoción por la antigüedad de humanistas y artistas del Renacimiento, Roma para Rafael, y aún más para Miguel Angel, fué sustancialmente trampolín sobre el que brincar. Su genio utilizó el grandioso lenguaje artístico de Roma, pero sometiéndolo a su sintaxis personal y a fines no estético-políticos, sino estético-religiosos que, en definitiva, procedían, con toda la rotundidez moderna de sus formas, del espíritu medieval y cristiano, según evidencia el testamento personalísimo de las últimas obras de Miguel Angel.

Debió de sentir una cierta angustia el gran florentino al contemplar el alzado del Coliseo, con sus anillos superpuestos, cuando en las fachadas del Capitolio enlazó sus dos pisos con las pilastras enérgicas y unitarias que, a pesar del sólido remate de la cornisa fina se prolongaban en la ligera llamarada de las estatuas con un resplandor todavía gótico. El diría que su tarea arquitectónica fundamental iba a consistir en poner la cúpula del Panteón sobre la nave de la basílica de Magencio; pero, desde luego, lo que la antigüedad no podía brindarle era la idea de ese "encima", un encima que no sería superposición—como los anillos del Coliseo o la cúpula del Panteón sobre el frágil tambor, con su estatismo macizo similar al de aquel monumento—, sino expansión hacia lo alto, ascensión, ya no de líneas y espacios angostos, sino de esferas, de mundos enteros, como en Santa María de las Flores había anticipado Brunelleschi con su gran cúpula gótico-renacentista.

Luego, un siglo más tarde, el Bernini, frente a la retención frontal, un tanto desamparada, de la fachada gótica, volverá a la idea del atrio basilical romano, pero rompiéndolo, gesticulándolo y dramatizándolo en su gran columnata, que se compone como de dos

grandes brazos en que se prolongará con ampulosidad barroca—y cordialidad muy significativamente petrina—el gesto ritual de invitación al ingreso que los apostolados de piedra esbozaban desde los portales catedralicios.

Luis Díez del Corral.
Jorge Juan, 7.
MADRID.



LAS CIENCIAS HISTORICAS EN AMERICA (1951-1954)

POR

RAFAEL HELIODORO VALLE

En el XXXI Congreso Internacional de Americanistas, que va a celebrarse en San Pablo (Brasil) dentro del programa de conmemoraciones del XL centenario de la fundación de dicha ciudad, habrá entre otras secciones: Historia del descubrimiento y la colonización de América, problemas de cambios culturales, estudios de la personalidad de los indios, arqueología, estudios afroamericanos y estudios sobre el origen de las plantas útiles americanas. La Comisión organizadora está presidida por el profesor Herbert Baldus, y la integran Antonio Rubbo Müller, Harald Schultz, Paulo Duarte y Plinio Ayrosa. El Congreso se llevará a cabo entre el 23 y 28 de agosto de este año en dicha ciudad.

— Con el mismo motivo en San Pablo se celebrará un Congreso Internacional de Historia entre el 15 y 21 de septiembre. Preside la Comisión ejecutiva el profesor Simoes de Paul, de aquella Universidad y director de la *Revista de Historia.*

— En Nueva York, bajo los auspicios del Museo Metropolitano de Arte, se celebró este año una asamblea de directores de m[illegible]ras arqueólogos e historiadores y críticos de arte, que representaban veintisiete países. Fué exhibida una colección de ochenta piezas valiosas y precolombinas, que forman parte del Museo del Oro del Banco de Colombia en Bogotá.

— Un libro de oraciones fué el primero que se imprimió en América, según la noticia dada desde Madrid (21 de marzo de 1953) por don Francisco Vindel, eminente bibliófilo español. Se trata de un libro impreso en letra gótica, con quince grabados en madera que representan los misterios del Rosario, siendo el autor de las oraciones fray Domingo de Betanzos, dominico, y habiéndolo impreso por mandato del obispo de Tlaxcala, don Julián Garcés, por un naipero que vino a América (1531) acompañando a Pedro Varela, hijo del impresor sevillano Juan Varela, de Salamanca. Según Vindel, el libro se imprimió antes que llegara a la ciudad de Méjico la famosa prensa de Juan Gromberger desde Sevilla (1539).

En Buenos Aires se publica *Imago Mundi* (revista de Historia de la Cultura), que dirige el doctor José Luis Romero (Callao, 56).

— La Academia Nacional de la Historia entregó su premio 1951 al señor Víctor T. Anzoaten, por su trabajo "Orígenes de la enseñanza primaria en la campaña de Buenos Aires. 1722-1810", habiendo suscrito el dictamen los académicos de número doctor José Torre Revello, Ricardo Levene, Enrique Udaondo, P. Guillermo Furlong, Enrique de Gandía y Raúl A. Molina. Dicho Jurado aprobó una mención especial para Irene Nortman, por su monografía "Aspectos de la jurisdicción comercial en el Río de la Plata hasta la erección del Consulado". La Academia se hizo representar en los actos celebratorios del centenario del nacimiento de José Toribio Medina en Santiago de Chile por Humberto F. Burzio.

— El capitán Jacinto R. Yaben fué nombrado director del Archivo General de la Nación y presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano.

— Manuel José Forero disertó sobre "La vida colombiana en el siglo XVI" dentro del ciclo de conferencias organizado por el Instituto Colombiano de Sociología (16 de octubre de 1952).

— En el Museo Nacional fué inaugurada una exposición iconográfica Bolívar, que fué preparada por Luis Alberto Acuña y Luis Duque, de la Academia Colombiana de Historia. En ella fué exhibida la colección iconográfica de Bolívar, que posee el doctor Luis Augusto Cuervo.

CUBA

En la Escuela de Verano de la Universidad de la Habana, Rodolfo Pérez de los Reyes ha sustentado un curso de Historia de la Medicina.

— Los alumnos de la cátedra de Historia de la Arquitectura de la misma Universidad visitaron (1951) las ruinas mayas de Yucatán y los monumentos arquitectónicos de la época colonial en dicho Estado.

— La Academia de la Historia de Cuba conmemoró (16 de enero de 1952) el centenario del nacimiento del ilustre bibliógrafo Domingo Figarola Caneda, habiendo disertado sobre éste el profesor Manuel I. Mesa Rodríguez. Las palabras de apertura estuvieron a cargo del presidente de la institución, doctor Emeterio S. Santovenia.

— En la Universidad Católica de Santo Tomás de Villanueva de la Habana ha habido cursos especiales al servicio de profesores y maestros que desean obtener títulos en Filosofía y Letras y Pedagogía, siendo uno de los cursos el de Historia de América, otro de Historia de la Música en Cuba y otro de Enseñanza de Prehistoria de Cuba.

— Con motivo del centenario del nacimiento de José Martí, en la Habana hubo numerosos actos y se leyeron conferencias de carácter histórico por escritores e historiadores de varios países hispanoamericanos que fueron huéspedes del Gobierno de la nación (25 de enero al 10 de febrero), entre ellos los doctores Silvio Zavala, Javier Malagón, Alfonso Caso, Ignacio Bernal, Carlos Bosch García, Lewis Hanke, Charles G. Griffin, Enrique Ortega Ricaurte, Jorge Basadre, Luis E. Valcárcel, Fernando Máquez Miranda, Eugenio Pereira Salas, Ricardo Donoso, José Honorio Rodríguez, Arturo Morales Carrión y Jorge A. Lines.

— La cátedra de Historia de la Filosofía en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Central Marta Abréu, de Las Villas, ha estado a cargo del doctor Medardo Vitier.

— La doctora Camila Henríquez Ureña sustentó (14 de noviembre de 1952) una conferencia sobre "Mujeres de la colonia" en el Lyceum Lawn Tennis Club, de la Habana.

— En la última sesión de la Escuela de Verano, patrocinada por la Universidad de la Habana, dirigieron cursos el doctor Raimundo Lazo, profesor Salvador Bueno, profesor Calixto Masó y doctor Fernando Ortiz, sobre temas de la cultura cubana. El doctor Ortiz disertó sobre "Las culturas negras en Cuba".

CHILE

Santiago de Chile fué el punto de cita de numerosos historiadores y universitarios de América y Europa con motivo de la celebración del primer centenario del nacimiento de José Toribio Medina. Invitados por el Gobierno de dicho país, concurrieron a las asambleas de estudio los señores doctor Raúl Porras Barrenechea y doctor José Jiménez Borja, por el Perú; doctor Rafael Heliodoro Valle y profesor Pedro Rivas, por Honduras; doctor Damio Pérez, por la Universidad de Coimbra; doctor Paul Rivet, por Francia; doctores Humberto Burzio y Jorge N. Ferrari, por el Instituto Bonaerense de Numismática; el senador Felipe Ferreiro y Carlos Gigliutte, por el Uruguay; Miguel Laso de la Vega y Vicente Rodrí-

guez Casado, por España; doctor Luis Garrido y doctor Antonio Castro Leal, por Méjico; doctor Hernán Peralta, por Costa Rica; el ministro de Cultura de El Salvador, doctor Pohl; doctor José Manuel Carbonell, por Cuba, y el secretario de la Embajada de la India en Buenos Aires y profesor de Filología señor Ajai K. Mitra, y Delegaciones de Colombia, Brasil, Venezuela y República Dominicana.

— En las celebraciones (12 al 19 de octubre) participaron, en nombre de Chile, el Ministerio de Educación Pública, la Biblioteca Nacional, la Universidad, la Academia Chilena de la Lengua, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, la Academia Chilena de la Historia y la Universidad Técnica Federico Santamaría. Entre los agasajos a las Delegaciones sobresalió la representación de *Fuenteovejuna* por el Teatro Experimental de la Universidad de Chile. Hubo exposiciones de numismática y cartografía en el Museo de Bellas Artes, y el Instituto Geográfico Militar presentó una exposición cartográfica, exhibiendo entre otras la colección formada por Medina, habiendo disertado sobre "Cartografía chilena" el teniente coronal Mario Torres Poblete.

—También el Instituto Indigenista de Chile se adhirió al homenaje a Medina celebrando sesión (23 de octubre de 1952), en la que hablaron el doctor Paul Rivet, sobre "Origen del hombre", y Alvaro Jara, sobre "El indígena en la obra de Medina", y fué leído el "Poema indiano del siglo XVI", por Alonso de Zorita, con prólogo de Alejandro Lipschutz.

— En el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura el doctor Rafael Heliodoro Valle leyó (23 de octubre de 1952) su trabajo, "José Toribio Medina en los Estados Unidos".

EL SALVADOR

Ante la Asamblea Interamericana de Caracas (marzo de 1953), el embajador de El Salvador en Wáshington y miembro de la Delegación de su país, doctor Héctor David Castro, formuló la iniciativa tendiente a erigir un monumento a Cristóbal Colón en la isla de Guanahaní (Watling, en las Bahamas), que consistiría en una biblioteca en la que se reúnan los documentos históricos, bibliográfios y geográficos relacionados con el Almirante.

A semejanza de otras Universidades de dicho país, la Syracuse University, Estado de Nueva York, ofrece por medio de su Centro de Estudios Hispánicos los cursos de Historia de España e Historia de Hispanoamérica.

— La filial del Pacífico de la American Historical Association celebró en la Universidad de Stanford, California (diciembre de 1951), la Asamblea XLIV, en la cual se leyeron las monografías "El aislamiento de Costa Rica, 1821-1842), por Thomas L. Karnes, de la Universidad de Stanford Cal., y "La frontera de guerra en el Chile colonial", por Louis C. de Armond, de los Angeles State College.

— La Academia Franciscana de Historia Americana (5401 West Cedar Lane, Wáshington, D. C.) entregó (14 de enero de 1953) el premio Serra al doctor Clarence H. Haring, ex catedrático de Historia de la América española en la Universidad de Harvard, y anunció la lista de los nuevos socios correspondientes, entre ellos: Marcel Bataillon, Miguel Batllori (S. J.), doctor Isaac J. Cox, licenciado José Ignacio Davila Garibi, licenciado Ernesto Alvarado García, doctor Francisco Antonio Encina, doctor Charles G. Griffin, doctor Ramiro Guerra, doctor Javier Malagón Barceló, doctor Arturo Morales Carrión, doctor Samuel Eliot Morison, doctor Fernando Ortiz, de la publicación de *A Bibliography of Franciscan Authors in Colonial Central America*, por Eleanor B. Adams, y *Franciscan beginings Colonial Perú*, por Antonino Tibesar, O. F. M.

— Ante la Asociación Historia de Texas el ingeniero Vito Alessio Robles sustentó una conferencia sobre "Importancia de la contribución de los historiadores norteamericanos a la Historia de México".

— El catálogo de manuscritos relativos a Méjico está siendo preparado en la Biblioteca del Congreso por Stella R. Clemence.

— Entre las becas de la Fundación John Simon Guggenheim, de Nueva York, aparecen (1953) las dadas para escribir la *Historia de la arquitectura de Hispanoamérica en la época colonial* al doctor Erwin Walter Palm y para estudiar los orígenes y desenvolvimiento de las culturas antillanas al señor Ricardo E. Alegría, director del Centro de Investigaciones Arqueológicas en Puerto Rico.

— En la Universidad de Columbia, Nueva York, disertaron (octubre de 1952) el doctor Federico de Onís, sobre "España y Medina", y el señor Salvador Dinamarca, sobre "Medina y Ercilla".

— "La concepción histórica de José Toribio Medina" fué el

tema de la conferencia del doctor Guillermo Feliú Cruz en la Biblioteca Lima, de la Universidad Católica de los Estados Unidos (10 de febrero de 1953), patrocinada por el Instituto de Estudios Ibero-Americanos y la Academia de Historia Franciscana de América.

HAITÍ

El doctor Erwin Walter Palm sustentó en la Universidad Port-au-Prince una conferencia sobre "La arquitectura hispánica en Santo Domingo desde el descubrimiento hasta nuestros días".

HONDURAS

El Instituto Morazánico se propone adquirir la casa en que nació (1792) el general Francisco Morazán.

— Con la representación oficial del Gobierno, el profesor Martín Alvarado R. asistió a la Asamblea de Enseñanza de la Historia, celebrada en San Juan de Puerto Rico (diciembre 1953).

— Por muerte de su fundador y director, doctor Esteban Guardiola, ha sido nombrado para dirigir la *Revista del Archivo y la Biblioteca Nacionales* el licenciado Ernesto Alvarado García.

PUERTO RICO

Ciento treinta delegados tomaron parte en la convención anual de la Sociedad Nacional Honoraria de Historia Phi-Alpha-Tetha (diciembre 1952), presentándose entre otros trabajos: "Los primeros cónsules y agentes comerciales norteamericanos en Puerto Rico", por el doctor Arturo Morales Carrió; "Los archivos errantes de los gobernadores españoles de Puerto Rico", por Georgina Lavandero Llabres, y "La administración municipal en Puerto Rico bajo la constitución de 1812", por Julio V. Guzmán.

MÉJICO

El secretario de la Academia Mexicana de Historia de la Medicina (fundada en 1950) es el doctor Roberto Esquerro Peraza.

— En la Universidad de Nuevo León se ha fundado el Departamento de Historia, a cargo del profesor Israel Cavazos.

— El Comité de Historia de las Ideas del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que preside el doctor Leopoldo Zea, ha encomendado la preparación de los siguientes volúmenes: *Historia de las ideas de Venezuela en los últimos cincuenta años,* al doctor Mariano Picón Salas, y al señor Arturo Ardao, la del Uruguay; al doctor Jaime Jaramillo, la de Colombia; al doctor Guillermo Francovich, la de Bolivia, y al doctor Joao Cruz Costa, la del Brasil.

—En la Universidad de Nuevo León, durante la VII sesión de la Escuela de Verano, el doctor José María Gallegos Rocafull disertó en torno al tema "Corrientes renacentistas en México durante el siglo XVI".

— La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional llevó a cabo un ciclo de conferencias, en el que participaron: Alfonso García Ruiz, "Nota sobre la conciencia histórica del mexicano"; Hugo Daz Tomé, "El mexicano ante su historia", y Manuel Fernández de Velasco. "El militarismo en la vida mexicana" (19 de septiembre de 1953).

— El Congreso Mexicano de Historia se reunió en Acapulco (marzo de 1953).

— Sobre la personalidad de Lucas Alamán, en la Escuela Nacional de Economía se efectuaron conferencias (1953) sobre los temas siguientes: "Alamán, su ambiente económico y social", por Moisés González Navarro; "Lucas Alamán frente a sus amigos y enemigos", por Arturo Arnáiz y Freg; "Alamán y la industrialización de México", por Luis Chávez Orozco; "Lucas Alamán y el Banco de Avío", por Roberto Potash, y "La economía y la historia", por Daniel Cosío Villegas.

— En los cursos de la Escuela de Verano (1951) de la Universidad de Nuevo León los conferenciantes fueron: Daniel Cosío Villegas, "El archivo de don Porfirio Díaz"; José Alvarado Santos, "Orígenes y desarrollo de la cultura en México"; Nicolás Molina Flores, "El humanismo mexicano"; José María Gallegos Rocafull, "El pensamiento político de Vitoria y de Suárez", y Wigberto Jiménez Moreno, "Los indígenas, la colonización y la evangelización". Como contribución del Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Museo Nacional de Antropología, el Museo de Historia y el Museo de Arte Religioso fué presentada la exposición "Arte mexicano en el siglo XVIII", en que se dieron a conocer exponentes raros y valiosos de pintura religiosa y profana, el mueble, la metalurgia, la orfebrería, el grabado, las artes suntuarias, la numismática, la arquitectura barroca y neoclásica, la heráldica, el cuero, la cerámica y las influencias extranjeras.

Para celebrar el cuarto centenario de la Universidad de San Marcos de Lima (agosto de 1951) hubo en dicha capital el Congreso de Peruanistas, por iniciativa de la Universidad Peruana de Historia y el Instituto de Historia de la misma Universidad.

— Con motivo del cuarto centenario de la fundación de la Provincia Franciscana de los XII Apóstoles se llevó a cabo la Exposición Pictórica, Bibliográfica y de Estatuas y Objetos de Arte, organizada por el Consejo Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos Históricos y Artísticos y por la Comunidad de Religiosos Franciscanos.

— La Universidad Nacional del Cuzco ha obtenido en Sicuani valiosos documentos que integran su archivo histórico.

— Faltan 27 volúmenes por paleografiar de los libros del Cabildo de la ciudad de Lima, habiendo sido ya publicados 17, los primeros por Juan Bronley, historiador de la ciudad, quien continuó la obra del historiador norteamericano Bertrand Lee.

— Se ha creado en el Ministerio de Educación la Dirección de Arqueología e Historia (1952), pasando a depender de ella la Sección de Museos y Monumentos Nacionales y la Inspección General de Monumentos Arqueológicos.

— "La historiografía en Colombia" fué el tema de la conferencia del hermano Justo Ramón ante la Asociación de Estudios Históricos Mariano Felipe Paz Soldán (29 de enero de 1952).

— Sobre "Los Cabrera en el Perú" habló el ingeniero Pedro Terry García, en el Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas (11 de octubre de 1952).

— Conferencia del doctor Jorge Basadre en el Instituto Pedagógico Nacional de Varones (10 de octubre de 1952), "Metodología de la enseñanza de la Historia en el Perú".

— El R. P. Rubén Vargas Ugarte, rector de la Universidad Católica, leyó su disertación sobre José Toribio Medina en el homenaje que a José de la Riva Agüero tributó el Instituto de su nombre (25 de octubre de 1952).

— La Facultad de Letras de la Universidad Nacional de San Marcos organizó un *symposium* sobre "Idea del Parú en la Independencia", habiendo hablado sobre materias económicas (10 de noviembre de 1952) el doctor Emilio Romero.

— "La educación peruana en la segunda mitad del siglo XVIII" dió motivo al doctor Carlos Daniel Valcárcel (12 de noviembre de 1952) para una plática en el Colegio de Doctores en Educación.

— Bajo el patrocinio del Instituto Cultural Italo-Peruano habló (19 de diciembre de 1952) el doctor Raúl Porras Barrenechea, sobre "Viajeros italianos en el Perú".

— Fué incorporado como miembro honorario de la Sociedad Peruana de Historia de la Farmacia el doctor Angel Maldonado (30 de mayo de 1952).

— La Exposición Iconográfica Bolivariana se llevó a cabo en el Museo Nacional.

— El doctor Víctor A. Belaúnde habló en el Instituto Riva Agüero (4 de abril de 1951), en torno a "La evangelización y la formación de la conciencia nacional en el Perú."

— La Directiva del Congreso Internacional de Peruanistas fué constituída por los doctores Raúl Porras, presidente; Wendell Bennet, hermano Trimborn y José de la Torre y del Cerro, vicepresidentes; Enrique Ruiz Guiñazú y Luis Jaime Cisneros, secretarios. En el Congreso hubo varias Comisiones: Perú prehispánico, Derecho Indiano y Virreinato, Perú republicano y Bibliografía. Hubo varios *symposium:* "Relaciones entre la cultura peruana antigua y las culturas primitivas de América", "La época de la restauración en América" y "Los estudios peruanistas y su visión del Perú". El doctor Ruiz Guiñazú ostentaba la representación de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina, y presentó tres comunicaciones relacionadas con la acción histórica de las Audiencias, la rebelión de Tupac-Amaru y las ideas políticas del siglo XVIII.

— La directora del Museo Arqueológico del Perú, doctora Rebeca Carrió Chachot, anunció públicamente (22 de marzo de 1953), que había descubierto en el Museo del Vaticano la carta más antigua del Perú, ejecutada por Diego Rivera (1529), y en la sala de Cartografía del Palacio Vecchio, de Florencia, un mapa del Perú bastante deteriorado, en el que están marcadas varias poblaciones, cordilleras, valles y ríos peruanos. La primera afirmación fué rebatida (23 de marzo de 1953) por el doctor Raúl Porras B., demostrando que dicho mapa es bien conocido por los estudiosos y no ha habido tal descubrimiento.

— El premio Inca Garcilaso fué entregado al doctor Luis Antonio Eguiguren (13 de junio de 1953), por su trabajo "Guerra separatista, rebeliones de indios en Sudamérica, la sublevación de Tupac-Amaru, crónicas de Melchor de Paz", y el premio de Educación al doctor Jorge Puccinelli, por "Introducción a los estudios de la historia literaria".

— En el Círculo Cultural Femenino Hispano-Peruano el doctor Raúl Porras B. inauguró su curso sobre Historia de España (9 de

julio de 1953), disertando sobre "Evolución del pueblo español desde sus orígenes hasta los Reyes Católicos". El doctor Porras disertó también sobre "La historia de los incas" (13 de noviembre), en un ciclo de conferencias en que tomaron parte los doctores Jorge Basadre y el doctor Augusto Salazar Bondy.

— Conferencia del doctor Arturo Jiménez Borja (27 de noviembre de 1953), sobre "El vestido en el antiguo Perú", en el Instituto Riva-Agüero.

— En Lima celebró sesión (19 de febrero de 1951) el Consejo Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos Artísticos e Históricos.

— Disertación sobre "Los marinos y las fronteras del Perú", del doctor A. Bolívar Ulloa; se efectuó en el Centro Naval del Perú (27 de noviembre de 1953).

REPÚBLICA DOMINICANA

— En la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Domingo, durante el Curso de Verano, la doctora Fabiola Caminero dirigió la cátedra de "La historia de la cultura dominicana".

— En la capital se llevó a cabo el V Congreso Histórico Municipal Interamericano, con representaciones de varios países de América. Se presentaron dos exposiciones, una de Arqueología y otra de Orfebrería y Platería Coloniales de los siglos XVI y XVIII, siendo organizador de la segunda el doctor Erwin Walter Palm.

VENEZUELA

— Ha sido reelecto el doctor Salvador Córdoba (23 julio 1953), director de la Sociedad Venezolana de la Historia de la Medicina.

— Quedó constituída la Fundación Vicente Lecuna, que tiene por objeto primordial la continuación de la obra del eminente investigador. En la Directiva figuran los doctores Héctor García Chuecos, Cristóbal L. Mendoza y Pedro Grases. La primera donación consistirá en 500.000 bolívares.

— Se ha celebrado (23 al 29 noviembre 1953) la "Semana de Bello", con varias conferencias sobre la personalidad del célebre humanista y hombre de letras. Una de ellas fué la sustentada por Pedro Díaz Seijas, presentando "Aspectos de la vida y la obra de Bello".

J. RICARDO BEJARANO (1882-1952). De Pasto, Colombia. Autor de *Bolívar: un hombre y un continente, Orígenes de la independencia suramericana, Nariño: su vida, sus infortunios, su talla histórica* (1945), *La vida fabulosa de Miranda* (1945), *Rutas del mundo* y *El ideal del Libertador.*

AMÉRICO LUGO (1870-1952). Historiador dominicano. Autor de *Los restos de Colón* (1950), *Colección Lugo, Recopilación diplomática relativa a las colonias españolas y francesas de la isla de Santo Domingo, Baltazar López de Castro y la despoblación del norte de La Española, Cómo murió la primera República, Historia eclesiástica de la archidiócesis de Santo Domingo, Historia colonial de la isla Española o de Santo Domingo* e *Historia de Santo Domingo* (1952).

HERBERT E. BOLTON (1953). Descubrió en los archivos de la ciudad de Méjico la autobiografía del padre Kino. Enseñó Historia en la Universidad de Tejas; más tarde (1909), en la Universidad de Stanford (California) y en la Universidad de California (1911-1953), en donde fué director de la Biblioteca Bancroft. Sus libros principales: *Pageant in the Wilderness* (1947), *Guide to Materials for the History of the United States in the Principal Archives of Mexico* (1913), *Historical Memorie of Primeria Alta* 1919), *The Colonization of North America, 1492-1783* (1924), *The History of the Americas* (1926), *Spanish Exploration in the Southwest, 1542-1706* (1916), *The Pacific Ocean in History* (1917), *La epopeya de la Máxima América* (Méjico, 1937), *American Neighbors* (1940), *Bosquejo de la vida del padre Eusebio Kino, S. J., apóstol de los pimas* (1940) y *Coronado, knight of pueblos and plains* (1949).

ESTEBAN GUARDIOLA (1869-1953). Escritor hondureño. Director de la Biblioteca Nacional y fundador de la *Revista del Archivo y la Biblioteca Nacionales* (fundada en 1904). Autor de *Biografía de Rafael Alvarado Manzano* (1939), *Historia de la Universidad de Honduras* (Tegucigalpa, 1953), *Don Francisco Antonio Botelo. Bosquejo biográfico* (1942) y *General Francisco Morazán. Boceto biográfico* (1943).

HUGO LEICHT (1875-1953). Nació en Hamburgo. Doctor en letras. Bibliotecario de la Biblioteca Palafoxiana de Puebla (Méjico). Autor de *Las calles de Puebla* (Méjico, D. F., 1934).

MANUEL MESTRE GHIGLIAZZA (1870-1954). Historiógrafo mejicano. Funcionario del Archivo General de la nación (1916-1920). Director de la Biblioteca Nacional (1920-1926). Autor de *Historia de Tabasco* (1916-1940), en cuatro volúmenes: *Apuntes para una relación cronológica de los gobernantes de Tabasco desde la consumación de la independencia en 1821 hasta 1914* (Mérida, Yucatán, 1934), *Efemérides biográficas* (Méjico, D. F., 1945) y *La invasión norteamericana de Tabasco* (Méjico, D. F., 1947), además de numerosos artículos, que firmó con los seudónimos de "Leopoldo Archivero", "Carlos Floreal" y "Leopoldo Grijalva". Tradujo, prologó y anotó el *Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán (América central) durante los años de 1834 y 1836*, por Federico de Waldeck (Mérida, Yuc., 1930).

Rafael Heliodoro Valle.
4715 Sixteenth Street.
WÁSHINGTON, D. C.

EL MAGO

POR

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Lo conocí una tarde cargada de electricidad, en un grupo de estrategas de café que daban a Hitler seis meses para conquistar Europa y a sus adversarios un año para derrocarlo. El estaba en medio, como un profesor de esgrima, devolviendo golpes: parada, finta y estocada a fondo. Así dos, tres, cuatro horas, hasta que perdimos la noción del tiempo. "El del bigotito nos hará andar a todos más de prisa", decía cuando yo me arrimé al grupo. Han pasado seis años y todo cuanto él dijo se ha cumplido con asombrosa exactitud. Claro que entonces nadie le hizo caso; pero yo sí. Por eso recuerdo su predicción final cuando alguien espetó que el cabo austriaco arrasaría a medio mundo: "Pero la otra mitad lo vencerá." Entre frases tan triviales, que parecen no decir nada diciéndolo todo, asistí a una extraordinaria cátedra de geopolítica, relievada por un dominio espantable del mundo físico, de las razas, y una agudeza de concepto que corría parejas con la sutileza de expresión.

Conversaba con naturalidad maravillosa. Entonces no me di cuenta todavía que el tema era indiferente para él; sólo un pretexto, la ventana para asomarse al mundo sonoro, rico de color y contenido, eternamente joven de su voz. Yo le oía, le oía con recogida atención, y se me antojaba ver a un encantador extrayendo piedras preciosas de un cántaro sin fondo. Cierto que los charlistas son insoportables, mas hay largo trecho del charlista, artífice del chisporroteo verbal, al esteta del habla, creador de mundos mágicos. La distancia necesaria de García Sanchiz a Oscar Wilde.

El no era un charlista, sino un improvisador genial, curiosa mezcla de arquitecto y de poeta. Poseía una ciencia interna de la narración: ajuste y libertad a un tiempo mismo. Su relato fluía entre la solidez de la columna y la ondulación de la ola. Con técnica impresionista, a golpes de espátula, coloreaba los diversos planos, destacando los volúmenes; luego los esquemas idiomáticos se agrupaban y reagrupaban en torno a la estructura central, como las manos del escultor levantándose, volviendo siempre a la entraña del yeso.

¿Modelador, ingeniero, músico? Algo de esto y algo más que el hablista superior, como el joyero cuando engasta sus piedras en castillos platinados, y aplica las leyes más recónditas de la perspectiva para despertar nuestros sentidos.

Dijérase un Paracelso de la conversación, transformando rudos materiales en harina espiritual. "¿Qué? La economía, la política, ¿enturbian el banquete del hombre? El mundo está muy bien organizado; nos dan carbón para que hagamos diamantes." Yo, que no puedo soportar diez minutos el tema sociológico, amanecía escuchando sus disertaciones: del tema más trivial, galaxias deslumbrantes. Otros dirán que era un brillante expositor, pero yo recuerdo que detrás de su relato, más allá del esquema crítico, había siempre lo que sólo expresan dos palabras: color, sonido. Pintura viva, música insinuante. Y eso es lo que yo absorbía.

Solía visitarlo en su ancha oficina, en el décimo piso de un rascacielos. El manejaba una empresa complicada: cien máquinas, mil hombres. Sentado en un sillón inglés, dirigía la maniobra con la seguridad de un viejo lobo de mar. Lo hacía todo conversando, con el menor esfuerzo aparente; no al modo estúpido del charlatán, que habla y habla sin brújula posible, sino a la manera organizada de la abeja que extrae de cada flor el zumo necesario. "Los problemas se resuelven con ideas; los hombres se manejan por palabras." Recuerdo sus conceptos sobre el periodismo. ¿Cuál es su técnica? Lips-tick, *con lápiz labial, como la mujer que se embellece con dos toques; pero todo estriba en la forma de dar esos toques: esto sobra, aquello se subraya. Objetivar, reducir siempre. No literatura. Más un saber callar que un saber decir. Y estar en todo sin creer en nada. O en muy poco. ¿Qué pide el lector? ¡La nuez! Cuidado con las cáscaras. Podría escribir centenares de páginas evocando sus teorías improvisadas, que versaban desde el tópico científico hasta la nadería incidental. Toda la gama del saber en la paleta del decir. "Yo hago maquetas, soy maquetista", decía una voz desde el sillón inglés, y a su conjuro las palabras salían de lo abstracto, ganaban profundidad y se apoderaban del mundo físico. Yo veía surgir, desvanecerse, reaparecer volúmenes de sus labios, de sus ojos, de sus manos, del rostro todo y de la total máquina física, como si cada idea, por la magia de una imagen, de un gesto adecuados, se convirtiera en un cuerpo súbito, hermoso, redondeado.*

Se dirá que si hay una ciencia del lenguaje no existe un arte de la palabra, porque nadie es dueño de esa técnica invisible, sutilísima, que une en el espasmo de un relámpago los dos cabos de la idea y su expresión. Pero el esteta del habla es una fuerza de la

Naturaleza, cosa en sí, y como todo fenómeno de alta belleza: vibración. Decid que habéis conocido un mago de las palabras, no intentéis describirlo. Es imposible. Si yo lo hago es porque tenía que sacarme esto de dentro, aun sabiendo que jamás transmitiré lo que me fué revelado, sino sólo la sugestión de un mundo intransferible.

Recuerdo todavía su faz grave, los ojos perdidos en un horizonte lejano, el diapasón pausado de su voz, la noche aquella que hablaba de Ferdusi, de las gacelas de Hafiz, de las preguntas del rey Millinda. Parecía un derviche escapado de la boca de Scheherezada. "Son cosas, cosas..." Conforme avanzaba el relato el mago se sumía en ese mundo imaginario, se irrealizaba, y unos ojos viejísimos escrutaban el misterio de la lejanía... Y cuando hubo anulado el tiempo y escamoteado el espacio, sobre un tapiz de sonidos sobrevolamos la meseta del Irán para visitar al sabio, al taumaturgo Attar: Ferid-Uddin-Attar, el perfumista que roba el aroma de las rosas y el silbo de los pájaros y los devuelve en dísticos a Dios. ¡Suavísimo Attar de las manos sarmentosas y los labios de miel! Estaba al pie de un granito azulado, en el portal de una mezquita, irradiando magia, como todos esos seres y esas cosas de donde viene la luz. Attar narró muchas historias, algunas tan bellas que el mar, envidioso, bramó en la lejanía. Yo quise saber cómo llegó a Dios, si verdaderamente renunció a la poesía por la contemplación; pero el derviche, alarmodo, intervino: "Es tarde ya. El tapiz sólo viaja de noche." Y volvimos. Amanecía ya en Buenos Aires. Un tinte róseo teñía la cúpula del Banco de Boston. Y en un segundo como un mundo aspiré el perfume de las rosas del Jorasán.

El mago desbarató todos mis prejuicios sobre el arte de conversar. Por él supe que diálogo y soliloquio son formas elevadas de expresión espiritual, centros de revelación, donde podemos sumergirnos en busca del dragón que nos devora cada día. Y amé la charla como antes sólo amara la música, los libros, el paisaje.

Nunca pude comprender cómo este hombre tranquilo, que manejaba impasible su colmena babélica de hombres y máquinas, podía simultáneamente resolver problemas prácticos al primer golpe de vista, orientar vidas, animar vocaciones, levantar teorías, destruir prejuicios, concertar discordias, reanimar mundos muertos, sin que jamás fallara la máquina expresiva. Era polifónico, pero cada tema lo trataba siguiendo el hilo melódico esencial: "No me den muchos tonos; basta uno." Y acaso porque nunca se dejó enredar en el tumulto de los episodios destacaba el perfil incisivo del suceso con toques de admirable precisión. En el torbellino veía el nudo del vórtice central. La línea de menor resistencia en los cuer-

pos. Y el caracol fabuloso de su oído recogía las modulaciones infinitas de las almas. Lo captaba todo, mas iba derecho a su objeto: no embarullarse, no desviarse, concentrar. ¿Cuál sería la introducción al método del esteta del habla? Comedia y drama, la charla es hechizo puro, presencia rigurosamente individual. Su poder recreador, indefinible por naturaleza, participa de ciertas condiciones dramáticas, pictóricas y poéticas. Crea un clima de comunicabilidad, pero su sentido último escapa a toda teoría. Sugiere, no se da por entero. Realidad intemporal, inespacial, "es" una sola vez. Drama y actor, dualidad inseparable del juego idiomático y el jugador verbal; no se entiende bien el juego sin conocer al jugador. Y en la charla sabia, aquella que practicaban los magos de Shiraz o el solitario de la cárcel de Reading, el juego es uno y vario, vario y uno el jugador. Alquimia trascendental y trascendente. Así como resulta imposible reproducir la sensación de belleza que se desprende de un lienzo por el simple artificio literario, parece inútil manifestar por palabras escritas la vibración fulgurante de la palabra viva. Las creaciones del gran hablista son inasibles; insinuamos el fenómeno sin llegar a su plasticidad. Anoto, pues, recuerdos, sugestiones de sensaciones, cosas aladas y fugaces, seres angélicos que se esfumaron antes de su condensación.

"El mundo no quiere trabajar" es una frase banal, pero se pueden tejer en torno a ella infinitas variaciones sin agotar el tema. Es la magia del devorador de ideas: la elaboración inacabable. A un escritor que preguntaba: "¿Qué es lo que le falta a mi libro?", le dijo el mago: "Lo que le sobra", respuesta paradojal que expresa poco si no se ha escuchado seguidamente un curso de estética del estilo sobre la necesidad de producir sin premura y sin exceso. El mago no era, pues, el tema ni el concepto, sino la forma que los manifiesta. "Es peligroso ablandarse—decía—; vivimos entre gigantes." Mas cuando alguien se le arrimaba en son de confidencia él no se defendía contra el mundo: salvaba al otro, tomando sobre sí la carga ajena y dejando que la palabra obrase en toda su fuerza radiactiva. Soñando, hacer soñar. Y en aire de danza la incitación al actuar.

Una tarde decidí buscar al mago en su cueva. Vivía en Belgrano. Y allá me fuí, cruzando por calles arboladas. Me detuve frente a una casa de dos pisos: un home *de habitaciones reducidas, sobriamente amuebladas. Aquí un Fader, allá un Thibon de Libian. En la casa del hombre que era la erudición hecha verbo no había biblioteca; sólo tres libros en la cabecera del lecho: una Biblia, el Mantic-Uttair, Khayyam. Dispuestas por mano de artista, las cosas*

tenían un encanto noble y familiar. Con todo, el sortilegio de la casa no estaba en ella misma ni en los objetos que contenía, sino en su equipo humano. Recuerdo unos ojos azules en una hermosa cara céltica, hecha de dignidad, de ensueño de virtud: la compañera. Un niño desconcertante, trabajado en la materia indefinible de las sorpresas. Y una muchacha fascinadora, la mitad llena de risas, la mitad llena de embrujos. Estos seres se movían con entera libertad, al punto que me sentí en mi propio hogar: una casa antiquísima de tres mil años, donde nadie se extrañaba de nada porque parecía saberse todo. Mientras ellos jugaban con los ángeles que moran en las cosas, yo salí al jardín en busca del mago.

Había esperado otra cosa: el amable hombre de mundo, acogedor, locuaz, que lo toma a uno desde el umbral y le va enseñando sus pequeños tesoros. Pensé extasiarme ante una imponente biblioteca; repito que no la había. Y aun creí que en su cueva el mago poseería la ciencia de subyugar por la palabra. Yo iba preparado para una sesión tormentosa, de intensa euforia verbal, como una nube que sale al encuentro de otra para desatar su carga eléctrica en el impacto que las funde y las precipita hacia abajo. Nada de esto sucedió.

El jardín era un pequeño rectángulo de grama: dos pinos, el estanque con lotos, un limonero. Por toda decoración un vertedero de mayólica de Talavera. Y allí, a un extremo, dormitando, el mago. Estuve contemplando sus nobles rasgos, sorprendiendo el misterio de su reposo, hasta que de pronto él se dió cuenta—no, no lo desperté—, se dió cuenta de mi presencia, y sin abrir los ojos dijo con una voz que venía de muy lejos:

—Bien venido.

Me senté a su lado. De la casa no venía ruido alguno. Un silencio apenas turbado por el agua del vertedero difundía un clima de paz. Al fondo el muro se cubría de yedras. Pequeños rosales, casi inadvertidos, se erguían en un ángulo del jardín. Y allá por el inmenso lienzo de una pared frontera bajaban formas raras, labradas por la lluvia, que el sol y el aire patinaban de un ocre irreal. Miré los lotos: se mecían lentamente. El limonero despedía efluvios inefables. Entonces la voz incitó en un murmullo:

—Absorbamos.

Yo conocía su concepto de la inercia creadora. Lo único que tenemos frente a la actividad mecánica y organizada del hombre moderno es la imaginación. Lo que se crea por sí, la harina celeste de artistas y poetas, una suerte de alimento despojado de vitaminas que nutre sin robustecer. La flecha alada que brota de cualquier

punto sin detenerse en ninguno. "Soñamos cosas..." ¿Qué hacen los pájaros? Sueñan. ¿Las nubes? Sueñan. ¿El agua y el rayo de sol? Sueñan. También el hombre sueña cuando olvidado de lo útil se mira en el espejo de lo inútil. Trabajan los codiciosos, castigados por el mandato bíblico, para correr, para volar, para no detenerse jamás, porque en el deseo está el castigo. El artista, en cambio, mira crecer la yerba, se solaza en la hermosura de la mujeres, atisba el rubor del niño y de la rosa. No trabaja: crea, alejado del éxito inmediato. Elabora formas puras, aéreas, gozosas, comunicables sólo al meditativo, que es el modo como la Gracia desciende al espíritu. Hacer cosas sin sentido. Hacer y rehacer cosas... Es todo. Vivimos como demonios, pero el ángel nos habita. Por eso el Buda se recogió a su centro para imaginar el mundo que nadie puede abarcar.

Dime, pues, a soñar. Y absorbí, absorbí todo cuanto puede absorberse en la marea pánica. Sueño para vivido, no para contado. Sobre el pequeño rectángulo de grama comenzó a soplar un aire sutil, que mecía dulcemente dos bonzos refugiados en las copas de los pinos. El sol proyectaba un esmalte de oro viejo en el paisaje: lotos, rosales, limonero, cambiaban monedas de catorce, dieciocho, veinticuatro quilates. El cielo, arriba, recogía el incendio áureo para disolverlo en un fino resplandor dorado. Cerré los ojos. Yo sentía que unos geniecillos subían en forma de efluvios, tropezando con otros diminutos seres que bajaban de lo alto. Era un trajinar sin tregua: la tierra, un anhelo de subir; el cielo, un goce de caer. Me pareció escuchar la rotación musical con que el mundo gira sobre sí, y luego los infinitos rumores con que cada ser se mueve dentro de su órbita. Abrí los ojos. El mago seguía sumido en su meditación. Planos..., planos... Lucía el aire con tan pura transparencia que semejaba un cristal vibrante. Un tapiz de grama, la taza de lotos, el muro de yedras, los bonzos chinos, árboles y casas y cosas extrañas, tendido todo hacia el horizonte distante, volviendo todo al encuentro de los ojos. Cada cosa profundizaba su azul en lejanía. Si cada cosa fuese un horizonte en fuga... De pronto la escala de seda del aire se estremeció: un colibrí. Y otro. Y otro. Se acercaron al vertedero, bebieron y revolotearon en su danza multicolor. ¿Hay algo más inefable que el vuelo del colibrí? ¡Los mundos que se agitan en sus diminutas alas. Y los hombres, ¿por qué inventaron el altavoz cuando la Naturaleza cabe en un rumor? Los bonzos anunciaron la llegada de una presencia aérea. Exhaló el limonero la fragancia de los días perdidos. Del estanque de lotos subía un humo sutil, sutil, forma liviana, línea pura: anunciación. Quise saber, quise gritar... Pero los colibríes, asustados por el poder de

mi deseo, se alejaron, y con ellos se quebró el hechizo. Sólo el gotear isócrono del vertedero me recordó que algo no muere nunca en el corazón... Y oré, reí, lloré, me arrodillé sobre la grama, aunque el mago y yo éramos dos estatuas de piedra inmovilizadas en el ardor del mediodía. ¿Persia en Belgrano? ¿América en Oriente? Cuando desperté del sopor meditativo bandadas velocísimas se hundían en el horizonte a la caza de Simourgh, el ave fabulosa en la que nacen y terminan las aventuras místicas del hombre.

Me levanté. El mago seguía sumido en su letargo. Quise despedirme, sin hallar una forma digna para romper el encantamiento de esa tarde sin palabras. Había recibido la última enseñanza: la suma sabiduría de la contemplación. Temeroso de interrumpirlo, me fuí alejando lentamente, lentamente... Y en el umbral me pareció recoger todavía una voz apagada:

—Gracias.

Bendije entonces a ese hombre que poseía el don de la palabra y del silencio, los dos polos de la expresión humana. Agarré el nombre de "mago", lo quebré con mis dos manos y aventé sus fragmentos al espacio. Giraron, giraron en locos remolinos. Luego el aire, con dedos suavísimos, me los devolvió recompuestos, como una porcelana de oro en fondo azul que se hubiera roto sólo por el placer de sentirse maravillosamente reconstruída. Pero el antiguo nombre ya no regresó, porque cuando pronunciamos la palabra "maestro" todas las que le son afines huyen del corazón.

Fernando Díez de Medina.
Casilla, 13.
LA PAZ (Bolivia).

SOBRE LA INTERPRETACION DE UN POEMA DE ANTONIO MACHADO

POR

RAFAEL FERRERES

El poema es el número XXXII de *Soledades, Galerías y otros poemas* (Madrid, 1907). Dice:

Las ascuas de un crepúsculo morado
detrás del negro cipresal humean...
En la glorieta en sombra está la fuente
con su alado y desnudo Amor de piedra,
que sueña mudo. En la marmórea taza
reposa el agua muerta.

Esta poesía ha sido una de las elegidas por Carlos Bousoño para ejemplificar las teorías que expone en su libro, sugestivo e interesante, *Teoría de la expresión poética* (Madrid, 1952). Ahora bien: ¿qué es lo que Bousoño ve en este breve poema? He aquí su interpretación, de la que procuraré entresacar lo esencial por mor de la brevedad:

> "Ante todo, nuestro sentimiento al terminar la lectura fué de pesadumbre. Esa pesadumbre que se inicia ya al comienzo de la pieza, y que va acentuándose progresivamente, se condensa, sobre todo, en el verso postrero:
>
> *reposa el agua muerta.*
>
> Es para nosotros como el último redoble de un tambor funeral, un redoble más intenso que los anteriores, infinitamente más doliente que ellos, opacamente, desilusionadamente prolongado después en nuestra alma. Sentimos que cansadamente el poeta ha dicho "agua muerta" pensando en el agua quieta de un estanque, pero contemplando ese agua como paradigma o modelo de todo lo quieto, de todo lo muerto: la ilusión, la humana esperanza, la felicidad. Entre los elementos sin vida, el poeta entresaca uno y nos lo muestra, como diciendo: así es el resto de las cosas; así es también mi alma: triste, muerta."

Después, Bousoño analiza palabra por palabra; mejor dicho: pasa por alto un par de ellas que pueden dar al traste la deducción que ha sacado. Transcribo el significado que da Bousoño a estas palabras del poema:

> *Crepúsculo* "se nos asocia a representaciones de lo que se extingue, de lo que muere, y así ese vocablo se tiñe de un iris melancólico y comienza a introducirnos en una atmósfera de tristeza y de acabamiento. He elegido la palabra *crepúsculo* por esencialmente expresiva; pero algo análogo acontece al sustantivo *ascua* y al adjetivo *morado*. El primero, asociado a *crepúsculo*, sugiere la noción de apagamiento; el segundo, la noción de dolor...".
>
> "Insisten de nuevo, tercas, las oleadas de los oscuros: negro, *cipresal, humean*. Las coloraciones son sombrías; los significados, fúnebres. Recordemos que los cipreses son árboles propios de los cementerios, por lo que nuestra imaginación los une a la idea de la muerte. Nótese, además, cómo los acentos del endecasílabo recaen sobre estas palabras, realzándolas, intensificándolas (y esto sucede en todo el poema): *negro, cipresal, humean*. En el verso siguiente:
>
> *(En la glorieta en sombra está la fuente)*
>
> advertimos que la glorieta está *en sombra;* en la expresión que lo continúa:
>
> *(con su alado y desnudo Amor de piedra,*
> *que sueña mudo)*
>
> si hay un Amor, es un Amor *de piedra*, un Amor sumido en la quietud más implacable, en el sueño más inerte *(sueña mudo)*.
>
> Suenan ya las postreras notas:
>
> *(En la marmórea taza*
> *reposa el agua muerta)*
>
> y no se abandona la técnica iniciada: lo marmóreo de la taza, al darnos una sensación de pesantez, de inmovilidad, de muerte, colabora en el ámbito trágico que el poema ha sabido captar; ámbito que se completa con el reposo del agua y que, sobre todo, culmina en la expresión *agua muerta*."

Esta es, creo, la síntesis que Bousoño ha sacado del citado poema, y los otros párrafos, que no traslado, corroboran o amplían los conceptos ya expresados. Confieso que si no fuera un lector constante de don Antonio, la explicación de Bousoño me hubiera convencido. Pero me temo que esta vez el excelente poeta que es Bousoño haya vencido a sus indudables condiciones de crítico, tantas veces puestas de manifiesto. Más que ver a don Antonio, se ha visto a sí mismo. Voy a procurar explicarme.

De la misma manera que las palabras, en cada hablante, tienen unos matices de pronunciación peculiares, propios, lo mismo ocurre con el significado afectivo, conceptual y visual que ellas encierran para cada persona. La lengua, y más si ésta es poética, cobra un sentido privativo a todo gran poeta o a toda una escuela literaria. Si no queremos apartarnos del pensamiento, de la inteligencia y del corazón de don Antonio Machado, hay que descubrir qué alma ha infundido a sus palabras, a qué estados de su espíritu corresponden (si nos es posible saberlos) y, en fin, las otras razones históricas y de escuela literaria que influyeron en nuestro escritor. El tener en cuenta estas premisas, más que dejarme llevar por la impresión o intuición, es lo que me hace discrepar de la interpretación dada por Carlos Bousoño.

Veamos, primero, la historia literaria. Antonio Machado escribe el poema que nos ocupa muy a comienzos del siglo, hacia 1903. Sobre él pesa Rubén Darío y algunos poetas parnasianos y simbolistas (no olvidemos que don Antonio conocía perfectamente el francés, que era catedrático de esa lengua). Es en este momento cuando el paisaje literario en nuestras letras logra independizarse completamente, deja de estar como fondo o comparación de motivos sentimentales y éticos para valerse por sí mismo, para ser pura criatura de arte (1). A finales del siglo XIX se descubría de una manera definitiva el paisaje en la prosa. Es una gran deuda que tenemos con la novela regionalista: nos hizo conocer toda España. El novelista sintió, casi siempre, deseos de situar sus obras en distintas partes de nuestra Península (2). También, por estos años, en

---

(1) Un claro ejemplo de esta clase de comparaciones entre el paisaje y el poeta lo tenemos en el bello soneto de García Tassara *Cumbres de Guadarrama y de Fuenfría...* o en el propio Unamuno.

(2) Dice el admirado *Azorín*, en el prólogo de su libro *El paisaje de España, visto por los españoles* (1917): "El sentimiento amoroso hacia la Naturaleza es cosa del siglo XIX. Ha nacido con el Romanticismo, poco a poco..." Y en su libro *Madrid*, en el capítulo "El paisaje": "Nos atraía el paisaje. Prosistas y poetas que hayan descrito paisajes han existido siempre. No es cosa nueva, propio de estos tiempos, el paisaje literario. Lo que sí es una innova-

Madrid, un grupo de intelectuales fomentaba la salida al campo como goce estético. No es de extrañar, por tanto, que en los primeros libros de los Machados, de Juan Ramón Jiménez, influídos por el Modernismo y por lo que privaba en los medios intelectuales (a los que seguían), encontremos el placer estético de paisaje, naturalmente con el tono humano que les era privativo a cada uno de ellos.

Creo que Antonio Machado, en este poema que comentamos, ha querido dar una visión plástica; pero analicemos ahora, uno por uno, los elementos que aparecen en la citada poesía:

Las ascuas de un crepúsculo morado...
... humean...

(Escribió Rubén:

mientras temblaba el suave crepúsculo violeta
(Marina.)

Tal vez puede tomarse *temblaba* como equivalente de *humean*, dada la condición del humo.)

La palabra *ascua* significa "incandescencia"; pero la brillantez está amortiguada por el genitivo explicativo *crepúsculo morado*, expresión grata a los poetas modernistas y que encerraba un matiz melancólico (3). Luz morada, en Antonio Machado, equivale a luz lunar:

---

ción es el paisaje por el paisaje, el paisaje en sí, como único protagonista de la novela, el cuento o el poema."

Azorín cree que esto último se debe a la llamada generación del 98; sin embargo, todo descubrimiento literario, para alcanzarlo y para que cuaje, necesita que se le prepare el camino, y esto hizo, ¡y de qué generosa manera!, la gran novela regionalista del siglo XIX: la condesa de Pardo Bazán (Galicia), Pereda (Santander), Valera (Andalucía), Galdós (Castilla), *Clarín* (Asturias), Blasco Ibáñez (Valencia, Baleares, Andalucía, Castilla, Bilbao), Palacio Valdés (Asturias, Valencia, Andalucía, Castilla).

Se ha dicho repetidas veces que los novelistas citados tratan el paisaje de una manera objetiva, más con los ojos que con el corazón. Es cierto que, después del Modernismo, el paisaje literario adquiere un definitivo ambiente intimista; aparecen con abundancia los adjetivos emocionales, pero éstos no son del todo extraños en algunas descripciones de los novelistas inmediatamente anteriores a Rubén Darío.

(3) *...La tarde viene cayendo...;*
los pinares se han dormido;
sobre la colina, el cielo
es tristemente violeta...
(Juan Ramón Jiménez: *La tristeza del campo*, 1905.)

El crepúsculo *morado*, *violeta*, unido a cipreses o a pinos, se encuentra en casi todos los poetas de este período. A pesar de este rasgo (descriptivo-psicológico) común, no creo se los pueda agrupar en poetas *crepuscolari*, a la manera del grupo italiano, casi contemporáneo de los modernistas. Lo que tienen de semejante es debido a su procedencia: Verlaine.

Sobre los *crepuscolari*, consúltese Alfredo Galletti: *Il novecento*. Milán, 1942.

El sol es un globo de fuego,
la luna es un disco morado.

(Núm. XXIV) (4)

Las ascuas de un crepúsculo, señora,
rota la parda nube de tormenta,
han pintado en la roca cenicienta
de lueñe cerro un resplandor de aurora.

(Pág. 319.)

En otro poema, don Antonio califica de *mortecinas* las *ascuas* del crepúsculo, pero no con sentido fúnebre, sino con la mansa alegría de que va a llegar la noche, y, con ella, *la hora de una ilusión*:

¡Tenue rumor de túnicas que pasan
sobre la infértil tierra!...,
¡y lágrimas sonoras
de las campanas viejas!
Las ascuas mortecinas
del horizonte humean...
Blancos fantasmas lares
van encendiendo estrellas.
—Abre el balcón. La hora
de una ilusión se acerca...
La tarde se ha dormido,
y las campanas sueñan.

(Núm. XXV.)

El humo es nota imprescindible en muchos de los poemas campesinos de los modernistas y cuantos los siguieron. Tenía un atractivo especial para ellos, y lo encontramos acompañado de adjetivos nunca usados antes. *Negro* era el epíteto de *humo*. Los modernistas lo califican de blanco, azul, verde, o tendrá sonido, o estará quieto, o dormido; podrá conducir a estados de hondura espiritual, como en Juan Ramón Jiménez (5):

La aldea del valle está
quieta en humo blanco...

(se refiere a la niebla)

(Juan Ramón Jiménez: *Arias otoñales*, 1903.)

En el añil el humo está dormido...

(Enrique de Mesa: *El poema del hijo.*)

... Sube un humo azul que se para y se duerme...

(Gabriel Miró: *El humo dormido*, 1919.)

---

(4) Cito siempre de *Poesías completas* (Madrid, 1928).

(5) "Ninguna música, ningún verso, pocos ojos de mujer me han hecho llorar tan dulcemente como el humo azul de los hogares, en la paz cadenciosa del crepúsculo; esas lágrimas... Por la tarde, el campo tiene algo de mirada de madre." De la dedicatoria a Martínez Sierra del libro *Pastorales* (Madrid, 1911).

...Los troncos de los árboles negrean;
las hojas de sus copas
son humo verde que a lo lejos sueña.

(A. Machado, núm. XXXVI)

Triste paisaje que sueña
con sus álamos de humo.

((Juan Ramón Jiménez: *Arias otoñales.)*

No podemos calificar de oscuro, por tanto, como hace Bousoño, el humo de que nos habla Machado, sino de morado.

Sigamos:

detrás del negro cipresal.

Los cipreses llevan en sí, para Bousoño, como hemos visto, la idea de cementerios, de muerte. De ninguna manera es para Machado ni para la mayor parte de los poetas grecolatinos, o españoles del Siglo de Oro y aun posteriores al autor de *Soledades, Galerías...,* árbol sepulcral (6). En los poemas de don Antonio situados en cementerios, nunca aparece el ciprés. Este hermoso árbol, repetidas veces lo dice Machado, y así lo es en su prístina realidad, pertenece al jardín:

...iba del ciprés del huerto...

(Núm. LVI.)

...El limonar florido.
el cipresal del huerto...

(Núm. LXII.)

...Una blanca paloma se posa
en el alto ciprés centenario.
Los cuadros de mirto parecen
de marchito velludo empolvado.
¡El jardín y la tarde tranquila!
Suena el agua en la fuente de mármol.

(Núm. XXIV.)

---

(6) El ciprés lleva en sí un sentimiento de melancolía y de apacible dolor. Su origen mitológico nos lo explica: Cipariso, el joven hijo de Télefo de Cea, fué muy amado por Apolo. Yendo de caza mató a un ciervo favorito de Febo, y fué tanta su pena que, a pesar de todo el consuelo que le prodigó, con persuasivas palabras, el dios se consumía de tristeza por su acción, por lo que con gran dolor fué convertido en ciprés por el mismo Apolo. (Véase *Metamorfosis,* de Ovidio, V, vers. 120-142.)

Para Teócrito y Virgilio, el ciprés es fundamental en el jardín. En Miguel de Unamuno, muy distante del Modernismo, pero no tanto como él decía, es árbol conventual *(El ciprés y la niña).* Y lo mismo aparece en el inolvidable soneto de Gerardo Diego *(El ciprés de Silos)* y en la hija de Lope de Vega. (Para sor Marcela, véase Emilio Orozco: "Ruinas y jardines", capítulo de su libro *Temas del Barroco,* Granada, 1947.) Es árbol de jardín en Villaespesa *(El jardín de Lindaraja).* Y en García Lorca es cirio granadino *(Elegía a doña Juana la Loca),* y aprendió de él "secretos de melancolía / dichos por cipreses, ortigas y yedras *(Invocación al laurel).*

Y tan unido va el ciprés al jardín de Machado, que Dámaso Alonso dirá, en su fundamental ensayo sobre la poesía de don Antonio:

> "En los orígenes oscuros de la poesía de Machado, cuando ésta—aun ni vislumbraba en la conciencia—se le estaba infiltrando en la sangre, hay un patio de naranjos y un huerto de cipreses y limoneros. Casi toda la poesía de Machado está como implícita en esa visión luminosa y contrastada. A lo largo de la obra había de brotar ese tema, siempre recurrente, con mil matices y variaciones" (7).

Dejemos momentáneamente la *glorieta*, y continuemos:

... está la fuente
con su alado y desnudo Amor de piedra
que sueña mudo...

Para Bousoño, este Amor está "sumido en la quietud más implacable, en el sueño más inerte (sueña mudo)". De otro parecer es Luis Cernuda:

Mas nunca nos consuela un pensamiento,
sino la gracia muda de las cosas.

(La adoración de los Magos.)

Si nos fijamos en la poesía de Machado, el sueño es actividad, vida, lo valioso, y sólo por soñar merece la pena vivir:

Y podrás reconocerte, recordando
del pasado soñar los turbios lienzos,
en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.
De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños.

(Núm. LXXXVIII.)

Le dice a su mujer muerta, a Leonor:

¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas!...

(Núm. CXXII.)

---

(7) Dámaso Alonso: *Poesías olvidadas de Antonio Machado.* (CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Madrid, septiembre-diciembre 1949, págs. 335-381.) En las páginas 368-370 hay otras citas, aparte de las transcritas, sobre este árbol, por lo que Dámaso Alonso escribe: "He ahí, pues, cómo el tema del huerto (cipresal, naranjal, limonar) tiene un constante valor simbólico en la poesía de Machado: es la ilusión—la bendita ilusión dorada—vista en el gozo y en el recuerdo infantil, en la virginidad auroral de la vida y proyectada también hacia el futuro..."

Y el sueño es dulzura:

...La placidez del sueño
en el paisaje familiar soñado.

(Núm. XXX.)

El sueño en Antonio Machado, en las dos últimas citas, nos trae el recuerdo de Garcilaso, tan amante de la Naturaleza (8). ¡Qué lejos Garcilaso y Machado de los retóricos sonetistas, para los que sueño era igual a "imagen espantosa de la muerte"!

En fin, lo divino y lo humano sueña:

La luna vertía su blanco soñar...

(Núm. LII.)

La blanca quimera parece que sueña.

(Núm. LII.)

El sibilante caracol del viento
ronco dormita en el remoto alcor;
emerge el sueño ingrave en la palmera
luego se enciende en el naranjo en flor...

(Pág. 57.)

...y el solo amado enjambre de mis sueños
que labra miel al corazón sombrío...

(Pág. 361 del citado artículo de D. Alonso.)

Tal vez la mano, en sueños,
del sembrador de estrellas,
hizo sonar la música olvidada...

(Núm. LXXXVIII.)

Y es en sueños como posee a Dios:

... Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

(Núm. XL.)

---

(8) *¿Es esto sueño, o ciertamente toco*
la blanca mano? ¡Ah sueño!, ¿estás burlando?
Yo estábate creyendo como loco.
¡Oh cuitado de mí! Tú vas volando
con prestos alas por la ebúrnea puerta;
yo quédome tendido aquí, llorando.

(*Egl.*, II, vs. 113-118.)

Convida a dulce sueño...

(*Egl.*, II, vs. 64 y sigs.)

Oh natura...
el sueño diste al corazón humano...

(*Egl.*, vs. 80 y 83.)

El sueño de Machado va, a veces, acompañado de adjetivos típicamente rubenianos:

Sueño florido lleva el manso viento.

(Núm. XLII.)

... ¿Perfuman aún mis rosas la alba frente
del hada de tu sueño adamantino?
Respondí a la mañana:
Sólo tienen cristal los sueños míos.
Yo no conozco el hada de mis sueños;
ni sé si está mi corazón florido.

(Núm. XXXIV.)

El mar es un sueño sonoro
bajo el sol de abril.

(Núm. XLIV.)

Enumerar las veces en que aparece el sueño en Machado, como parte esencial o importante del poema, equivaldría a copiar casi todas sus poesías. José Luis Cano ha estudiado inteligentemente este aspecto de don Antonio (9).

Fijémonos en los últimos versos del poema:

... En la marmórea taza
reposa el agua muerta.

El tema del agua, ya lo ha señalado Dámaso Alonso, es vital y simbólico en la poesía de Machado (10). Ahora bien: hay que tener en cuenta qué sensación le produce al poeta el agua de la fuente. Diríamos, a diferencia de su hermano Manuel (que la prefiere en movimiento), que a don Antonio le agrada remansada, quieta, *muerta.* El ruido constante, invariable, le molesta:

—Adiós para siempre, fuente sonora,
del parque dormido eterna cantora.
Adiós para siempre, tu monotonía,
fuente, es más amarga que la pena mía.

trozo que nos recuerda aquel poema autobiográfico, en el que le irrita el ruido obsesivo del reloj de su cuarto provinciano:

Tictic... Ya te he oído.
Tictic..., siempre igual,
monótono y aburrido.

(Núm. CXXVIII.)

---

(9) Véase el excelente trabajo de José Luis Cano: *Antonio Machado, hombre y poeta en sueños*, págs. 653-665; y el de Adolfo Muñoz Alonso: *Sueño y razón en la poesía de Antonio Machado*, págs. 643-651, ambos publicados en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (Madrid, septiembre-diciembre 1949).

(10) El ensayo citado está recogido en *Poetas españoles contemporáneos* (Madrid, 1952).

En esta misma poesía nos cuenta don Antonio su aborrecimiento por la monotonía que sufrió durante sus años de catedrático en provincias: "*Heme aquí / ya, profesor / de lenguas vivas... En estos pueblos, ¿se escucha / el latir del tiempo? No. / En estos pueblos se lucha / sin treguas contra el relo...*"

En ocasiones le gusta el discurrir del agua, aunque en otras la califica (¡qué presente Rubén!) de frívola:

...la carcajada fría
del agua, que a la pila descendía
con un frívolo erótico rubor... (11)

Y nos quedan las palabras que no ha destacado Bousoño en su estudio: *glorieta en sombra* y *alado y desnudo Amor.*

El galicismo glorieta encierra en sí un ámbito de jardín, recogido, íntimo, donde suele situarse a los amantes. Si a la glorieta con la fuente de mármol le añadimos la estatua del dios Cupido, desnudo, travieso y con sus aljabas, el pensamiento se nos va hacia los cuadros de Watteau y de Fragonard, o hacia el Paul Verlaine de *Fêtes galantes* y el Rubén Darío de *Prosas profanas:*

La marquesa alegre llegará al boscaje,
boscaje que cubre la amable glorieta.

(Rubén: *Era un aire suave...)*

Y en la descripción de la glorieta de Versalles leemos:

Y bajo un boscaje del amor palestra,
sobre un rico zócalo al modo de Jonia
con un candelabro prendido a la diestra
volaba el mercurio de Juan de Bolonia.

Pero la semejanza del poema de Antonio Machado se hace mayor si en vez de cotejarlo con *Era un aire suave...*, lo comparamos con el soneto *Jardín neoclásico* de su hermano Manuel, publicado en *Caprichos* (Madrid, 1905) y luego recogido en *Alma* (Madrid, 1907):

Es la hora elegante de los parques ingleses...
Un Cupido de mármol flecha bajo los sauces.
Y ante mí, como antiguos, abandonados cauces,
las veredas—muy blancas—se van formando eses.
Macizos de arrayán cuadrados..., welintonias...
Bancos de piedra... Un grupo clásico de las Gracias.

---

(11) Poesía publicada en 1901 y modificada en 1903, no este trozo transcrito y que no recoge en libro. Véase Dámaso Alonso, artículo citado, pág. 346. Dice Dámaso Alonso: "Nótese la entreverada matización de *fuentes melancólicas, riente sollozar,* el agua corre, como la vida, *a un son doliente.*"

Los cipreses se hacen junto de las acacias
—levemente inclinados—rígidas ceremonias.
Leo las Amistades peligrosas..., *un tomo*
de elegantes horrores y sentencias banales,
relatados con una galante impertinencia...
Surge de la enramada la máscara de Momo. (12)
Y a mi lado la fuente dice sus madrigales,
escuchándose como un "beau-diseur" Regencia.

* * *

Antonio Machado nos ofrece, en el poema que nos ocupa, la visión de un paisaje. Comienza de una manera directa y colorista. Desde el principio estamos en presencia de una imagen precisa, exacta, que se nos dirige a los ojos. En los pocos versos que lo componen percibimos, en cada uno de ellos, la nota de color trazada con estilo impresionista. En el fondo están, sumidas en un inmenso humo, las *ascuas moradas* del Poniente. Delante, y a contraluz, el *negro cipresal.* En la *glorieta en sombra* (¿verde, violeta?) que forman los cipreses se encuentra la mancha más clara de un Cupido alado que contrasta con el negro del cipresal. En la *marmórea taza,* de un blanco-gris amarillento, nos imaginamos el agua quieta, remansada. Todo está sumergido, excepto el fondo, en las inciertas claridades del crepúsculo.

Hay varios recursos estilísticos que nos inclinan a ver en este poema un puro paisaje literario fundido casi en lo pictórico. En primer lugar, es la poesía más impersonal de todas las de Antonio Machado. Ha eliminado de ella todo elemento humano. No encontramos ideas, y el sentimiento que nos produce casi tiene el mismo valor que el que nos provocaría un paisaje pictórico concebido sobre el mismo tema. Machado se vale de todos los elementos posibles para la objetivación de su poema: el empleo del presente de indicativo en vez del pretérito, preferido siempre, por tener más valor poético y ser más apto para la evocación; junto a esto, el uso del artículo determinado *(las ascuas,* el *negro cipresal, la glorieta, la fuente, la marmórea taza, el agua muerta)* nos dan una visión directa, inmutable, constante, que, por así decir, inmoviliza el lienzo. Y, aún más, para dar más intensa la sensación pictórica, para destacar lo visual anulando el goce, el halago de los otros sentidos (el oído y el tacto) ante este trozo de jardín, el agua está sin ruido, sin frescura: *muerta.*

---

(12) *Cerca, coronado con hojas de viña,*
reía en su máscara Término barbudo...

(Rubén Darío: *Era un aire suave...)*

En esta voluntaria restricción sensual, en beneficio de un solo sentido, Antonio Machado se aparta de Baudelaire, de Rimbaud, de Verlaine (13) y, entre nosotros, de Rubén Darío, de Juan Ramón Jiménez (especialmente en *Rimas en sombra)*, de Manuel Machado y aun de sí mismo. Creo ver en este poema de Antonio Machado bastantes características de la escuela parnasiana: precisión, exactitud y orden de las imágenes, visión nítida, sentido de la forma, empleo de palabras cultas, impersonalidad, ninguna intención de expresar ideas ni (me atrevo, en contra del parecer de Bousoño) símbolos. No hay más que color, imágenes, atmósfera. No hay evocación desde el momento en que nos habla en presente, en que nos describe lo que está viendo y plasmado para siempre.

Sin embargo, hay dos motivos que nos pueden conducir a la emoción en este poema: uno es el situar el paisaje en el silencio absoluto del crepúsculo, y así, sin servirse de la emoción, nos puede llevar al ensueño, al entornar de ojos. El otro es el Cupido que sueña. Machado le ha dado alma al hijo de Venus. Excepto esta última libertad que se toma el poeta, todo lo demás es objetivo; todo se armoniza sabiamente para conseguir una de las descripciones de jardín más logradas, más puras, de la poesía española.

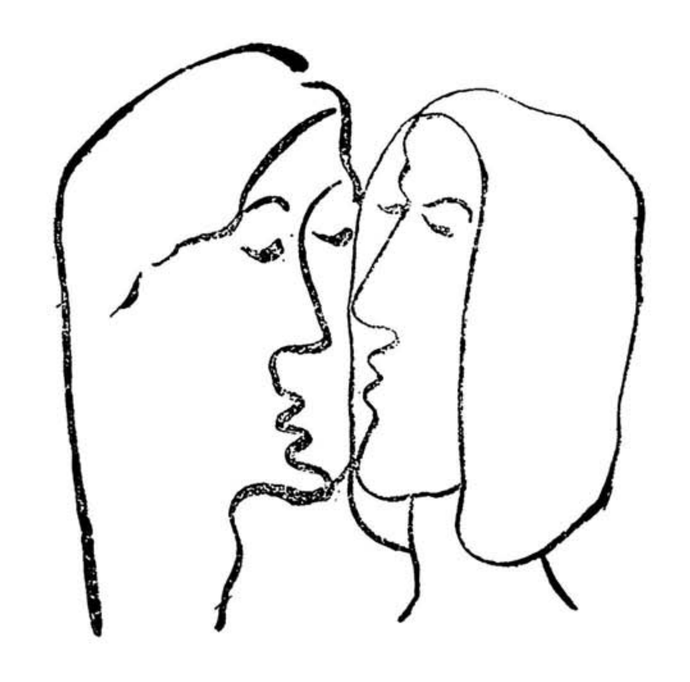
El jardín versallesco del delicioso Watteau y del sensual Fragonard, con sus altos árboles formando glorieta, con su fuente y estatuas, entre ellas el dios Término, poblado de risas cortesanas, de sedas y amores; el Versalles evocado por Paul Verlaine en *Fiestas galantes*, y por Rubén Darío y por Manuel Machado, ha quedado en pura naturaleza en don Antonio; lo ha depurado de todo lo que no fuera paisaje esencial. Si no conociéramos al autor de este poema, casi podríamos pensar que la composición de Machado era el resultado de una evolución semejante a la poesía de tipo tradicional española: todo lo superficial desaparece para quedar lo justo, lo realmente poético. Lo que esta poesía puede sugerir, y de hecho sugiere, al lector es exactamente lo mismo que un paisaje

---

(13) "Dès lors / Romances sans Paroles / l'image verlainienne se complait dans une brume lumineuse, elle crée par l'allusion une ambiance, un paysage, sans même emprunter à la réalité ses détails matériels, son décor pittoresque; elle se satisfait de son pouvoir évocateur, condense en elle un faisceau de sensations. Il est difficile de déterminer exactement le rôle qu'a joué Rimbaud dans cette transformation, mais nous croyons que le poète du *Bateau ivre* n'a pas été tout à fait étranger à cette évolution de Verlaine vers un art de la suggestion. Cette nouvelle conception de la poésie correspondait évidemment à son tempérament, et il a su l'adapter sans renoncer pour autant à ses qualités propres. Verlaine est ainsi arrivé à éliminer tous les intermédiaires entre la sensation et son expresion, la vision se transpose naturellement en une image docile aux sinuosités du rythme." Marc Eigeldinger: *Le Dynamisme de l'image dans la poésie française*, pág. 160 (Neuchâtel, 1943).

pictórico produce en el que lo contempla. Si nos lleva hacia el ensueño, hacia un mundo de poesía, no hace sino cumplir el destino que está encomendado al arte: abrir una puerta a la fantasía y ayudar a vernos más hondamente en nuestro misterio, en las galerías de nuestra alma.

Rafael Ferreres.
Joaquín Costa, 55.
VALENCIA.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Dios es Dios, y Su imagen y semejanza, en cambio, simplemente el hombre.

Este propone, es decir, ejercita su aptitud para el acierto o para el disparate; pero El—sabiduría infinita—dispone cuanto haya de suceder después. Así, con una sonrisa entre cosa y cosa, entre noche y día, entre segundo y segundo. Con una sonrisa evidente como Su Misericordia...

* * *

El año de 1938, los católicos de Méjico eran acosados como ratas por la canalla revolucionaria. En las montañas, a través de la maleza, por los pantanos. Sus templos eran incendiados, clausurados, convertidos en cuadras, en prostíbulos y en corrales. Los perros de turno—los "camisas rojas"—dormían y orinaban su crueldad aprendida, sus cervezas y marihuanas bajo los altares ametrallados de Chiapas y de Tabasco.

Se consumaba de ese modo el más intenso, prolongado y cruento proceso de integración religiosa que se conoce en la historia de América. Ahí, y entonces, nuestro pueblo se encontraba a sí mismo —una vez más—, comprometido en la única tarea importante del hombre: la de amar u odiar a Dios por encima de todas las cosas de este mundo.

Pero eso, ¡ay!, sólo nosotros lo presentíamos más allá de nuestra soledad y de nuestra angustia. Nosotros, y los españoles quizá desde sus trincheras y casamatas, sus "checas" y sus fusiles. Los españoles, en el perdón y en la esperanza...

Lo que se había iniciado en las logias insurgentes y se había legalizado con la Reforma, durante el "maximato" de hierro callista y el "gandismo" de Cárdenas y de Garrido, eran un disparo en la nuca, un asesinato "en caliente", un barrido federal a sangre y fuego.

Tabasco, Chiapas, "camisa roja" no eran sino los signos más recientes de una pesadilla secular e incalculable. Realidades, nombres de una vieja historia de persecución y de sangre.

Nada nuevo, ciertamente, para nosotros, que habíamos nacido por eso y para eso. Que habíamos crecido con un miedo desde dentro, una consigna invariable y una rabia animal—intacta todavía— contra los testigos impertérritos, congelados, del drama de nuestro país y de su ejemplo.

Los demás, claro está, conocían el color de nuestra sangre. Corresponsales y diarios del extranjero—entre bostezos y a media tinta—daban cuenta de La Danza Macabra sin que les fallara el pulso una vez ante la muerte.

Durante diez años por lo menos, el conflicto religioso de Méjico sólo tuvo importancia para víctimas y verdugos. Es un hecho, y nada más.

Desde el año de 1926, Calles—el gusano imponderable—abonaba la tierra de sus haciendas con el excremento de la caballada anticlerical y con la sangre y el fósforo de nuestros muertos.

Desde entonces, los católicos de Méjico reventaban por Dios sencillamente, mientras los demás—europeos y americanos—disfrutaban su posguerra y sus vísperas, alegres como niños ciegos u orgullosos como viejos a la deriva. Los no católicos se lavaban las manos, suspirando...

Bien. Pero ¿qué hacían los católicos de Inglaterra, de Francia, de Italia, de Sudamérica, mientras sus hermanos de Méjico caían boca arriba en los Altos de Jalisco, en los surcos del Bajío, en las sombrías encrucijadas de Querétaro o de San Luis? ¿Qué hacían los católicos de estandarte y escapulario, cuando los "cristeros" de Méjico combatían por la Cruz de Lorena y la de Santiago en tierra de hombres y de corsarios? ¿Cuántos rogaron a Dios por la salvación de nuestros jerarcas perseguidos, por nuestros párrocos descalzos, por los rebeldes de fusil irremediable y de canana cruzada?

Para responder a esas cuestiones hay una respuesta encendida a flor de labio, que los mejicanos preferimos callar porque hemos perdonado.

¡Jamás, sin embargo, han muerto tantos hombres por la fe de Cristo en medio de un silencio parecido! ¡Jamás como entonces los católicos de todo el mundo estuvieron tan lejos de nuestro corazón y de nuestro drama!

Dios sabía, no obstante, que nosotros—los mejicanos—éramos los primeros en el tiempo ya calculado; que el "¡Viva Cristo Rey!" de nuestros mártires era sólo una voz ante el naufragio colosal, un anticipo del porvenir, una contraseña para España y para el mundo cristiano.

Los mejicanos habían comenzado a cubrir con su sangre, gota a gota, los adeudos del hombre frente al Dios olvidado. Además de pagar con su vida el precio de su redención, les mostraron a españoles, a europeos y americanos, una imagen fiel de su futuro inmediato y de su muerte. Eso es todo.

Pues bien: justamente cuando los "reaccionarios" de Méjico apuraban hasta el fondo la desgracia de no ser ingleses, Graham Greene —converso de gran envergadura y novelista excepcional—se disponía a escribir "en su jugo" sobre nuestro país y sus excesos.

Intelectual puro, descendiente de intelectuales, hijo de sus padres, sobrino de sus tíos, ex alumno de Oxford y católico en 1926, Graham Greene se embarca rumbo a Méjico para sufrir ahí, desde Laredo a Veracruz, las más amargas, disparatadas y hasta pueriles amarguras de su vida.

Sin grandes recursos económicos; con los "escoceses", contados, al parecer, con la ropa interior y sus camisas; con dos novelas victorianas bajo el brazo; con un miedo cerval indubitable, y, sobre todo, con un sistema nervioso descoyuntado, este hombre, este magnífico escritor, este católico ferviente, se atreve a cruzar nuestro país y a penetrar en la maleza, precisamente donde la Iglesia—"su" Iglesia—liquidaba uno de los capítulos más sombríos y terribles de su historia.

Pocas veces, en verdad, una buena ocurrencia tuvo tan extraños resultados. Creedlo.

Para instruir y orientar a una mayoría anticatólica sobre la situación religiosa de Méjico, se contrataban los servicios de un creyente, de un hombre de talento y de un psicólogo. Y Graham Greene era todo eso y algo más aún antes de haber nacido. La elección, por tanto, parecía inmejorable.

Pero este superdotado, este producto riguroso de la familia, la Universidad, la Biblioteca, la tertulia y el taxi británicos era, por encima de sus dotes intelectuales y morales, un hombre débil y enfermo.

Un hombre incapaz de afrontar serenamente no digamos los riesgos de una persecución religiosa, cuanto más el simple hallazgo de una nación explosiva, vital y desconcertante como la nuestra.

Graham Greene frente a Méjico no pudo disimular su confusión y su angustia, como lo hicieron otrora D. H. Lawrence y Aldous Huxley: aquél, emplumando una serpiente increíble con técnicas freudianas, y éste, refugiándose en su heredada pedantería. (*La serpiente emplumada* y *Beyond the Mexique Bay*, respectivamente.) Graham Greene, menos fuerte que sus compatriotas, se sintió abatido por la vorágine; se dejó arrastrar por las apariencias, hasta quedarse solo con su ceguera y su resentimiento.

Su viaje a Méjico fué, en última instancia, la aventura de un niño genial perdido en la selva, y su libro—*Caminos sin Ley*—, una

autobiografía desmadejada y parcial, una relación de amarguras personales...

* * *

Caminos sin Ley (1), como su variante novelada *El Poder y la Gloria*, han sido consideradas por ciertas minorías como dos obras maestras.

Algunos, más audaces aún, han creído deducir de ellas una especie de ensayo interpretativo de la religiosidad primaria e insuficiente de los pueblos hispanoamericanos. Tales exageraciones—sin embargo—pueden disculparse muy fácilmente.

Lo que no tiene disculpa alguna es el ponderar la obra literaria de Graham Greene, como si se tratase de un instrumento preconcebido de propaganda religiosa. Ni *Caminos sin Ley*, ni *El Poder y la Gloria*, ni el drama *El cuarto de estar*, son libros ortodoxos de toda ortodoxia, ni su autor es, ni ha sido, secretario de propaganda y apostolado de la Acción Católica británica.

No sabemos hasta qué punto tales libros—complejos, difíciles, contradictorios—puedan servir para inducir a la fe a un no católico sin taras psicológicas especiales y para reafirmar en la fe a un creyente mondo y lirondo.

Graham Greene escribe, en todo caso, porque le da la gana, porque sabe hacerlo y porque tiene en su entretela muchas fobias que contar y muchas cuestiones insolubles. El es un católico, siempre en "el filo de la navaja", haciendo equilibrios conmovedores para no caer en la nada, por una parte, y en la desesperación, por la otra; un católico agonizante, que se sostiene por la gracia, que lo ha convertido una vez, pero sin transfigurarlo en absoluto.

Claro está que ni los príncipes de la Iglesia, ni sus presbíteros, ni sus frailes, ni Graham Greene, ni nosotros—por supuesto—somos católicos de una sola pieza y de una vez por todas. Todos vivimos entre la contrición y la duda, en el pecado y en la esperanza. Pero nosotros—los creyentes—, a diferencia de los demás, podemos superar nuestra agonía, sometiéndonos al imperio de la gracia, buscándola y encontrándola mil veces en la comunión, en la caridad, en el sacrificio sin condiciones.

Graham Greene prueba esas cosas también, y las dice más para los escépticos que para los crédulos, más para los intelectuales como él que para los humildes, más para los anormales y los enfermos que para los que viven más allá del psiquíatra y el manicomio.

---

(1) Graham Greene: *Caminos sin Ley*. Ediciones Criterio. Buenos Aires, 1953.

El, con Bernanos, con Papini, con Mauriac, escribe "para la canalla", como diría León Bloy; no para los usufructuarios de una paz inmutable.

Sea dicho todo eso como homenaje al escritor inglés.

Siendo innumerables los caminos que conducen a Roma, es de suponer que Graham Greene ha abierto uno—lleno de baches y de sombras—para que circulen por él muchos católicos y muchos descreídos. Muchos habrá que, buscando a Dios, se sientan retratados en la logomaquia, en el deambular sonambúlico y asfixiante de algún personaje de Greene. Muchos habrá también, católicos sin amarras particularmente, que verán en el cura de *El Poder y la Gloria* la réplica exacta de su espíritu atormentado y de su precaria esperanza. Aquéllos conversos y éstos creyentes; los últimos, según nuestra humana sabiduría, serán probablemente los primeros, según el juicio inapelable.

No tratamos de disminuir ni la buena fe de Graham Greene ni la calidad de su obra literaria.

Nuestro propósito consiste más bien en poner en guardia a los admiradores del escritor inglés frente a sus propios excesos, y a los católicos que nos leen frente a los excesos de un libro de Graham Greene.

Caminos sin Ley, cuya traducción argentina manejamos, ha sido publicado por una Editorial católica, para ser leído por católicos especialmente.

Bien. Si con ese libro—ilustrado a discreción—sus editores esperaban aleccionar a los lectores de habla española sobre la vida y la muerte de los católicos mejicanos, nosotros afirmamos formalmente que se han engañado.

Caminos sin Ley no sólo denigra a Méjico, sino que menoscaba la obra apostólica y publicitaria emprendida por Ediciones Criterio.

Más aún. No creemos que se haya escrito, ni por las izquierdas ni por las derechas, ni por los católicos ni por los comunistas, un libro alusivo al problema religioso de Méjico tan discutible e injusto como el que los publicistas argentinos han traducido a todo papel y a toda tinta.

Caminos sin Ley es un fraude. Se concibió en principio como una crónica objetiva o tendenciosa—si se quiere—sobre la situación religiosa de Chiapas y de Tabasco durante la tiranía de Garrido Canabal. (Esto lo asegura el propio Greene en su advertencia preliminar a la tercera edición inglesa.)

Pues bien: el lector, así orientado, espera una relación de sucesos reales y de testimonios autorizados. Espera inclusive una inter-

pretación general del problema religioso mejicano, favorable o desfavorable a los católicos. Se esperan consecuencias y deducciones. Se espera, en fin, la voz del testigo señalando la injusticia, la verdad o la mentira, la razón del caído y la coartada del verdugo.

Se espera en vano todo eso porque *Caminos sin Ley* es la historia del pánico gratuito, de la decepción, de la soledad, de la disentería y del odio de un hombre enfermo que se llama Graham Greene.

Los nombres, las fechas, los sucesos, los paisajes, apenas cuentan ahí, nada importan, sino el rejuego interior, el miedo y hasta el odio—confesado paladinamente—que Greene profesa hacia Méjico, hacia su pueblo y su cultura.

Tiene ojos y no ve, oídos y no oye; olvida hasta la caridad elemental de un cristiano. No se atreve a superar, a comprender el silencio y la amargura de ese pueblo al que odia.

El rostro moreno de un indio, la carcajada de un mestizo, el resentimiento de un criollo, lo enervan, le conducen a la histeria y el desvarío.

Graham Greene se siente amenazado, perseguido por sus hermanos en la fe. Huye de los mejicanos. Sus oráculos, sus protectores, sus guías, no son ni las víctimas ni los perros de presa, sino europeos como él, alemanes, noruegos, aventureros instalados en la maleza, que desprecian a Méjico y aguardan tan sólo la retirada final.

Caminos sin Ley es el disparate de un hombre extraordinario.

Graham Greene nunca comprenderá a los mejicanos como nosotros, en cambio, lo comprendemos a él. El no sabe perdonar como nosotros perdonamos...

EDMUNDO MEOUCHI M.

LA EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES

Por parte de los organizadores había un decidido propósito de que este año la Exposición Nacional de Bellas Artes superase en calidad a todas las anteriores. Se consiguió la participación de artistas (Pancho Cossío, Díaz Caneja, Francisco Mateos, Capuleto, etcétera), que año tras año se habían negado a concurrir; se nombró un Jurado de cierta elasticidad. Se logró, en efecto, elevar el tono. Es indudable que en estos últimos tiempos las cosas han mejorado en el panorama artístico español.

Ahora bien: no tanto como era y es necesario. La elevación de tono se consiguió menos añadiendo lo que faltaba que quitando lo que sobraba. Quitar folklore barato, ejercicios de academia, manierismo, tópicos, está en manos del Jurado. Poner todo lo demás queda exclusivamente en manos de los concursantes. Y éstos no hicieron todo lo que de ellos se esperaba. Algunos se inhibieron todavía; otros hicieron envíos inferiores a sus posibilidades (Francisco Mateos, por ejemplo).

Es curioso lo que ocurre con la Nacional; parece como si el miedo, el encogimiento, acecharan desde las paredes de sus pabellones. Algo de eso es realmente así. Por una parte, el Jurado cohibe siempre. (Este año, el Jurado no acababa de estar del todo limpio.) Por otra parte, imponen el público... y la compañía. En aquel ambiente, la menor novedad suena a locura. Es la tradición; una pesadísima tradición de muchos años.

En fin, que hay una manera particular de mirar la Nacional y una manera particular de trabajar para la Nacional. Los artistas nuevos no han encontrado aún el modo eficaz de instalarse en ella. Claro que es pronto aún; dos únicas oportunidades: ésta y la anterior. Tienen que ir (y el público también, y los Jurados) habituándose.

Unas 420 obras integraron la sección de pintura y grabado. Algo más de ciento, la de escultura; cinco proyectos, la de arquitectura. A las treinta y seis medallas reglamentarias fueron añadidas cuatro más, a nuestro juicio, sin razones artísticas suficientes. La Medalla de Honor fué otorgada, por fin, a Vázquez Díaz. He aquí una medalla ganada y sudada a lo largo de muchos años; una medalla que había llegado a convertirse en problema nacional, y que ni siquiera ahora ha podido ser pacíficamente atribuída. Un grupo de contrincantes de Vázquez Díaz la pidió para Anglada Camarasa, que figuraba en la Exposición como invitado de honor, y, por tanto, fuera de concurso. La petición no pudo ser, pues, más improcedente; pero sirvió para caldear los ánimos y para que Vázquez Díaz, vencedor, renunciase a su puesto de académico de Bellas Artes.

De las tres obras presentadas por Vázquez Díaz, señalamos *La cuadrilla de Juan Centeno* y *Don Francisco en su sillón rojo.* La primera puede ir unida, sin notables desventajas, a su galería de toreros; la segunda, sin desventaja alguna, a su colección de retratos, una de las páginas más brillantes de la pintura española de este último siglo.

Francamente, no pensamos que, aparte la imposibilidad reglamentaria, Anglada Camarasa mereciera esta Medalla de Honor.

Otra, tal vez sí; otra, hace, pongamos, cuarenta años. Porque en este número de años, o más, se ha quedado de pasada esta pintura. Pintura escenográfica, que aún en su tiempo tuvo una vigencia muy pasajera, y que hoy sólo puede ser estimada como una curiosidad pictórica.

Fueron muchos los pintores que no acertaron con las obras que debían representarlos; muchos, y de quienes más se esperaba. En Francisco Mateos, ya lo hemos indicado, esto fué especialmente sensible. Tenía que haber habido para él, casi sin dudas, alguna medalla; pero él hizo lo menos posible por su parte. Lo mismo podríamos decir de Arias y de Alvaro Delgado. Y de Gregorio Prieto, a pesar de su galardón.

Otros, sorprendieron. Entre ellos, Agustín Redondela, que logró dos de los mejores paisajes de su vida. Redondela se había propuesto acometer obras de más empeño, se había propuesto superar su etapa anterior, y es indudable que empezó a conseguirlo. Juan Guillermo y Martínez Novillo también han comenzado con fortuna una fase nueva, que encierra grandes posibilidades.

Guijarro, Menchu Gal, María Paz Jiménez, Daniel Conejo y Francisco Carretero se afianzaron notablemente. Los dos paisajes de este último eran realmente magníficos. ¿Es que no es hora todavía de que se conceda a Carretero una modesta medalla de tercera?

Entre otras, dos promesas al parecer firmes: el panameño Justo Fabio Arosemena y el joven vasco Néstor Basterrechea, cuyo *San Martín de Tours* era, casi inexplicablemente, una de las obras más interesantes e importantes de la Exposición.

Una vez vista la sección de pintura, es necesario salir al exterior y pasar al Palacio de Cristal, en donde se albergan la escultura, la arquitectura, el grabado, la acuarela, el dibujo. Por lo general, al salir del pabellón de la pintura se considera prácticamente acabada la Exposición; lo demás es un aditamento más bien innecesario. Así, en otras ocasiones, y así, este año.

La escultura española no acabó de salir, en conjunto, de su punto muerto. Empezó a esforzarse por salir, eso es verdad. Pero aún se halla embarrancada. Quien dió un salto gigantesco fué Cristino Mallo. El gran tamaño no supuso obstáculo para él. Consiguió verter en gran molde la extraordinaria maestría de sus piezas minúsculas. Amplió, pues, de escala su maestría. Logró una obra espléndida, en la que los volúmenes venían apretando desde el interior hasta ganar su entidad espacial.

Antonio Cano Correa (otra primera medalla con su *San Martín)* nos pareció excesivamente aferrado a modelos italianos renacentis-

tas: a Ghiberti, entre otros. En cambio, Rafael Sanz, más libre de estos u otros modelos italianos, a los que también ha seguido hasta ahora, obtuvo un *Relieve* más personal; no todo lo personal aún que fuera de desear, pero grato y de armonía más propia.

Antonio Failde, con dos grupos de personajes, dispuestos, según su manera habitual, en forma de capiteles arcaicos; Benjamín Mustieles, Pilar Calvo, José Luis Sánchez, con una cabeza de niño y una *Niña* sentada muy sentidas; Susana C. Polac, con dos *Figuras en movimiento,* resueltas con justeza y sencillez; José Luis Núñez, con un *Torso;* Pablo Coronado, con *Torero,* y algunos otros, muy pocos, marcaban punto de interés. Y, por supuesto, José Planes, que está volviendo a la frescura de la juventud.

En cambio, una segunda medalla, Manuel Echegoyan, y una tercera, Rafael Huerta, nos parecieron carentes de interés. En el primero, demasiado Laviada; en el segundo, demasiado énfasis. Y desde ahí todo iba bajando, hasta perderse en la penumbra característica de nuestra escultura. ¿Dónde están los llamados a levantarla? ¿Dónde está, por citar un solo nombre, Angel Ferrant?

En el grabado, el panorama era aún peor. ¿No va a haber redención para nuestro grabado? Casi los mismos temas, los mismos procedimientos, los mismos convencionalismos de hace cincuenta años. Cualquier primor de oficio o cualquier finura técnica de posible existencia se perdían en esta balsa inerte de rutina.

La primera medalla de arquitectura nos pareció justamente concedida a Agustín Aguirre, cuyos dos proyectos de bloques de viviendas señalaban el punto a partir del cual debe empezar a ser concebida la arquitectura de hoy.

Los dibujantes y acuarelistas tampoco se propusieron, al parecer, sobresalir. Destacaron los que necesariamente habían de destacar: Carmen Vives, Pedro Mozos, Javier Clavo, Rafael Pena, Alvaro Delgado, Ramón Vázquez Molezún, Arturo Peyrot, Fernando Higueras... Pero no porque se esforzaran. Si esta Exposición Nacional no alcanzó la altura propuesta fué culpa, ante todo, de los concurrentes. La puerta fué entreabierta; faltó empujarla con brío y con ganas.

LUIS CASTILLO

"Con la presente obra (1)—dice en su introducción el alemán A. R. L. Gurland—, el Instituto de Ciencias Políticas de Berlín comienza la publicación de una serie de estudios sobre la estructura del Poder en los sistemas totalitarios." La introducción de Gurland es realmente un ensayo político de alto bordo. En él se pone en claro la importancia extraordinaria que la imprevisión de la ideología oficial tiene para la existencia del régimen comunista. Gurland afirma seguidamente que el problema ideológico constituye la cuestión axial del comunismo, y muestra la esencia del sistema instrumental totalitario, que se aplica enemistosamente contra toda clase de elementos espirituales, pero que trabaja denodadamente por lograr su perfección, trabada siempre en la lucha por el Poder, que debilita las fuerzas políticas del régimen. Por ello, toda disolución ideológica se convierte en el arma más efectiva contra el totalitarismo, pues ataca al Poder totalitario en su talón de Aquiles.

El libro ofrece una copiosa documentación sobre el sistema educativo de la zona soviética alemana. M. G. Lange ha elaborado científicamente todo este material de documentos, informes, libros de texto y otra literatura, siguiendo su propósito de estudiar desde la pedagogía la evolución totalitaria de la Deutsche Demokratische Republik.

El sistema educacional de la zona soviética es, por esencia, distinto a cuantos se utilizan en el mundo libre, entendiendo por tal sistema las orientaciones políticas del Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (S. E. D., o Partido Socialista Unico de Alemania), que aspira a exterminar la ideología del mundo no comunista, y también la acción de ingenuos pedagogos que trastruecan todo orden de valores éticos, morales y educativos con objeto de adecuar la educación a los últimos fines del totalitarismo.

Los métodos actuales de la pedagogía soviética en Alemania están en consonancia con el proceso histórico sufrido por la zona ocupada a raíz de la terminación de la última guerra mundial. La situación posbélica dió oportunidad a las jerarquías comunistas para plantear elegantemente una "reforma escolar", reforma que no sólo no encontró resistencia en los círculos docentes, sino que halló ayuda y aprobación casi generales. Esta reforma tendía ladinamente

---

(1) M. G. Lange: *Totalitäre Erziehung. Das Erziehungssystem der Sowjietzone Deutschlands.* Introducción de A. R. L. Gurlands. Editorial de los "Frankfurter Hefte". Francfort, 1954. 432 págs.

a una "democratización" previa de la Universidad y de sus vías de acceso, y supuso para muchos una reacción contra el sistema educacional nacionalsocialista. Lograda esta primera conquista, los soviets (basándose en un bloque democrático formado por elementos liberales, demócratas y socialistas, que desde lustros antes habían sido sus principales enemigos políticos en Alemania) prepararon el terreno para la semilla del comunismo. Así fueron adecuados sus métodos educativos a las características de aquella época de transición. Por esta razón, es tan interesante el estudio del período de transformación porque, en todo caso, muestra claramente el complicado mecanismo de la aproximación a la conquista del Poder por los comunistas. La huella política se hizo pronto patente. Los pedagogos del S. E. D. declararon que existía una estrecha relación entre la reforma educacional y la reforma agraria, de un lado, y la expropiación de los criminales de guerra y la creación del famoso "nuevo orden", por otro. Naturalmente, esta toma de actitud se hizo coincidir con la gran campaña propagandística del "imperialismo rojo", implicando además a los miembros del Gobierno rojo alemán en el mito soviético, que habría de tomarse como arquetipo aplicable por entero a la D. D. R.

Los sistemas educativos sufrieron esta imposición, acordándose oficialmente que las normas rusas fueran aplicadas inmediatamente en la zona soviética, pasando la educación a formar parte no ya solamente de los planes políticosociales del Poder, sino que fueron incluídos, según el modelo de la U. R. R. S., en los planes económicos quinquenales que, sin pérdida de tiempo, fueron puestos en marcha. El lector de este interesantísimo libro recibe información de cuestiones tan significativas como el "Poder dirigido", la destrucción de todo cuanto signifique libertad y la imposibilidad de toda comunicación con el mundo exterior que no fuese apta para su conocimiento. Hombres que han sido ganados para una "actitud consciente" sobre la base de un Poder "dirigido", creen que obran según planes científicos cuando acumulan víctima sobre víctima. Estos hombres están dispuestos a considerar a los amos del Poder no como poderosos, sino como instrumentos de un proceso científico universalmente reconocido, como funcionarios en un determinado círculo de aspiraciones científicas. Impartida a través de una *Weltanschauung* científica, la educación que lleva a la "acción consciente" se manifiesta como un complemento valiosísimo de la planificación vital al servicio del orden político imperante. Esta educación camufla la humillación de la esclavitud espiritual a un orden burocrático y mecanizado, y permite al pobre hombre subalterno vivir

de la ilusión de que actúa libremente, no siendo sino esclavo de una "actitud consciente" artificial.

Como ejemplo de estos métodos educativos salta al primer plano de este libro el forzamiento de los sistemas escolares en su lucha contra la Religión. Siguiendo siempre los arquetipos soviéticos, se elimina toda posibilidad de acceso a cuestiones metafísicas. Para ello se cuida muy bien de que no sólo los alumnos, sino incluso los profesores carezcan de toda clase de información y de documentación no controladas. De esta forma se consigue la implantación de un monopolio de opiniones que, con ayuda de las revistas, prensa y radio dirigidas, van formando la opinión pública. Se llega incluso al caso de que a especialistas de la lingüística o de la literatura se les niegue el acceso a obras originarias de mundos no totalitarios.

Totalitäre Erziehung estudia detenidamente los principios didácticos de la enseñanza germanosoviética. "El profesorado de la S. B. Z., o zona de Ocupación Soviética, tiene además otra misión que cumplir: han de crear en el niño una tal conciencia de acción y una tal imagen del mundo, que produzcan los efectos deseados por el Poder político. Lo que la escuela soviética tiene de enseñanza consiste en lo siguiente:

1. Obligación de acomodarse a un sistema dirigido del saber.
2. Educación de la voluntad en dedicaciones orientadas por el Estado.
3. Destrucción de toda posible independencia del pensar científico.
4. Inhibición de la voluntad sociológica.

Porque el sistema totalitario de la zona soviética no tolera junto a la autoridad del Estado influencia alguna de los sistemas culturales (ciencia, arte, religión, etc.) o la existencia de grupos sociales independientes."

ENRIQUE CASAMAYOR

LA NOVELA HISPANOAMERICANA. CRITICA Y CRITICOS

A mediados del pasado año apareció en Madrid el libro del escritor peruano Luis Alberto Sánchez, *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (1). Este estudio ha tenido, pues, tiem-

(1) Luis Alberto Sánchez: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Edit. Gredos. Madrid, 1953. 664 páginas.

po suficiente para llegar a manos de quienes se interesen por el tema y ser juzgado por ellos. Yo mismo me ocupé en otro lugar, y a su tiempo, de señalar su salida. Me parecía importante poder contar con un trabajo tan minucioso y a la vez tan amplio sobre la novela americana, como prometía ser éste. Importante, sobre todo, para quienes de este lado del Atlántico se interesan, de uno u otro modo, por aquélla. De entonces a hoy, a pesar del poco tiempo transcurrido, han soplado vientos diversos sobre el libro en cuestión, y no todos tan optimistas como el de la simple noticia con que me hice eco de su aparición.

Apunté entonces, en el espacio de unas breves líneas, lo que me pareció virtud fundamental del *Proceso*: contener una amplia propuesta de temas y puntos de vista, en muchas ocasiones verdaderamente sugerentes. También señalé su defecto: el desarrollo del libro, a base de infinidad de divisiones genéricas y subdivisiones, entorpecía, naturalmente, la continuidad y la jugosidad de su lectura y obligaba a reiteraciones forzosas no totalmente justificadas, porque, en suma, las grandes obras individuales que la novelística hispanoamericana ha producido son tan difícilmente apresables en redes clasificatorias como las de cualquier otra literatura. Ambas notas siguen siendo, para mí, la virtud y el defecto característicos de este extenso ensayo.

En él reúne Sánchez el resultado de bastantes años de dedicación al tema, como explica en unas pocas palabras introductorias. Ya en el año 1933 vió la luz, en Lima, su *América, novela sin novelistas*, donde se contenían los principales supuestos críticos que ha reiterado ahora. "Aún no tenemos una novelística, así como aún no tenemos un teatro... Hay una novela francesa y hay una novela rusa, pero no hay todavía una novela argentina. Hay una novela inglesa y una cuasi novela yanqui, pero no existe todavía una novela mejicana... América comienza ya a ser pasto de novelistas, es decir, a parir novelas a costa de su Novela, de su gran Novela, esencial y definidora." Para el profesor peruano, la abundancia temática sobrepasa en rigor al número de los grandes creadores de novela americana desde la época de la colonia. América, como mundo novelesco, como mundo capaz de ser narrado, como paisaje y aventura, como naturaleza y tipología humana, desborda aún—sobreabundante de motivos—lo que sus novelistas han podido captar, hasta hoy, de ella. Creo, efectivamente, que alguno de los más genuinos creadores de la novela americana puede dar ejemplo del poder desbordante del objeto que la novela trata de "apresar". Tal es, a mi modo de ver, el caso de José Eustasio Rivera o

el de Ciro Alegría, por citar dos ejemplos bastante conocidos, creo, para el lector peninsular. Tal vez sea ésta una de las notas que dé más singular carácter a la novela hispanoamericana, lo que la peculiarice más y la haga ser, en suma, a pesar de todos los influjos que tan intensamente han soplado desde el viejo Continente, ella misma.

Por otra parte, señala de nuevo Sánchez lo tardío de la novelística americana. La novela americana es cosa que empieza a cumplirse, con caracteres verdaderamente definitorios, andando el siglo XX. Sólo ahora, es decir, desde hace escaso tiempo, si se piensa en lo lentamente que llega a formarse con rasgos propios una tradición literaria, estamos asistiendo al nacimiento de una verdadera novela americana. "América—concluye el escritor peruano—novela sin novelistas, empieza a integrar aquélla y a tener éstos..." Ya Henríquez Ureña, que conoció como nadie la realidad literaria de su Continente, había escrito: "Cuando se recorre la historia literaria de la América española, se advierte en seguida que la novela tiene escaso florecimiento y que su aparición es tardía... El año 1926 hace pensar que se inicia una nueva era para la literatura de imaginación en América con el éxito fulminante y simultáneo de unos cuantos libros en Buenos Aires: a la cabeza, el poderoso *Don Segundo Sombra,* de Güiraldes, y el *Zogoibi,* de Larreta" (2).

La época colonial carece de novela. Durante tres siglos América guarda inédita su novela. ¿Es posible que este hecho venga determinado tan sólo por la prohibición legal de que circulasen allí, entre españoles o indios, *libros de romances* e *historias fingidas?* A pesar de tales prohibiciones, el tráfico de libros de imaginación durante la colonia es bastante intenso y, probablemente, debió de realizarse en condiciones sólo de *relativa clandestinidad.* La imaginación de los coloniales estaba, pues, alimentada literariamente por obras de ficción. Sin embargo, no se produce este tipo de creación entre ellos, mientras abundan los versos y la historia. Indudablemente debieron de pesar en este hecho las razones prácticas ya aludidas; pero, tal vez, habrían sido desbordadas de no existir razones más profundas en la estructura misma del ánimo de los hombres de la colonia. Hacia esas razones se arriesga Sánchez a apuntar. La imaginación del conquistador y del colonizador se consumó en la *acción,* una acción que sobrepujaba en mucho toda posible *recreación literaria.* "No se requerían invenciones—escribe Sánchez—;

(2) *Apuntaciones sobre la novela de América,* 1927, recogido en "Ensayos en busca de nuestra expresión". Buenos Aires, 1952, págs. 60-73.

ellas quedaban por cuenta de la vida cotidiana. Las épocas de descubrimientos y revelaciones son así: conviven con el prodigio, poseen esa ventaja intransferible e irrenunciable, les bastan sus propios elementos naturales; nuestra colonia fué así."

Después de la independencia, la novela empieza a crecer lentamente. Tampoco puede hablarse de una novelística americana en el siglo XIX. Hay un lento proceso de formación, desigual y entorpecido por una serie de razones, entre otras, dificultades de tipo editorial, como explica Henríquez Ureña. La fecha que éste señala como comienzo de una nueva etapa novelística, que se anuncia verdaderamente importante, es bien tarda. Lo curioso es que apenas la tradición novelística americana empieza a configurarse de modo real y con caracteres visiblemente propios, América se entrega totalmente a la novela. De tal manera que el género tanto tiempo ausente viene a ser su expresión más compleja y reveladora.

Este simple esquema del desarrollo de la novela en la América hispana, hecho al hilo de los puntos de partida de su *Proceso y contenido...*, puede dar idea de la abundancia de problemas extraordinariamente interesantes que su estudio puede ofrecer. Sánchez elabora el suyo desde dos aspectos: el aspecto *genético*—aparición y desarrollo del género—y el aspecto *temático*—asuntos y motivos—. En cada uno de sus capítulos hay siempre algún problema central sugerentemente señalado. Naturalmente, las respuestas que el escritor peruano da pueden ser muy discutibles, como él mismo no sólo admite, sino desea. Precisamente el interés de una obra de tan marcada intención ensayística como ésta, está repartido—igual por igual—, tanto en lo discutible de sus opiniones como en lo que de objetivamente acertado haya en ellas.

Sin embargo, contradice su estructura, como ensayo, la gran cantidad de casilleros y apartados establecidos. Este tipo de fronteras son siempre, inevitablemente, artificiales y obligan, en muchos casos, a distinciones un poco gratuitas. Además, las clasificaciones temáticas son especialmente peligrosas. El mismo autor declara en varios lugares la imposibilidad de la tarea que, sin embargo, arrostra. Es prácticamente imposible reducir a una etiqueta temática una gran novela. Por eso aquí encontramos, una y otra vez, en distintos apartados, determinadas obras—casi todas las verdaderamente significativas—tratadas fragmentariamente o desde puntos de vista parciales, quedándonos, en cambio, sin un juicio unitario sobre cada una. Claro que esto está compensado, en parte, por el hecho de reunir así un catálogo de los temas fundamentales que han ocupado el interés de la novelística hispanoamericana desde sus prime-

ros brotes. Digo en parte, porque todo lo que aproxime este libro a un catálogo creo que desvirtúa la intención originaria con que ha sido concebido, según lo que su autor nos dice de él.

Catalogatorio ha sido el examen a que lo ha sometido el profesor chileno Ricardo A. Latcham, en la revista *Correo Literario* (3). Quien desee alguna referencia sobre el señor Latcham, puede buscarla en el mismo libro que comento, donde Sánchez ha escrito, discretamente: "Ricardo A. Latcham, cuya perspicacia crítica corre parejas con su amplia documentación en muchas materias, escribió una biografía del caudillo *Manuel Rodríguez* (Ed. Nascimento, Santiago, 1929), en donde predominan el historiador y el crítico sobre el novelista, aunque la pasión y el buen estilo revistan de tono literario buena parte de la obra" (pág. 424). Pues bien: Ricardo A. Latcham ha hecho uso de su perspicacia y de su documentación, sobre todo de su documentación, en una crítica recientemente publicada sobre el libro de Luis Alberto Sánchez. Latcham ha señalado en *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* una larga serie de errores. La casi totalidad de éstos es de carácter datístico, y sólo una reducida minoría se refiere al criterio con que haya sido enfocada una cuestión concreta. Creo que si estos errores existen conviene señalarlos, pero compensados por todo lo valedero que en el libro en cuestión puede haber, a no ser que se lo desestime totalmente. Si, como hace Latcham, se ocupan casi dos páginas de una revista en resumir errores—algunos bastante rebuscados, como veremos en seguida—, y la alusión a los méritos se reduce a tres líneas que más parecen concesión cortés que otra cosa, la visión de la obra que el crítico ofrece es a todas luces injusta.

Los errores reunidos por Latcham son de tres tipos: fechas de edición inexactas, atribuciones equivocadas y juicios críticos desechables.

Con respecto a los dos primeros tipos de errores hay que aclarar que Latcham es exacto, pero sólo de modo relativo. Así, por ejemplo, es cierto, como dice, que en la página 249 se asigna como año de publicación de la novela *Juana Lucero*, de Augusto D'Halmar, el de 1909, cosa que le parece gravísima. Pero no es menos cierto que en la página 271, la fecha de la primera edición de esta novela se da con toda exactitud—año 1902—, cosa que Latcham no advierte, aunque es raro que a una lectura tan minuciosa como la suya haya escapado este dato que bien puede hacernos suponer que el primero es una simple errata.

---

(3) *Correo Literario*, 1 diciembre 1953, núm. 85.

Lo mismo sucede cuando apunta la atribución a "Fray Mocho" de *Silbidos de un vago*, en la página 52, sin indicar que en la página 252 esta obra aparece adjudicada a su verdadero autor, Eugenio Cambaceres.

De un párrafo poco claro, incluído en la página 562, Latcham concluye que el lector no informado puede creer que *El indio* es obra de Eduardo Luquín, sin aclarar que en esa misma página se escribe, sin posibilidad de equívoco: "López y Fuentes, como a menudo Azuela, trata de demostrar un enunciado en *El indio*"... Por otra parte, antes de llegar aquí, el lector ha tenido que pasar por la página 521, donde, también con absoluta claridad, se señala la autoría de López y Fuentes y la fecha exacta de la obra: "... *El indio* (novela mexicana, Premio Nacional de Literatura 1935, 3.ª edición. Botas, México, 1945. 294 págs.), de Gregorio López y Fuentes"...

Yo no sé si es muy grave trabucar el título de la novela de Barros Grez y denominarla *Pelucones y Pipiolos*—error que señala Latcham—. Pero de señalar esto también convendría advertir que el título aparece correctamente ordenado en la página 143, donde se la nombra con exactitud: *Pipiolos y Pelucones.*

Creo que la crítica datística de Latcham no ha sido en esta ocasión muy imparcial, ya que parte de los errores que señala pueden ser simples erratas—como hemos visto—o, en todo caso, no son plenos, ya que en la misma obra enjuiciada aparecen rectificados. Me parece que este hecho debía haber sido claramente señalado por el profesor chileno; así su crítica ganaría en objetividad, y, por tanto, en altura y autoridad.

Por lo que respecta al libro, creo que estas faltas pueden haber sido originadas por no haber sido sometido, tal vez, a una última revisión unitaria. En todo caso, las faltas concretas de coherencia datística que en él haya pueden ser fácilmente remediadas y, desde luego, es de desear que así sea.

Lo verdaderamente interesante habría sido que Latcham hubiese afrontado las posiciones centrales de Sánchez o su criterio sobre problemas determinados. Pero rara vez hace esto el minucioso rectificador, y aquí es donde su crítica es más débil.

Sánchez no afirma, por ejemplo—como dice Latcham—, que Echeverría iniciase el naturalismo antes que la Escuela de Medán. Habla, tan sólo, de una especie de producto *prenaturalista*—cosa que no me parece nada disparatada—a propósito de *El matadero.*

Tampoco niega Sánchez la influencia ejercida en la novela his-

panoamericana por Kipling y por London; antes bien, la afirma repetidas veces. No sé por qué Latcham ha de deducir de la indicación de un cierto carácter peculiar en los relatos de perros de algunos escritores, como Ciro Alegría, que aquella influencia se niega.

Latcham se indigna porque Sánchez disminuye la *aureola poética* de *Chilenos del mar*, de Mariano Latorre, en beneficio de la de los relatos marineros de D'Halmar. En realidad, lo que se entiende en el texto es que la figura de Latorre—no su novela—carece de los perfiles fantásticos que dió a la suya D'Halmar, a quien se pinta en Valparaíso casi encarnando a sus propios personajes, y oyéndose llamar *almirante* y *maestro*. Por otra parte, entresacar y plantear esta cuestión de la "aureola", me parece bastante pueril.

Creo que los aspectos más fructíferos de una posible crítica al libro de Sánchez no han sido tocados por Latcham o han sido sólo vagamente aludidos, como sólo ha sido vaga y brevemente aludido lo que de aprovechable hay en su trabajo.

Luis Alberto Sánchez ha contestado a este examen, si bien de modo general y no pormenorizado, en las mismas páginas de *Correo Literario* (4). Pero su contestación no ha tenido muy buena fortuna, ya que la dirección de *Correo* la ha insertado precedida de una nota en que se toma partido por Latcham. Creo que lo correcto, por parte de la dirección de la revista, habría sido dar la contestación de Sánchez limpiamente y sin chafarla de antemano. Suponemos a los lectores de *Correo Literario* lo suficientemente perspicaces para juzgar por sí mismos el valor de cada una de las argumentaciones en pugna. Es posible que sea este hecho lo que haya motivado la reciente reinserción de la contestación del escritor peruano en las páginas de otra revista y la contrarréplica del chileno, nuevamente en *Correo Literario* (5).

Estos son los datos más importantes que podemos ofrecer a nuestros lectores sobre este libro interesante y discutible, antes que se cumpla un año de su aparición.

El destino de los libros—desde su elaboración a su éxito o desgracia—depende de circunstancias muy complejas. *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* cuenta ya, en este sentido, con una intensa biografía.

JOSÉ ANGEL VALENTE

---

(4) *Correo Literario*, 1 febrero 1954, núm. 89.

(5) *Cuadernos del Congreso por la libertad de la Cultura*. París, marzo-abril 1954. *Correo Literario*, segunda época, núm. 2. Junio 1954.

HUMANO Y EXCELENTE

Hay libros que sorprenden no por inesperados, sino precisamente porque, de algún modo indefinible, los esperábamos. En esta espera había una voluntad, un deseo de que el autor, el poeta, recobrase una vena que habíamos visto brotar en él, anunciarse con mayor o menor decisión, y que nos parecía inexplicablemente agotada, desviada al menos. Así con este libro que acaba de darnos Vicente Aleixandre (1), en el que volvemos a encontrar (y con qué definida claridad) aquello que echábamos de menos en su obra más reciente. No creo necesario detenerme para aclarar que todo lo dicho procede de una opinión personal, de un gusto determinado, de un sentido de la poesía que otros juzgarán incierto; pero ¿qué otra cosa es la opinión que suscita un libro sino reacción particular, distinta y discutible?

El favor que este libro último hasta hoy tiene en mi opinión no puede suponer desmedro de aquellos otros libros de Aleixandre que lo han precedido de cerca. Una admirable madurez lírica, un perfeccionamiento del menester poético se ha dejado ver, progresivamente, en *Sombra del paraíso, Mundo a solas* y *Nacimiento último*. Sería interpretar puerilmente mi predilección sospechar que esos tres libros que anteceden a esta *Historia del corazón* no son, en muchos aspectos, obras necesarias para llegar a esta que ahora comento. Lo que no deja de ser cierto es que desde *La destrucción o el amor* (libro extraordinario y definitivo) éramos bastantes los que compartíamos con la admiración por la maestría y el poder creador de Aleixandre, una sensación de estancia demasiado larga en lo celeste, que no había terminado tampoco con las bellas pero desarraigadas poesías de ese último nacimiento, que estaba pidiendo, por decirlo así, completarse con esta bellísima narración cordial que ahora leemos.

No se trata aquí de discutir la grandeza de la poesía de Vicente Aleixandre, sino de manifestar preferencias. Dentro de éstas, es un espléndido goce para esa espera y esperanza, que ha colmado el libro más reciente, ver cómo se completan en él aquellos tonos que planteaba el trágico y humanísimo dilema de amar o destruir. Humanísimo, con ineludible superlativo, es este nuevo libro, aparecido hace unas semanas. Descubrimiento—o, mejor, redescubrimiento—de lo humano, que no había desaparecido nunca de su obra entrañable, pero que a veces parecía escaparse, peligrosa-

(1) *Historia del corazón* (208 págs.). Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1954.

mente, hacia zonas demasiado impalpables y etéreas, hacia regiones como anteriores al pecado original, y, por tanto, amenazadas por inexorables nieblas paradisíacas, sin el brillo de la espada de fuego. Aunque esa espada sea como un labio cuando llega la hora.

El poeta maestro que es Vicente Aleixandre vuelve ahora a esta compenetración con lo más entrañable y vital de nuestra naturaleza. Aquí está el corazón haciendo correr la sangre por los cauces del amor, sin encharcamientos, pero con una pasión conmovedora. Versos de amor y de vida, que se inician con el completo ciclo de un bello episodio maravillosamente contado. En muy pocas ocasiones hemos sentido el drama hermosísimo del amor como en esta primera poesía, llena de ardorosa ternura, de clara tristeza verdadera:

Hermoso es el reino del amor,
pero triste es también.
Porque el corazón del amante
triste es en las horas de la soledad,
cuando a su lado mira los ojos queridos
que inaccesibles se posan en las nubes ligeras.
Nació el amante para la dicha,
para la eterna propagación del amor
que de su corazón se expande...

Nada tan difícil como el cumplimiento de este anhelo, de ese destino. La vida en su realidad corriente, cotidiana, inevitable, se interpone, y "todo conspira contra la perduración sin descanso de la llama imposible". Este transitar, este pasar del amor en la amada, está dicho con palabras preciosas por el poeta, que intercala el lance momentáneo en el ambiente duradero:

Aquí el amante contempla
el rostro joven,
el adorado perfil rubio,
el gracioso cuerpo que reposado por un instante en sus brazos descansa.
Viene de lejos y pasa,
pasa siempre.

Un libro que se inicia con poema tan bello: *Como el vilano,* requiere el mantenimiento de un tono que no pueda resbalar hacia la decepción. Peligro evitado en estas poesías, que mantienen una fuerza sin ostensión, una continuidad variada, que hace proseguir la lectura con sostenido entusiasmo, con un deleite clarísimo y constante. Todo está dicho directa y poéticamente a un tiempo. No hay vacilación. Unos poemas podrán ser preferidos; pero por todos ellos pasa ese aire de verdad poética que tan raro se está haciendo en nuestros días.

Aquí surge, una vez más, el problema del poder creador. Ante esta poesía, una vez gustada y gozada su emoción vital, vuelve el lector a preguntarse por qué con los mismos materiales (un amor, un corazón, una alegría o una tristeza) el auténtico poeta alcanza alturas humanas admirables, sin perder el contacto con la carne, la sangre, el tiempo y la angustia, en tanto que el "artista" barato saca solamente una letra de bolero. El fracaso de la teoría psicoanalista sobre el arte está en que no distingue calidades ni puede establecerlas. Sostener que la poesía o cualquier otra creación de arte es una manifestación simbólica de las ansias o urgencias de amor que un creador ve frustrarse por las circunstancias sociales o individuales, no es suficiente explicación. Eso le pasa a cualquiera, y no hace poesía verdadera si no concurren en él otros valores. Herbert Weinstock ha demostrado (aplicándolo a la música) que esa teoría, a pesar de su poderoso cimiento, no consigue explicar cómo el poeta, el músico, llegan a dar a su expresión ese significado perdurable de la circunstancia corriente. La interpretación freudiana no puede decirnos nada sobre la *excelencia* de una obra de arte.

El contenido humano, la fuerza poética, la luminosa verdad que llena en su mayor parte este libro, no pueden ser explicados. Ni aun el propio poeta lograría orientarnos en ello. Lo más que puede hacer es señalarnos su bella dificultad, como nos muestra la dificultad misma del amor, de la vida que no quiere o no puede ser vulgar, aunque el corazón que aquí se cuenta palpite como miles de otros corazones, pero con un ritmo especial que sólo privilegiados oídos aprecian: el del amor sentido por el poeta. Así puede asegurar Vicente Aleixandre:

Todo es difícil. Difícil es el amor.
Más difícil su ausencia. Mas difícil su presencia
o estancia...

A esto sólo podemos añadir: Difícil, sí, pero hermoso, y eso debe bastarnos.

JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN

POLEMICA EN TORNO A LOS AUTORRETRATOS DE CHIRICO

El aire polémico que las críticas prestan a los autorretratos de Giorgio de Chirico, en la reciente Exposición celebrada en Roma, posee un valor de símbolo.

Cabría decir que la actividad artística del pintor, e incluso la literaria y hasta la social, se hallan en franca guerra. Guerra al "arte modernista", como dice él. Guerra al arte moderno como tal, para ser más exactos.

Tanto en el libro autobiográfico que publicó en 1945 *(Memorie della mia vita)*, como en el titulado la *Commedia dell'Arte*, como en sus ardorosos artículos periodísticos, no ha desperdiciado ocasión para atacar a los pintores de la escuela de París, y a algunos de ellos con especial empeño. Matisse, Braque, Chagall, son para De Chirico los mayores culpables.

Frente al modernismo de estos artistas, el fogoso pintor predica, con gesto de profeta, la vuelta a la pintura antigua. *La mia ammirazione va ai grandi artisti del passato che sono riusciti a salire sulla scala benedetta ed a giungere ad una tanto grande altezza.*

Si los pintores italianos actuales se dejasen convencer por la voz del expeditivo De Chirico y se dedicasen a estudiar, copiándolos, a los grandes maestros del *cinquecento* o del *seicento*, los resultados —dice él—serían prodigiosos. Y augura con acento mesiánico una supuesta redención de la pintura italiana: *Y, sin embargo, un remedio habría. Algo que podría, incluso en pocos años, cambiar completamente el aspecto de la pintura en Italia. Algo que podría dar lugar a que Italia se convirtiese en el único pueblo del mundo en donde se hiciera un arte nuevo: primero, con los melancólicos matices de la convalecencia; después, con la exuberante alegría de la salud reconquistada.*

De Chirico es un buen escritor. Pero ni su habilidad dialéctica ni la elocuencia de párrafos como éste han logrado convertir a un solo pintor italiano. A sus sesenta y seis años, Giorgio de Chirico tiene arrestos, él solo, para hacer frente a todos esos pintores *descarriados.* Porque, todo hay que decirlo, la tenacidad del pintor, la audacia y valentía de su pluma, su gesto altivo de salvador del arte italiano se crecen frente al aislamiento y frente a la crítica, que es, para él, la bestia negra. De Lionello Venturi dice horrores, y del Museo de Arte Moderno de Roma, grita que "sólo sirve para que los cada día más raros visitantes vayan a indignarse o a desternillarse de risa".

En el catálogo de su reciente Exposición, la presentación del pintor ha sido hecha no por un crítico, sino por su propia mujer y colaboradora literaria, Isabella Far. El tono combativo de los escritos de De Chirico alienta también en la prosa de Isabella. He aquí la sencillez con que resuelve el problema de la *incomprensión*, suscitada hoy en Italia por la pintura de su marido: *En mi opinión, la más extraordinaria característica de nuestros críticos de arte es su absoluta y completa incompetencia en cuestiones de arte.*

Naturalmente, será lícito preguntarse cómo reaccionan los ofendidos por la tajante prosa del matrimonio De Chirico. En realidad, la respuesta ya inveterada ante dicterios semejantes es el silencio de los críticos tan agriamente criticados. Se le ignora colectivamente. Los artículos dedicados a su Exposición han sido escasos y lacónicos. Cuando se han ocupado del pintor han comentado sus extravíos casi con benevolencia, sin recoger sus pretensiones combativas. Y se han acercado a su pintura con el melancólico humor con que se saluda al chaleco anticuado o al ya inverosímil perchero de nuestros abuelos. En la *Fiera Letteraria*, un crítico manifestaba así su rotunda inhibición: *Ya en este plan, la crítica de arte no tiene nada que hacer con De Chirico, y la señora Far, consorte del* pictor optimus, *tiene razón al despreciarla. La actual pintura de De Chirico es casi un asunto doméstico: un cierto número de cuadros con horribles marcos barrocos en las paredes de un salón lleno de cortinajes, que da la sensación de una cámara ardiente.*

Sin necesidad de buscar en esta comparación funeraria más explícitas alusiones, es fácil comprender que la pintura italiana actual no cuenta con De Chirico, que tanta gloria le dió hace años.

El hecho mismo de que no quiera concurrir ya al más importante certamen pictórico del mundo, la Bienal de Venecia, demuestra la voluntad del pintor de situarse extramuros del arte contemporáneo. Para no contaminarse, De Chirico, el año 1950, se negó a exponer sus cuadros dentro del recinto de la Bienal; pero con el altivo gesto de quien está dispuesto a dar la batalla a toda costa, no dudó en colgarlos lo más cerca posible, en un salón disidente, como si quisiera llegar en la lucha al cuerpo a cuerpo.

A pesar de todo, no se puede ignorar que en ciertos ambientes se acoge de buen grado la actitud del pintor y que se adquieren sus cuadros a precio de oro. De Chirico, que recibe con longanimidad en su estudio de Piazza di Spagna los domingos al caer de la tarde, se ve rodeado de fieles huestes, a las que complace extraordinariamente escuchar, de los desdeñosos labios del pintor, arengas contra el arte moderno. Y no faltan acontecimientos de la vida

más o menos mundana donde el nombre y las obras del pintor se incluyan como una garantía más de buen tono. En fin, cuando hace pocos años la casa Fiat quiso lanzar el nuevo modelo "Mil cuatrocientos", eligió para inmortalizarlo los pinceles de De Chirico: el cuadro, que recoge uno por uno todos los brillos de la carrocería sobre un paisaje de siglo XVII, es ya una familiar oleografía de los calendarios que pueblan los garajes italianos.

Pero sería inútil venir ahora a decir que De Chirico no sabe pintar. Al pintor que supo hallar hondísimas expresiones de composición plástica, al inventor de aquellas inolvidables arquitecturas solitarias y al armonizador de raras sinfonías de color, el oficio de buen pintor, como el valor al soldado veterano, se le reconoce plenamente.

El visitante que se enfrenta con los treinta y nueve cuadros últimamente expuestos tendría derecho a pedir algo más que una ortodoxa y concienzuda manera de pintar. Pero de pintar, ¿qué cosas?, ¿con qué gusto? Es difícil imaginar que a un hombre de nuestro tiempo le puedan convencer esos autorretratos con disfraz que tanto complacen a De Chirico—había varios en esta Exposición, uno con manto rojo, otro con coraza, un tercero con vestido de terciopelo azul del siglo XVII, etc., a cuál más heroicamente *pompier*—, o las composiciones de frutas y paisaje—enormes peras, rojas manzanas, turgentes uvas en primer plano y un legendario paisaje de cuento al fondo—, o los ovalados retratos de su mujer con ropajes de época, o totalmente envuelta en leopardo, o jugando a insincera figura mitológica.

En conjunto, la postura actual del pintor tiene todo el aspecto de una huída. Huída del tiempo presente, en busca de un pasado superficialmente sentido e imitado. De Chirico se ha querido refugiar, como un humanista—en el fondo lo es, y hablando con él se tiene clarísima esta sensación—, a la sombra de la pintura renacentista y barroca, gloria del arte italiano. En un temperamento como el suyo, que no es sólo de pintor, sino de pintor singularmente culto y de hombre de gran iniciativa, su actitud artística actual no es un fenómeno de raíz primordialmente estética. En su afán aniquilador del arte contemporáneo ha querido enarbolar un estandarte indiscutible; para ello ha elegido la tradición italiana.

Lo que él predica con sus palabras y, sobre todo, con sus cuadros, es un nuevo italianismo pictórico, localizado en el barroco, en el idealismo mitológico y en el viejo esplendor de las formas. Desde este punto de vista, temáticohistórico, De Chirico es un pintor italianísimo, y, como diríamos en español, plenamente castizo. Pero

estas virtudes (que sin duda lo son) las ha buscado por razones negativas, resumibles en la palabra antimodernismo, y, lo que es peor, las ha cultivado en la forma más superficial.

Ahora bien: lo que de verdad ha caracterizado a la gran pintura italiana ha sido la creación y no la imitación; el verdadero y auténtico casticismo de un pintor italiano habría de consistir, tanto y casi más que el de cualquier otro grande y verdadero pintor, en conectarse con los de su raza de una manera dinámica y original. Cuando De Chirico fué el gran pintor metafísico que todos conocieron y admiraron, estaba, en realidad, mucho más cerca de la gran pintura italiana del pasado. No en una cercanía inerte y material como la de ahora, sino espiritual y, por así decirlo, funcional: la de seguir inventando formas y expresiones rigurosamente actuales. Ahora, De Chirico no sólo ha renunciado a inventar, sino que pretende hacer pasar el mimetismo por el único invento posible.

Pero la sensibilidad italiana es, en general, demasiado despierta para entusiasmarse con el casticismo, y ésta es la causa de que De Chirico no interese ya hoy al italiano actual, independientemente de lo que cada uno piense del arte moderno. Para ver lo que De Chirico quiere enseñarles a mediados del siglo XX prefieren asomarse a cualquiera de los nada desprovistos museos que existen en el país.

CONSUELO DE LA GÁNDARA

INTERPRETACION DE LA HISTORIA SUDAMERICANA

Cuando todavía es desgraciadamente general enfocar los estudios históricos desde un punto de vista nacionalista, es interesante y consolador anotar la aparición de trabajos que tratan de generalizar conceptos y descubrir similitudes en la evolución histórica de distintos países. Este es el caso de la obra de Arturo Vilela, aparecida en Bolivia hace pocos meses, y cuyo título es el mismo que encabeza estas líneas.

En ella, en efecto, el autor trata de enfocar desde un punto de vista general todo el proceso histórico de Hispanoamérica. No quiere decir esto, claro es, que se haya alcanzado por completo la meta propuesta; pero bueno es que, junto a las aportaciones en aspectos concretos, olvidados o nuevos, exista también un intento de

síntesis constructiva y generalizadora, que demuestra la sincrónica marcha histórica de los pueblos hispanoamericanos.

La obra viene a sumarse, así, a los vastos proyectos de conjunto que varios historiadores de Hispanoamérica habían venido realizando bajo los auspicios de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, y que ya han dado algunos frutos, tan interesantes como, por ejemplo, los *Ensayos sobre la historia del Nuevo Mundo.*

Sin ánimo, pues, de crítica bibliográfica, sino a título de ejemplo a imitar, damos cuenta de la aparición de la obra de Arturo Vilela por estar situada en una línea orientadora en cuya prolongación podrían llegar a encontrarse no sólo las determinantes de las distintas historias nacionales de los países de Hispanoamérica, sino también los fundamentos de la historia conjunta y general de todo el continente hispanoamericano.

J. D.

UNA BIOGRAFIA NOVELADA: RAMON Y CAJAL

En el brevísimo prólogo que encabeza el libro de Santiago Lorén: *Cajal (Historia de un hombre)* (1), Pedro Laín Entralgo —siempre en feliz magisterio—establece las condiciones que, según él, debe reunir una biografía novelada. Son tres, esencialmente: 1.ª Su relato novelesco deberá respetar cuanto los documentos nos enseñen con certidumbre acerca de la vida humana a que se refiera. Lo que una biografía novelada tiene de *novela* no debe contradecir lo que necesariamente ha de tener de *historia.* 2.ª La porción del relato debida a la imaginación creadora del autor deberá hallarse en relación de fuerte verosimilitud con la porción procedente de la indagación documental. El temperamento y el carácter del biografiado y la situación históricosocial en que vivió son los tres criterios rectores de esa inexcusable verosimilitud. 3.ª El relato habrá de ostentar, en fin, la estructura, el ritmo y el estilo literario propios de una buena novela. Sin ello, la biografía podrá ser instructiva e interesante, mas no será novelada.

La biografía que de don Santiago Ramón y Cajal ha escrito Santiago Lorén cumple perfectamente esas exigencias. Revisada con

(1) Editorial Aedos. Barcelona, 1954.

amor la vida del sabio—no olvidemos que Lorén es, además de novelista, médico—, apoyada esa revisión en amplia base bibliográfica y documental, trasladado todo a su mente, Lorén ha escrito *su novela* de Cajal. En su consciencia, los datos acopiados, los materiales de todo orden, habían alcanzado una tensión de creación propia. Ha construído una novela cuyo argumento estaba ajustadamente trazado desde la primera palabra. Esto, al menos, es lo que parece desprenderse de la lectura. Y es así porque Lorén ha acertado a dar a su biografía una fuerza "revividora" del personaje, para mostrárnoslo a lo largo de su vida; se nos da una visión enamorada y certera de uno de los hombres más importantes de la España moderna.

El niño—que ya conocíamos por el propio Cajal—y el anciano, que tuvimos el honor de conocer, han vuelto a vivir ante nuestros ojos, llenando con su riqueza unas horas nuestras, alentando otra vez para nosotros en las páginas del libro. Quizá nos parezca escaso el lugar que en esta bella biografía se concede a la etapa madrileña de don Santiago. En beneficio de ella podía haberse abreviado en etapas anteriores, en las que nos eran conocidas por los *Recuerdos de mi vida;* la venerable figura de don Santiago Ramón y Cajal, en sus últimos treinta años, tuvo un valor humano excelso: ejemplificaba hasta en lo que creíamos desacertado. Quienes entonces éramos bastante jóvenes, encontrábamos en *El mundo visto a los ochenta años* buenos motivos de disgusto. Pero la reacción que en nosotros provocaba aquella lectura, y no sé por qué curiosas razones, acrecía, en vez de amenguarla, la admiración que sentíamos por su gigantesca figura. De sus descubrimientos científicos apenas sabíamos nada, salvo que se les daba un gran valor por los especialistas de todo el mundo; sus escritos literarios no podían constituir motivo para tan gran admiración. Y, sin embargo, sentíamos por él un profundo respeto.

Creo que los que no podíamos valorarlo como sabio, nos ateníamos a una valoración meramente instintiva, al reconocimiento fervoroso de la alta valía de aquel hombre, que era además un sabio. Esa significación nacional de don Santiago, esa trascendencia de su vida a todas las vidas españolas, se ha dado en muy pocos hombres. En él se dió precisamente en ese tiempo en que ya habían cesado sus aportaciones a la investigación y aun a la enseñanza. Fué por ello una de las ancianidades más fecundas que hayamos podido conocer, incluso más fecunda que otras que permanecían en activo. Y es el reflejo de todo esto lo único que echamos en falta en la biografía de Santiago Lorén. No es reparo grave, puesto que

quizá responda a una necesidad que sólo podemos sentir los que pertenecemos a una generación bastante dispersa y azarosa.

En sus novelas había ya mostrado Lorén la firme desenvoltura de su prosa, su hábil captación del interés del lector, entre otras cualidades más específicamente de novelista. Las dos que mentamos le han sido muy útiles para escribir esta biografía, que supone, por otra parte, un gran avance en su brillante carrera de escritor.

ILDEFONSO-MANUEL GIL

LA POESIA AMOROSA DE MIGUEL GONZALEZ GARCES

A la lacerante llaga abierta de nuestra poesía actual llega Miguel González Garcés con el acento propio y tradicional de su reciente libro *Isla de dos*.

Poeta vocacional, sincero, auténtico, Miguel González Garcés se nos presentó hace años con un libro de versos hondos—*Vibraciones*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1947—, en donde si todavía no había alcanzado un tono valorativo amplio y acusado, evidenciaba aquella poesía, no esa promesa estereotipada y diaria que siempre encuentra el crítico bondadoso en los libros primeros, y sí esa promesa fecunda y verdadera con que, de cuando en cuando, los poetas jóvenes, los que además de ser jóvenes han sido elegidos para desarrollar una obra importante y seria, nos hacen aguardar esperanzados.

El compás de espera que a Miguel González Garcés cumplió someternos ha terminado. De *Vibraciones* a aquí, seis años; y, ahora, esa espléndida muestra de poesía con acento y pleno aliento humano—porque acento y aliento humano son características que saltan en seguida a la vista de sus versos—que constituye el libro que nos ocupa, *Isla de dos*, publicado en digna y sabiamente sobria edición por la Colección Palma.

Vamos a olvidarnos—siquiera sea para hablar con más desenvoltura de *Isla de dos*, su hermana menor—de *Vibraciones*. Hoy, Miguel González Garcés nos envía otro mensaje. Un mensaje claro y diáfano como la dulce y cegadora luz de la mañana. Un mensaje sin truco, sin trampa, sin el bonito cartón pintado de la poesía menor. El mensaje de Miguel González Garcés corresponde de lleno

a nuestra mejor poesía amorosa, a nuestra más tradicional poesía epitalámica. Su isla, dorada y llena de reflejos, es la isla del amor conseguido, la pequeña porción de espacio que el poeta necesita para plantar en ella el feliz receptáculo de su vida amorosa. En un orden de línea poética, Miguel González Garcés puede entroncar, a juzgar por este poema del amor hallado, con la poesía de Salinas, por ejemplo, y por la misma razón que podríamos encontrarle puntos de contacto con los mejores cultivadores de nuestra mejor poesía amatoria de todos los tiempos. Para su bien, Miguel González Garcés no se parece a nadie; se parece a sí mismo. Y acaso por este autoparecido sincero entronque con la línea tradicional antes aludida.

Isla de dos, poema de silenciosas calidades, nos trae una voz original. La originalidad, tras ese acento y ese aliento que decíamos saltaban a la vista en seguida, desde la primera página, es otra característica que se palpa tras la lectura. La originalidad de Miguel González Garcés, tal vez sin él saberlo, sonará muy pronto en los ecos profundos de nuestra lírica. Es una originalidad sencilla, que fluye de "la gracia dimanante"—esa "gracia dimanante", por la que clamaba Juan Ramón en el número sesenta y dos de la revista *Indice*—de su poesía, de una gracia que existe, que se paladea, que aflora a raudales en cada página de *Isla de dos*. Probablemente también sin saberlo el autor, esa originalidad fué conseguida. Miguel González Garcés no habrá corrido tras ella, porque Miguel González Garcés sabe que quien persigue lo original acaba asfixiándose indefectiblemente en las garras nauseabundas de lo rehecho y lo trillado. Como sabe también que, siendo íntimamente tradicional, se pueden andar senderos ignorados, caminos inéditos, parajes insospechados. Nada hay más nuevo que lo que se aborda con el más tradicional de los sentidos; como nada hay más viejo y caduco que lo que se emprende desdeñando lo de atrás por el simple hecho de serlo. El autor de *Isla de dos*, tras un duro aprendizaje, con el que pudo moldear su innegable fuerza creadora, ha sabido, echando mano de lo que puede llegar a constituir todo un sentido de nuestra poesía española, regalarnos con un poema logrado, cuidadosamente pensado e íntimamente sentido. Nada, de otra manera, podía haber hecho dentro de nuestra órbita poética actual.

Sentimiento de ambiente, como también sentimiento de una naturaleza que la circunda, son, en fin, las últimas características de la isla paradisíaca del poeta. Hay una humanidad tierna que se desgaja en imágenes felices y un calor honesto y sincero que ru-

brica la plena consecución de su poético amor. Al concierto de nuestra lírica, a la lacerante llaga abierta de nuestra poesía—como decíamos al empezar—, llega Miguel González Garcés con sus versos tiernos y apasionados, con sabor a poesía de siglos y con un acusado olorcillo a nuestra mejor poesía de hoy.

MARIANO TUDELA

DIALOGOS DE CARMELITAS, EN MADRID

"En la *fase Bernanos*—escribimos en el número 45 de esta revista—, la obra no tiene consistencia dramática." Al hablar de la *fase Bernanos* hacíamos referencia al texto tal como lo dejó Bernanos después de trabajar sobre el guión del P. Bruckberger y Philippe Agostini, que, a su vez, habían trabajado sobre la novelita de Gertrudis von Le Fort *La última en el patíbulo.* "Se trata—afirmábamos—de una serie de motivos dramáticos, ligeramente organizados en una estructura provisional. Parece como un borrador en el que se ha precisado un aspecto: los diálogos. Y más en cuanto a su carga conceptual que en cuanto a su sustancia dramática. El texto de Bernanos me parece pura materia para un drama: posibilidad de un drama. Esta materia, organizada, informada por Marcelle Tassencourt y Albert Beguin, puede haber desembocado, sin duda, en el campo teatral, con una estructura dramática aceptable e incluso notable." Suspendíamos, pues, nuestro juicio hasta la hora en que este drama, que ha sido representado con éxito en varios teatros de Europa, fuera estrenado en Madrid. Confiábamos en el trabajo de Marcelle Tassencourt y Albert Beguin—en su trabajo de dramaturgos—para que *Diálogos de carmelitas* fuera algo más que una serie de apuntes dialogados. (¿Y cómo se ha conservado ese disparatado título? Se trata, sin duda, de un título de carpeta de trabajo, pero en modo alguno de un título de obra literaria. En el Schauspielhaus, de Zurich, se estrenó esta pieza con un buen título: *El miedo y la gracia.)*

Ahora ya tenemos *Diálogos de carmelitas* en Madrid. Como anunciamos entonces, la Compañía Lope de Vega, de José Tamayo, ha traído este estreno a Madrid, donde ha obtenido un gran éxito. La versión castellana es de María Elena Ramos Mejía. Aún hay

más: esta versión ha sido "adaptada a la escena española" por José María Pemán. ¿Y cuál es, a la vista del drama definitivo, nuestra opinión? Tenemos que decir que nuestra esperanza de que el texto de Bernanos fuera estructurado dramáticamente ha sido defraudada. La labor de Marcelle Tassencourt y Albert Beguin—y José María Pemán—ha sido insignificante. Estamos ante el desarticulado texto de Bernanos con ligeras y accidentales modificaciones. Estamos ante un despliegue antidramático de cuadros. Se trata de una pieza dispersa. La acción padece de arritmia. Es evidente que, desde el punto de vista dramático, sobran y faltan cuadros. (El número de cuadros es lo de menos: podía tener más y ser un drama perfecto. Con relación a esto, nuestras ideas son claras. No somos de los que usan torpemente el mote "teatro cinematográfico", aplicándolo, sin más, a todo el teatro desplegado en un número crecido de cuadros. La ortodoxia del drama exige, únicamente, que cada cuadro sea una pieza esencial y desemboque normal y necesariamente en el siguiente, con lo que se produce una línea de acción dramática pura, sin ganga narrativa o descriptiva. No ocurre así en *Diálogos de carmelitas*, que tiene cuadros absolutamente al margen de la pura acción dramática: cuadros descriptivos y documentales, más propios de una novela o de un *film*. Por ejemplo: en un cuadro las monjas cantan una "Salve", *y nada más.)*

Confirmamos, pues, nuestra primera impresión ante los *Diálogos*, de Bernanos. Aquello no era un buen drama—ni pretendía serlo, sino un guión cinematográfico, que tampoco lo era—ni ha cuajado, por las débiles operaciones posteriores, en un buen drama.

Agradecemos a José Tamayo la ocasión que nos ha dado de juzgar esta resonante obra, aunque, desde el punto de vista teatral, no nos guste. Y anotamos aquí la perfección y la gracia del montaje. Aunque en la caracterización de los revolucionarios, a nuestro juicio, se le haya ido la mano.

A. SASTRE

NOTAS APRESURADAS A LA POESIA DE UNA MUJER

1) En el prólogo de las *Poesies Completes*, de Clementina Arderíu (1), Salvador Espríu trae a colación una cita de Robert

(1) Clementina Arderíu: *Poesies Completes*. Editorial Selecta, S. A. Barcelona.

Brooke verdaderamente apropiada a la ocasión. La cita dice así: "Sólo hay tres cosas en el mundo: una es leer poesía, otra es escribir poesía, y la mejor de todas es vivir poesía." Espríu señala cómo Clementina Arderíu ha sabido realizar esa cosa mejor: vivir poéticamente. Y, efectivamente, este apretado volumen que contiene su obra poética es el mejor testimonio de ese vivir la poesía. Por eso, nadie se acerque a la poesía de Clementina Arderíu buscando elaboraciones intelectuales, posturas previas; el que lo hiciera saldría chasqueado. Aquí hay no más que una mujer que canta, que llora, que confía, que espera, que comparte. Aquí hay una mujer con un tesoro entrañable dentro de sí: poesía; que ha sabido atemperar su vida con su poesía, pero, a la vez, su poesía con su vida. ¿Y cabe más maravilloso, mágico descubrimiento que el alma de una mujer ofrecida en versos sencillos, sinceros?

2) Hay que aludir inmediatamente a un fenómeno. ¿Por qué será que las mujeres poetas en España, las más profundas y auténticas, no sólo proceden del litoral, sino que escriben en lengua no castellana? ¿Por qué suelen ser del litoral, aunque escriban en castellano? (Dejo aparte, naturalmente, a Santa Teresa de Jesús.) No me atrevo con el tema, que superaría con mucho mis propósitos de hoy, y donde quizá habría que manejar elementos extraliterarios que requieren una finísima comprobación. Pero ahí queda.

Clementina Arderíu ofrece una poesía donde se conjuga una expresión femenina, tierna, maternal, arrulladora, con un sentimiento de las mismas características, que alcanza en esa expresión una madurez poética espléndida. Frente a tanto caso—me voy a los extremos, a título de ejemplo; no aludo a nadie—de expresión masculina, a fuerza de querer ahondarla y extremarla, de un contenido femenino; frente a esos otros casos de una femenina expresión—a medias falsa, a medias puramente retórica—, de una femineidad reseca o inexistente; frente a la conjunción, en otros casos, de ambos fenómenos, qué consuelo esta poesía, donde la mujer se muestra tal cual es, hasta con esa zona de pudor, que no ofrece a los lectores porque sabe que es de ella única y exclusivamente. Y de Dios.

3) Combinación feliz de ternura, sencillez, sinceridad, esta poesía. No hace mucho escribía Vicente Aleixandre de este libro, y aludía especialmente al poema *El nom.* Este poema pertenece al primer libro de Clementina Arderíu: *Cançons i elegies.* En el poema, esta sencillez, esta ternura, esta sinceridad, hallan ocasión feli-

císima para mostrarse. Desde el arranque, especie de tema que se repite tres veces, de tan agradable audición y expresión terminante:

Clementina em dic,
Clementina em deia,

el poema es una maravilla de descubrimiento de un corazón sencillo a través de versos sencillos:

"Quin nom més bonic!
—deia alguna d'elles—,
pero no t'escau:
és nom de princesa."

Y con esa confesión palpitante, estremecedora:

Cap nom no és tan bell
damunt de la terra
com el que l'amat
em canta a l'orella.

Desde este poema, hasta cualquiera de los que componen *Sempre i ara,* hay una vida. La poesía ha recibido el testimonio de esa vida, la ha vivido. Pero la misma sencillez, la misma ternura, la misma sinceridad. Una mujer que canta, repito. Oigan, lean—es muy breve—uno de estos poemas últimos. Comparen. Hallen la justa igualdad en ellos, cómo las características han ganado madurez, sin perder ni lozanía ni belleza. Dice así el poema, llamado *Mare i infant:*

Es perquè ha estat enamorada
—matins d'ahir—
que té la cara enriolada:
"Feliç de mí,
fruitosa sóc—diu la mirada—
falda i coixí.
Infant, ¿qui sap la melodia
que em portes tu?
Goso tocar-te, i l'alegria
del teu cos nu
dóna a la mà que et retenía
realitat de terra pía
i un cel segur."

4) Poesía tierna, sencilla, sincera. Poesía femenina, llena de gozo y sueño. Hay que añadir: poesía humana. Quizá no hiciera falta decirlo, porque ya estaba dicho al decir lo anterior. Pero no importa repetirlo: poesía humana. De una humanidad total, limpiamente expresada. ¡Qué calma tan intensa, al leer estos versos, en el alma de quien los lee! Porque aquí humanidad no quiere decir sino que el poeta se ofrece, se nos ofrece, con su experiencia,

de la que arranca un amplio y calmante amor, que llega a través del dolor hasta la esperanza, porque siempre ha estado transida de fe. Pero quizá convenga acabar con unas palabras de Salvador Espríu: "... Clementina nos ha enseñado también... que los hombres son gusanos nacidos para formar la mariposa angélica. Nos ha descubierto también, con insistente maternal dulzura, el lugar donde mana la fuente curativa de la esperanza, el pulcro jardín en que brota la fe."

5) *Poesies Completes*, de Clementina Arderíu, es un libro feliz e importante. Quede esto expresado rotundamente, ya que las notas sólo atropelladamente expresan un juicio que quiere ser crítico, y nada dicen de la inefable, hermosa felicidad y calma con que fuí leyendo las páginas del libro; la atención que de mí solicitaban debido a mis dificultades idiomáticas; pero cómo esas dificultades se vencían gracias a la tierna, sincera, sencilla belleza de estos versos. Sea esta nota final un decidido reconocimiento de esas virtudes poéticas del libro y la poesía de Clementina Arderíu.

M. A.

BOLETIN DEL INSTITUTO RIVA-AGÜERO

El Instituto Riva-Agüero, de la Pontificia Universidad Católica del Perú, viene dando pruebas palpables, desde su creación, de una fecunda labor intelectual, desarrollada bajo la acertada dirección de Víctor Andrés Belaúnde.

Un fruto más de ese intenso trabajo viene ahora a demostrar hasta qué punto es útil cualquier labor desarrollada en equipo. Me refiero a la publicación del *Boletín del Instituto*, cuyo primer número, de 648 páginas, ha aparecido hace poco. En él se recoge la obra realizada por el Instituto en los años 1951 y 1952, durante los cuales han venido funcionando los Seminarios de Filosofía, Literatura española, Literatura peruana e Historia, dirigidos, respectivamente, por Enrique Torres Llosa, Luis Jaime Cisneros, Jorge Puccinelli y José Agustín de la Puente Candamo.

Este primer volumen se abre con unas bellas estampas literarias de José de la Riva-Agüero sobre distintos paisajes peruanos. A con-

tinuación, y reflejando las distintas especialidades que cultiva el Instituto, aparecen trabajos de diversas índole y temática, entre las cuales merece especial mención, por su calidad, extensión e importancia, el de Víctor Andrés Belaúnde sobre "La evangelización y la formación de la conciencia nacional en el Perú", en el que se analiza la situación religiosa prehispánica, la obra misional y de catequización realizada por los españoles, tanto por los frailes como por el episcopado; los problemas de la organización parroquial, la labor desarrollada por Santo Toribio de Mogrovejo, la propagación del culto mariano y los problemas generales de las Misiones, tanto en lo referente a la supervivencia y extirpación de las idolatrías como en el aspecto de la organización eclesiástica y los conflictos con el poder civil.

La Literatura está presente en el tomo con una edición anotada de *La Pepa,* comedia de Manuel A. Segura, por Jorge Puccinelli; con un estudio de Luis Jaime Cisneros sobre "La primera Gramática de la lengua general del Perú", y por tres trabajos de Javier Cheesman Jiménez acerca de "La información de Cervantes sobre los poetas del Perú", una nota sobre Cristóbal de Arriaga Alarcón y otra sobre el doctor Figueroa. Además, Abelardo Oquendo publica un estudio sobre un tema de la novela pastoril de Montemayor. Por último, el P. Rubén Vargas Ugarte hace una breve pero interesante aportación al estudio de don Diego de Avalos y Figueroa y su *Miscelánea austral.*

Por lo que se refiere a la Filosofía, dos ensayos merecen atención especial entre los publicados en este primer volumen del *Boletín:* el que versa sobre "La Encíclica *Humani Generis* y la actual situación intelectual del mundo", del padre jesuíta Felipe E. MacGregor, y el muy sugestivo de Alberto Wagner de Reyna sobre "El problema de la muerte".

A propósito he dejado para el final el comentario relativo a los estudios históricos insertos en el *Boletín.* Se trata de un solo trabajo de investigación bibliográfica, que han desarrollado, bajo la dirección de José Agustín de la Puente, los miembros del Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero. Dicha investigación versa sobre "San Martín en la bibliografía peruana". En tres apartados —Testimonios, Referencias e Indices—está dividido el trabajo, que comprende cerca de seiscientas fichas, en las que están clasificados otros tantos impresos de distinta índole, pero siempre peruanos, referentes a José de San Martín. El resultado de todo ello ha sido una excelente obra de inefable valor y obligada consulta para los historiadores, ya que en ella se hace una compilación de las fuen-

tes dispersas, a través de las cuales se podrá obtener la versión peruana sobre el general San Martín.

Una sección de documentos y otra, muy nutrida, de recensiones bibliográficas, completan este volumen, que se cierra con unas páginas de crónica dedicadas a resumir las actividades intelectuales del Instituto Riva-Agüero, al cual es justo felicitar por esta nueva publicación.

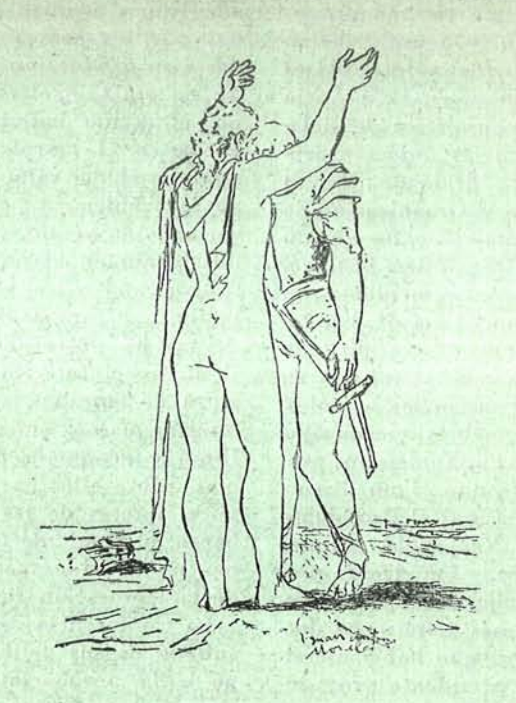
JAIME DELGADO

I N D I C E

Páginas

Portada y dibujos del pintor español *Ferreira*. En páginas de color, un estudio de los principales aspectos de la Conferencia Internacional de Caracas, por *Ceferino I. Maestú*.

¿ADONDE VA HISPANOAMERICA?



MADRID

1 9 5 4

COMO ÚLTIMO DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS EN ESTAS PÁGINAS SOBRE DIVERSOS ASPECTOS DE LAS CUESTIONES PLANTEADAS EN LA CONFERENCIA INTERAMERICANA DE CARACAS, INCLUÍMOS HOY EL PRESENTE INFDRME, EN EL QUE SE ESPECIFICA AL DETALLE LAS CUESTIONES DE MÁS TRASCENDENCIA ESTUDIADAS EN LA CONFERENCIA: EL COMUNISMO EN AMÉRICA, MEDIDAS PARA LA SOLUCIÓN DE PROBLEMAS ECONÓMICOS, ASUNTOS CULTURALES, DERECHO DE ASILO, ASUNTOS SOCIALES Y EL PACTO DE BOGOTÁ.

Entre el 1 y el 28 de marzo de 1954 se han celebrado en la Ciudad Universitaria de Caracas las sesiones de la X Conferencia Interamericana, con un evidente retraso, ya que estaban previstas para 1953. Al acto inaugural asistían delegaciones oficiales de veinte países americanos, encabezadas, en la mayoría de los casos, por sus ministros de Relaciones Exteriores, con las únicas excepciones de Uruguay y Nicaragua. De las naciones miembros de la Organización de los Estados Americanos sólo ha dejado de concurrir Costa Rica, quien justificó, previamente, su ausencia, mediante un comunicado de la Cancillería de San José, en atención a la conveniencia de "que algún país ponga de manifiesto, con su ausencia, en las circunstancias actuales, la angustia de los pueblos sacrificados en la pugna contra los totalitarismos propios de América". Pronunció un discurso en la reunión inaugural el Presidente de la República de Venezuela, coronel Marcos Pérez Jiménez, y fué elegido presidente de la Conferencia el ministro venezolano de Relaciones Exteriores doctor Aureliano Otáñez, que había ejercido las funciones de presidente provisional, de acuerdo con lo establecido en el artículo 20 del Reglamento de la Conferencia Interamericana. En virtud de lo dispuesto en el artículo 24 del citado Reglamento, el Gobierno de Venezuela designó como secretario general de la Conferencia a don Ernesto Vallenilla Díaz. El Reglamento de la Conferencia fué aprobado por el Consejo de la O. E. A. en sus reuniones de 1 de abril y 10 de noviembre de 1953, celebradas en Wáshington.

En los discursos inaugurales de casi todas las delegaciones asistentes a la Conferencia, se señalaba la importancia de los problemas económicos en las discusiones que iban a tener lugar. El secretario General de la O. E. A., doctor Alberto Lleras Camargo, sin embargo, al principio de las reuniones, no era "muy optimista acerca de los resultados de esta Conferencia, porque creía que tendríamos muy pocas cosas específicas sobre las cuales discutir; parecía como si la culminación de estos asuntos hubiera sido lograda en la reunión anterior en Bogotá...". Las delegaciones iberoamericanas acudían a Caracas angustiadas por los graves problemas planteados a su producción de materias primas. Ya no era sólo el caso del cobre chileno, el estaño boliviano, las lanas uruguayas o el petróleo venezolano, sino también el del café, que, aunque afectado favorablemente por importantes elevaciones de precio, venía siendo atacado duramente en el mercado interior norteamericano y en el Senado de Wáshington con campañas de *boicot*.

Para los observadores imparciales, la Conferencia Interamericana de Caracas, antes de empezar, ya tenía tres puntos fundamentales: anticomunismo, colonialismo y economía de las materias primas. Sobre ellos ha girado, efectivamente, el interés de las reuniones. Sin embargo, el resultado final de las discusiones no ha sido más que una serie de declaraciones sin fuerza contractual.

La Conferencia de Caracas, "como resultado de sus deliberaciones", sólo llegó a la aprobación de las siguientes Convenciones: Convención para el Fomento de las Relaciones Culturales Interamericanas; Convención sobre Asilo Territorial; Convención sobre Asilo Diplomático. Gran parte de los resultados dependían de la actitud de los Estados Unidos, y la delegación norteamericana llegaba a Caracas con una evidente táctica dilacionista, forzada por los problemas electorales de su política interior.

COMUNISMO EN AMÉRICA

El primer debate de la Conferencia se produjo al solicitar los Estados Unidos que el punto sobre el comunismo, a tratar por la Comisión de Asuntos Jurídico-Políticos, se colocase por delante de todos los demás, incluso el problema colonial en el continente. Al fin, la proposición estadounidense se impuso, aunque con el voto en contra de Méjico,

Guatemala y Argentina, y las abstenciones de Uruguay y Paraguay.

Durante las discusiones sobre el comunismo, Guatemala y Estados Unidos aparecieron enfrentados desde posiciones extremas. Norteamérica era la autora del proyecto de declaración, y el pequeño país centroamericano fué el único que votó contra él. Un periodista habló de la lucha entre David y Goliat en un diario de Caracas. Se esperaban acusaciones directas contra Guatemala, como "foco de comunismo"; pero el señor Foster Dulles, secretario de Estado norteamericano, con gran habilidad eludió ese planteamiento de matices intervencionistas, que hubiera creado una oposición mucho mayor a sus proyectos. Montó toda su argumentación en el plano teórico, y tuvo que aclarar, finalmente, que no existían países comunistas en América. Tras varias rectificaciones, se aprobó por 17 votos a favor, uno en contra (Guatemala) y dos abstenciones (Argentina y Méjico), una declaración, en la que se decía:

"Que el dominio o control de las instituciones políticas de cualquier Estado americano por parte del movimiento internacional comunista, que tenga por resultado la extensión hasta el continente americano del sistema político de una potencia extracontinental, constituiría una amenaza a la soberanía e independencia política de los Estados americanos, que pondría en peligro la paz de América y exigiría una Reunión de Consulta para considerar la adopción de las medidas procedentes, de acuerdo con los Tratados existentes; y

"RECOMIENDA: Que sin perjuicio de cualesquiera otras disposiciones que cada Estado estime conveniente dictar, los Gobiernos americanos presten atención especial a las siguientes medidas, encaminadas a contrarrestar las actividades subversivas del movimiento internacional comunista dentro de sus jurisdicciones respectivas: 1.ª Medidas que requieran la declaración de identidad, actividades y procedencias de los fondos de que disponen las personas que hagan propaganda del movimiento comunista internacional o que viajen en interés de dicho movimiento, y, asimismo, de las personas que actúen como agentes o en beneficio del mismo movimiento. 2.ª El intercambio de información entre los Gobiernos para facilitar el cumplimiento de los propósitos de las resoluciones adoptadas por las Conferencias Interamericanas y las Reuniones de Consulta de ministros de Relaciones Exteriores en relación con el comunismo internacional."

El documento terminaba con una aclaración significativa: "Esta declaración de política exterior, hecha por las Repúblicas americanas en relación con los peligros de origen extracontinental, está destinada a proteger y no a menoscabar el derecho inalienable de cada Estado americano de elegir libremente su propia forma de Gobierno y sistema económico, y de vivir su propia vida social y cultural."

Inmediatamente después de la aprobación por la Conferencia de esta declaración, el secretario de Estado norteamericano abandonaba Caracas, rumbo a Wáshington, acompañado por varios de sus más destacados colaboradores. La Conferencia, para él, había terminado.

Sin embargo, estrechamente relacionada con la declaración anticomunista, la delegación panameña presentó una nueva moción contra la discriminación racial en el continente, haciendo alusión a la situación de los trabajadores de su país en la zona del Canal. Fué aprobada por unanimidad. En ella se decía "que el peligro que la acción comunista representa para la seguridad de nuestros países y para la solidaridad del continente, requiere, de parte de las autoridades de cada Estado, una serie de medidas encaminadas a hacer efectiva la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre y para hacer desaparecer las causas que puedan ser aprovechadas favorablemente para combatir la democracia".

A partir de este momento se abría un nuevo período para la Conferencia. El frente continental se iría dividiendo, cada vez más, entre Estados Unidos y los demás países americanos.

COLONIAS EUROPEAS EN AMÉRICA

De antemano, el problema de Puerto Rico quedaba descartado. Sólo se trataba

de condenar el colonialismo europeo en el continente. Los delegados del Partido Independentista Puertorriqueño, con representación en la Asamblea Legislativa de la isla, veían denegadas o retrasadas sus peticiones de visado de entrada venezolano, aunque en la delegación estadounidense a la Conferencia aparecía representación gubernamental del Estado Libre Asociado. En otras Conferencias, el tema de Puerto Rico fué estudiado; en ésta, no.

Con relación al coloniaje europeo, había un precedente importante: la declaración pública hecha por el Presidente Getulio Vargas, del Brasil, en la Embajada de España en Río de Janeiro, con ocasión de la Fiesta de la Hispanidad, el 12 de octubre de 1953. Apoyados en esta declaración categórica, los delegados brasileños presentaron una proposición, que se vió emparejada a otra argentina, país que siempre acompañó a Guatemala en la conducción de las propuestas anticolonialistas desde la Conferencia de Río de Janeiro. Se intentó llegar a una refundición de los dos proyectos—brasileño y argentino—, pero no se logró una fórmula transaccional. Ambos se pusieron a votación, y Argentina y Brasil apoyaron las dos propuestas al mismo tiempo. El resultado final dió el voto favorable de todos los delegados para las dos declaraciones, con la única abstención de los Estados Unidos.

La delegación norteamericana consideraba que la Conferencia Interamericana no era terreno propicio para abordar estos temas, ya que las potencias europeas interesadas no estarían presentes, y que, por eso, era preferible plantear la cuestión en el seno de la Organización de las Naciones Unidas. Sin embargo, muchos comentaristas señalaron que los Estados Unidos prefirieron abandonar el bloque continental para no comprometer sus relaciones con los países europeos con los que tienen alianzas militares anticomunistas. Pocos días antes, el *Daily Telegraph*, de Londres, publicaba un comentario, en el que se aseguraba que los Estados Unidos protegerían los intereses coloniales británicos en América.

El proyecto de declaración argentino aprobado resolvía: 1. Declarar que es voluntad de los pueblos de América que sea eliminado definitivamente el coloniaje mantenido contra el sentir de los pueblos, e igualmente la ocupación de territorios. 2. Expresar la simpatía de las Repúblicas americanas por la legítima aspiración de los pueblos actualmente sometidos de alcanzar su soberanía. 3. Proclamar la solidaridad de las Repúblicas americanas con las justas reclamaciones de los pueblos de América, en relación con los territorios ocupados por países extracontinentales. 4. Reiterar la fe de las Repúblicas americanas en los métodos de solución pacífica previstos en los Tratados vigentes, y repudiar el uso de la fuerza para mantener los sistemas coloniales y la ocupación de territorios en América.

El proyecto brasileño, también aprobado, dice así, en su parte resolutiva: "1. Declarar la necesidad de que los países extracontinentales que tienen colonias en el territorio de América no tarden en ultimar las medidas comprendidas en los términos de la Carta de las Naciones Unidas para permitir que los pueblos respectivos puedan ejercer plenamente su derecho de autodeterminación, a fin de que se elimine definitivamente el coloniaje en América. 2. Declarar que la presente resolución no se refiere a territorios que son materia de litigio o reclamación entre países extracontinentales y algunas Repúblicas americanas. 3. Transmitir a las Naciones Unidas todos los textos de las deliberaciones sobre el tema 2.° del programa de la X Conferencia Interamericana."

Según declaró el Canciller venezolano, señor Aureliano Otáñez, su país, contando con el apoyo de la totalidad de las delegaciones iberoamericanas, iba a plantear el problema colonial en América ante la Organización de las Naciones Unidas.

COMISIÓN II: ASUNTOS ECONÓMICOS

La Conferencia Interamericana de Caracas, al llegar al estudio de los asuntos económicos previstos en la Agenda, transformó radicalmente su fisonomía. Mientras en la primera parte el

secretario de Estado norteamericano lograba reunir la casi totalidad de los votos alrededor de su propuesta anticomunista, al abordarse los temas económicos surgió radicalmente un enfrentamiento de posiciones entre los Estados Unidos y las naciones del Sur.

Durante toda esta etapa se vió cómo la delegación estadounidense trataba de sortear los ataques de los países iberoamericanos para no comprometerse en nada ni quedar en posición desairada. Hubo momentos de auténtica tensión trágica, aun tras la tradicional cortesía de la diplomacia. Norteamérica trataba de eludir todo compromiso que pudiera ser utilizado por los enemigos electorales del Partido Republicano como un arma. Mientras tanto, Iberoamérica, con una unidad impresionante, trataba de encontrar el cauce para la solución de los fundamentales problemas económicos que tiene planteados, especialmente en sus relaciones comerciales con los Estados Unidos.

Como todo resultado positivo dependía en aquel momento de lo que los representantes de Wáshington decidieran, las naciones iberoamericanas cedieron, aceptando las condiciones puestas por Estados Unidos a sus propuestas. Pero el Panamericanismo estaba entrando en una etapa decisiva. Su crisis ha podido retrasarse, pero sigue latente. Si no se encuentra una auténtica solución permanente en el campo económico continental, ahora, en 1954 ó en 1955, probablemente, veremos cómo las Conferencias Interamericanas van perdiendo importancia y hasta cómo se produce la retirada de algún país de la Organización de los Estados Americanos. La solución permanente, la ordenación del mercado continental americano, sería una solución y una victoria que fortalecería el Panamericanismo. Pero no es fácil solución. Especialmente, vista desde Wall Street. Por eso quizá el frente cerrado iberoamericano de la Conferencia de Caracas irá haciéndose cada vez más agresivo, y la política peronista de Unión Económica o cualquier otra semejante irá ganando adeptos para la defensa de las economías nacionales y el mutuo apoyo para el desarrollo económico.

La propuesta chilena para la celebración de una Conferencia Económica Continental en los próximos seis meses (que Ecuador insistía en que debía tener lugar inmediatamente, a continuación de las reuniones caraqueñas), después de un forcejeo con la delegación norteamericana, fué aprobada. A los Estados Unidos le parecía bien esta Conferencia, pero con la condición de que se celebrara en Wáshington, "ya que allí se contaría con la asistencia de un gran número de expertos". Al final se acordó que tuviera lugar en la capital brasileña. La resolución aprobada acordaba:

"1. Convocar a una reunión de ministros de Hacienda o de Economía de los países miembros de la Organización de los Estados Americanos, que será la Cuarta Sesión Extraordinaria del Consejo Interamericano Económico y Social. 2. Dicha reunión tendrá lugar en el cuarto trimestre del presente año de 1954, en la fecha que, de común acuerdo, convengan el Consejo Interamericano Económico y Social y el Gobierno del país sede, la cual será dada a conocer con una anticipación de no menos de sesenta días. 3. Agradecer la invitación formulada por el Gobierno del Brasil y aceptar como sede de la reunión la ciudad de Río de Janeiro. 4. La reunión a que se refiere la presente resolución facilitará la Conferencia Económica de la Organización de los Estados Americanos, convocada para la ciudad de Buenos Aires por la resolución VIII de la IX Conferencia Internacional Americana. 5. Acordar el siguiente temario provisional de la reunión, a fin de que, a más tardar el 31 de mayo, los Gobiernos formulen sus observaciones al Consejo Interamericano Económico y Social, el cual las tendrá en cuenta antes de aprobarlo en definitiva:

MEDIDAS PRÁCTICAS PARA LA SOLUCIÓN DE LOS PROBLEMAS QUE AFECTAN A LAS ECONOMÍAS DE LOS PAÍSES AMERICANOS

a) *Comercio internacional:*
Precios y mercados.
Restricciones al comercio.
Promoción del comercio.

b) *Desarrollo económico:*
   Programación.
   Financiamiento.
   Cooperación técnica.

c) *Otros asuntos económicos y financieros.*

6. El Consejo Interamericano Económico y Social tendrá a su cargo todo lo relacionado con la organización y el funcionamiento de la reunión y la preparación de la documentación. 7. El Consejo Interamericano Económico y Social solicitará, por los conductos regulares, del secretario general de las Naciones Unidas la colaboración de la Secretaría de la Comisión Económica para la América Latina en la preparación y desarrollo de la reunión. Igualmente procurará la colaboración y asistencia de otros organismos internacionales cuyas actividades se relacionen con el temario de la reunión. 8. Para el mejor éxito de la reunión se solicita que los Estados Miembros de la Organización de los Estados Americanos tomen las medidas de orden interno que sean necesarias, a fin de que preparen y presenten proyectos y sugestiones concretas que puedan servir de base para las discusiones."

Esta larga resolución ha sido el resultado más importante de los trabajos de la Comisión II en la Conferencia de Caracas. Respecto a ella hay que destacar que no se elimina la Conferencia Económica prevista desde la Conferencia de Bogotá para celebrarse en Buenos Aires, y que los Estados Unidos venían retrasando por no considerar existía ambiente propicio para ella. Según se decía en Caracas, la reunión de Río de Janeiro tendrá lugar en el próximo mes de noviembre de 1954.

Fuera del acuerdo anterior, sólo se han firmado declaraciones de mayor o menor importancia, que, para el observador imparcial, sólo tienen interés para valorar el clima de la Conferencia en el campo iberoamericano. Son factores de una gran bomba que no ha llegado a estallar.

Las declaraciones de mayor importancia son las siguientes:

"Que los países miembros de la Organización de los Estados Americanos deben tener como uno de los objetivos esenciales de la solidaridad continental la coordinación estrecha de sus economías con un sentido de unidad."

"Que los países americanos se esfuercen en intensificar el comercio regional e interamericano y, a este efecto, traten de extender, mediante arreglos apropiados, las facilidades de transporte, condiciones de pago y otras, de las mercancías objeto de este comercio."

"Que los países industrializados eliminen restricciones de toda índole y se abstengan de imponerlas a las importaciones de materias primas, productos naturales o semimanufacturados, provenientes de los países americanos menos desarrollados, y que asimismo eliminen la imposición de prácticas discriminatorias a la importación de dichos productos."

"Recomendar a los Gobiernos que, dentro de las posibilidades de cada país, dicten las medidas necesarias para diversificar y dar bases técnicas a su producción, e intensificar, previos los estudios del caso, la industrialización de sus países."

"Recomendar a los países americanos el mantenimiento y mejoramiento, cuando ello sea necesario, de un clima de condiciones favorables que estimule las inversiones de capital privado extranjero."

"Que, con el fin de que las nuevas inversiones extranjeras contribuyan eficazmente al desarrollo económico de los países americanos, es aconsejable se tenga en cuenta, entre otras cosas, la situación de las empresas ya establecidas, a fin de no afectar su normal desenvolvimiento, siempre que esto guarde consonancia con el interés nacional."

"Recomendar a los Estados latinoamericanos, que carezcan de organismos de programación de desarrollo económico, consideren el establecimiento de tales organismos, cuya función primordial será la de elaborar los programas correspondientes, establecer prioridades desde un punto de vista nacional y coordinar las inversiones de los sectores público y privado, tratando, en lo posible, de contribuir al mantenimiento de la estabilidad económica y de no entorpecer el ejercicio de la libre iniciativa ni la libertad de empresa."

"Recomendar a los Gobiernos del continente que aún no lo hayan hecho que, como parte de los programas de desarrollo económico de sus países, continúen sus esfuerzos para la realización de sus reformas agrarias, de acuerdo con las normas técnicas apropiadas que permitan una distribución justa de la tierra y su incorporación a la producción, estimulando la organización económica de su explotación sobre la base de sistemas modernos de aprovechamiento de la tierra, a fin de mejorar el nivel de vida de la población campesina."

"Recomendar al Consejo de la Organización de los Estados Americanos que, de acuerdo con el artículo 53 de la Carta de la Organización, y en consulta con los órganos de la misma que estime necesario, estudie la conveniencia y posibilidad de crear un organismo especializado interamericano sobre el plomo, cobre, cinc, estaño y volframio."

"Que los miembros de la Organización de los Estados Americanos, productores o consumidores de cantidades sustanciales de materias primas, consideren los efectos sobre la economía de los Estados Americanos de sus decisiones respecto a clasificación, para los fines de regular la exportación de materias primas específicas."

"Recomendar a los Gobiernos de los países que exportan materias primas, productos naturales o semimanufacturados, se esfuercen por mantener un nivel de producción acorde con las necesidades del consumo mundial. Recomendar a los Gobiernos de los países consumidores de materias primas, productos naturales o semimanufacturados, den todas las facilidades posibles para la expansión natural del consumo a un nivel equitativo de precios remunerativos que permitan el equilibrio de los términos de intercambio, evitando restricciones sobre tales productos."

"Recomendar a los países americanos que, para la disposición y colocación de sus excedentes agropecuarios en los mercados mundiales, procuren adoptar medidas de efectiva colaboración internacional que concreten los principios contenidos en la declaración que precede, evitando que se ocasionen interferencias y perjuicios en el ordenamiento de la producción e intercambios normales."

Por su interés, reproducimos a continuación el texto de la declaración de referencia: "1. Que es firme propósito de los países americanos alcanzar fórmulas efectivas de cooperación internacional en lo concerniente a la disposición de excedentes agropecuarios, a cuyo efecto sostienen los siguientes principios: *a)* Los productos agropecuarios no deben ser destruídos. *b)* La colocación de productos agropecuarios debe efectuarse evitando ocasionar fluctuaciones exageradas en los ingresos provenientes de la exportación de los mismos, cuyos precios deben guardar una relación adecuada, justa y equitativa con los de los artículos manufacturados que entran en el comercio internacional. *c)* Los países que poseen excedentes agropecuarios evitarán, cualesquiera que fueren los métodos de disposición que adopten, entorpecer con ellos el comercio normal de los países exportadores. *d)* Las donaciones y operaciones concesionales para la colocación de excedentes deberán dirigirse a sectores de la población sin significación comercial en los mercados internacionales de los productos agropecuarios; y *e)* La solución del problema de los excedentes de productos agropecuarios debe buscarse a través del aumento del consumo, atendiendo las necesidades originadas por las contracciones en volumen de la producción respectiva y las que deriven de una creciente demanda internacional, resultante del aumento de la población mundial y del desarrollo económico integral de las regiones menos desarrolladas. 2. Que los Estados Americanos reconocen que la formación de excedentes en sus producciones básicas no debe invocarse para detener el perfeccionamiento y la tecnificación de su agricultura, cuyas metas, aún distantes, están configuradas por un abastecimiento y una satisfacción cada vez más integrales de las crecientes necesidades de sus pueblos."

Además de estas declaraciones y recomendaciones se hicieron otras sugiriendo medidas sobre financiamiento de "operaciones en el campo del desarrollo económico", financiamiento "de los

trabajos que están pendientes" en la carretera panamericana, coordinación de los servicios de asistencia y cooperación, técnica y facilidades para su desarrollo, así como para su financiación; preservación de los recursos naturales: plataforma submarina y aguas del mar, recomendando el establecimiento en las islas Galápagos (Ecuador) de un Instituto Oceanográfico Interamericano; eliminación "de impuestos sobre los pasajes (aéreos, marítimos y terrestres), que se aplican únicamente a determinadas áreas del continente americano", especialmente el Caribe y América Central; reforma de los Estatutos del Consejo Interamericano Económico y Social, con el "fin de dar a éste mayor flexibilidad y eficacia en el desempeño de sus labores", con el fin de que "los Gobiernos cuenten en él con un instrumento ampliamente adecuado para la consideración y el estudio de los problemas económicos"; recomendación para que se ratifique la Convención que creó el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas, por quienes no lo hayan hecho; recomendación para la retirada de la Convención de Santiago de Chile sobre Uniformidad de Nomenclatura para la Clasificación de Mercaderías, por considerarla anticuada, y sugiriendo que los Estados Americanos adapten su Clasificación a la Nueva Nomenclatura Arancelaria Uniforme Centroamericana, lograda con asistencia de las Naciones Unidas y el Instituto Interamericano de Estadística; coordinación de las actividades del C. I. E. S. y la C. E. P. A. L.; recopilación de todas las declaraciones, resoluciones y recomendaciones de carácter económico hechas desde la Conferencia sobre Problemas de la Guerra y de la Paz, de Méjico, D. F. (1945).

La mayoría de estas declaraciones y resoluciones fueron aprobadas por el voto unánime de los delegados iberoamericanos frente a los Estados Unidos. Se espera que sirvan de base y como argumentos para la Conferencia Económica de Río de Janeiro, a la cual—según declaración del presidente del Banco del Estado de Chile, señor Prat Echaurren, y delegado de su país en Caracas—concurrirán "los ministros de Hacienda con facultades suficientes para firmar Acuerdos multilaterales sobre Convenios concretos, para respaldo mutuo de la economía latinoamericana".

La Comisión II (Asuntos Económicos) estuvo integrada por los siguientes representantes: Ecuador, señor Nebot; Guatemala, señores Noriega y Acevedo; Brasil, señor Leite; Paraguay, señores Moreno González y Sapena; Cuba, señores De la Campa, López Blanco y Martínez; El Salvador, señores Ramíres y Martínez Moreno; Panamá, señores Obarrio y Heurtematte; Uruguay, señor Weiss; Chile, señores Prat Echaurren, Vergara y Valenzuela; Estados Unidos, señores Waugh, Bohan y Anderson; República Dominicana, señor Ortiz; Méjico, señores Amador, Cardona, Ortiz Mena y Navarrete; Nicaragua, señor Guerrero; Perú, señor Llosa; Honduras, señor Mejía; Colombia, señores Villaveces y Mejía Palacio; Haití, señores Hudicourt y Paul; Bolivia, señor Gutiérrez Granier; Argentina, señores Pelliza, Bunge, Valladares y Bonastre; Venezuela, señores Alfonzo Ravard y Muller. Como presidente actuó el delegado cubano don Miguel Angel Campa, Canciller de su país, y como vicepresidente, el delegado uruguayo, don Alfredo L. Weiss.

COMISIÓN IV: ASUNTOS CULTURALES

Esta Comisión ha sido una de las dos que ha obtenido el éxito de sacar adelante la firma de una nueva Convención interamericana: la Convención para el Fomento de las Relaciones Culturales Interamericanas, que, con las de Asilo Territorial y Asilo Diplomático, pasa al común acervo continental.

Según declaraciones hechas a la prensa por el presidente de la Comisión, delegado acuatoriano doctor José Vicente Trujillo, "esta Convención aprobada viene a modificar el más antiguo de los Convenios de carácter cultural, es decir, el adoptado en Buenos Aires el 23 de diciembre de 1936, en lo que respecta al sentido multilateral". El propósito de la nueva Convención es revisar la primera, con el fin de introducirle mejoras de carácter técnico que hagan más factible el intercambio de estudiantes, profesores, artistas, etc., entre los dis-

tintos países de América. "Para asegurar el mejor funcionamiento de la Convención—añade el señor Trujillo—se ha introducido una innovación: es la que asigna a la Unión Panamericana una función coordinadora en esta materia. Se ampliarán por esta Convención las posibilidades para los países de aprovechar mutuamente las ventajas que cada uno pueda ofrecer a los otros con respecto a sus Institutos culturales. En una palabra, la IV Comisión (Asuntos Culturales) cree que con este Tratado se ha llenado un vacío en las relaciones culturales interamericanas y se ha dado un paso positivo en el largo camino que debemos recorrer para la elevación del nivel cultural de todos nuestros países. Dependerá ahora de cada Estado el que aproveche más o menos de las ventajas que ahora se le brindan con esta Convención."

Pero el tema cultural no se limitaba a la revisión de la Convención de Buenos Aires. Existía un largo temario, de acuerdo con la tradición interamericana, que, desde 1910, venía dedicando su atención a estos temas en las sucesivas Conferencias Panamericanas. En la IX Conferencia, celebrada en Bogotá, sin embargo, fué donde se colocaron las bases para una acción integral en el campo de la cultura. La Carta de la Organización de los Estados Americanos, en distintos puntos de su articulado, aborda los problemas culturales y crea el Consejo Interamericano Cultural, al que se le atribuye la tarea de trazar toda una política de la Organización a este respecto. La Comisión de Acción Cultural, organismo permanente del Consejo, celebró su primera reunión en Méjico, siendo designado director del Consejo Interamericano Cultural el intelectual brasileño Alcéu Amoroso Lima, que desempeñó este cargo durante dos años, hasta que fué reemplazado por su compatriota Erico Verissimo. Todo el amplio temario de la IV Comisión de la Conferencia de Caracas deriva de los trabajos de esta Comisión, así como de los del Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana.

Quizá el tema de mayor importancia era el de la Carta Cultural de América, en la que se pretendía reunir las numerosas resoluciones y recomendaciones culturales aprobadas en las sucesivas reuniones panamericanas. Sin embargo, no ha podido acabarse su discusión, acordándose que el Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana termine la recopilación de los Acuerdos y que proceda a la elaboración del anteproyecto de Carta Cultural, que pasaría al Comité de Acción Cultural para su estudio y aprobación, si procede, en la segunda reunión del Consejo Interamericano Cultural. La recomendación que se hace a la Unión Panamericana es que, en la preparación del anteproyecto, tenga en cuenta: "*a)* Los valores de la cultura americana, de acuerdo con sus diferentes orígenes, los cuales deben expresarse en una declaración de principios. *b)* Los ideales culturales consagrados en la Carta de la Organización de los Estados Americanos y en la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre; y *c)* La Declaración sobre Cooperación Cultural." La Carta Cultural tendrá tres capítulos: Científico, Cultural y Educacional, y deberá estar terminada para el mes de octubre próximo, época en la que tendrá lugar la segunda reunión del Consejo Interamericano Cultural en Sao Paulo (Brasil).

El acuerdo de mayor trascendencia de esta Comisión quizá sea la resolución para que, coincidiendo con la segunda reunión del Consejo Interamericano Cultural, se celebre "una reunión de ministros y dirigentes de la educación nacional de los países americanos designados por los respectivos Gobiernos", tanto de entidades oficiales como privadas, con el fin de estudiar problemas educacionales de carácter general, cooperación internacional y, especialmente, los problemas relacionados con la alfabetización. En esta reunión también deberá estudiarse la posibilidad de que reuniones de este tipo, entre ministros, rectores, decanos y profesores, puedan celebrarse periódicamente en el futuro.

Hubo una propuesta peruana que produjo un cierto alboroto, hasta que fué retirada por la delegación del Gobierno de Lima. Tratábase de un proyecto para que la Organización de los Estados Ame-

ricanos se encargase de la publicación de un Diccionario de Americanismos en los cuatro idiomas hablados en el continente. Ante la reacción de la Academia Peruana de la Lengua, este proyecto fué retirado, reconociendo el presidente de la delegación del Perú en Caracas, doctor Víctor Andrés Belaúnde, que estos trabajos correspondían a la Real Academia Española de la Lengua y a la Asamblea de Academia, y que nadie podía discutirles este privilegio.

En este campo del lenguaje hubo una propuesta colombiana para la creación de un Instituto Bello-Caro y Cuervo, con el fin de completar el Diccionario de Construcción y Régimen del célebre filólogo Cuervo y hacer investigaciones filológicas y gramaticales. Según declaraciones de don Silvio Villegas, de la delegación colombiana, "cada país destacaría sus figuras más eminentes, y tendríamos una corporación de mucha mayor importancia que la Academia Española de la Lengua, porque representaría más de cien millones de personas que hablan castellano". Esta maniobra también se vió frenada, como la anterior. Sólo ha sido aprobada una "recomendación", por la que se sugiere "que los Estados Miembros envíen voluntariamente al Instituto (Caro y Cuervo), como profesores o alumnos, especialistas en esas disciplinas, y procuren interesar a las instituciones oficiales y privadas pertinentes para que participen en el sostenimiento y desarrollo de dicho Instituto". Y en los "considerandos", después de señalar la necesidad de terminar la obra emprendida por el colombiano Rufino José Cuervo, se dice que todas estas tareas "pueden y deben desarrollarse en conexión con las actividades de la Real Academia Española y con las de sus correspondientes, establecidas en varios países de América, así como también con las labores de las distintas Academias americanas, por lo que hace a las influencias recíprocas crecientes en la lingüística americana". Termina acordando "que el Consejo de la Organización considere la posibilidad de solicitar del Instituto aludido (Caro y Cuervo) que agregue a su nombre el de Andrés Bello, y que adelante la preparación del Diccionario de Americanismos", tarea esta última que suponemos, de acuerdo con el anterior "considerando", como colaboración a la Real Academia Española de la Lengua.

Además de una campaña contra el analfabetismo, considerando "que existen en América millones de personas que no saben leer ni escribir", la Comisión IV estudió, entre otros temas importantes, una equivalencia de grados académicos y títulos profesionales, cuyo estudio encomendó a la Unión Panamericana; un intercambio de las publicaciones aparecidas en el territorio de cada Estado, y que, a juicio de su Gobierno, "tenga un valor representativo peculiar o continental"; un fortalecimiento de los organismos culturales interamericanos; una campaña de difusión nacional, mediante la inclusión en los programas escolares y universitarios, de "la naturaleza, los propósitos y principios, la organización y el funcionamiento del sistema regional interamericano"; aliento para la labor cultural interamericana de entidades particulares; recomendación para la "creación e intensificación progresiva de Centros educativos especializados que lleven a cabo la capacitación de las mujeres campesinas"; recomendación para la liberación de "todos los derechos de exportación e importación y el otorgamiento de las franquicias necesarias para la adquisición de los equipos, maquinarias e implementos destinados a la enseñanza técnica"; recomendación para que, los que no lo hayan hecho, ratifiquen la Convención Interamericana para la Protección del Derecho de Autor, firmada en Wáshington en junio de 1946"; que se funden, donde no existan, "bibliotecas modelos o de demostración"; recordar que el 13 de octubre fué designado Día de la Cultura Americana; que se preste un apoyo mayor al Instituto Panamericano de Geografía y los Seminarios de Educación, así como la continuación de los trabajos y apoyos para la terminación del Faro de Colón, en la República Dominicana. También se pensó en levantar un monumento a Colón en la isla de San Salvador; pero sólo se resolvió "expresar el anhelo de la Conferencia de rendir dicho homenaje y confiar en que, cuando desaparezca to-

talmente el coloniaje extracontinental en América, se haga efectiva la noble iniciativa de la República de El Salvador".

Considerando que muchos de los temas presentados a la X Conferencia Interamericana eran de la competencia del Consejo Interamericano Cultural, se aprobó una recomendación traspasándole el estudio de una serie de ellos, entre los que se encontraban una propuesta brasileña para la publicación de una revista de educación, así como la organización de un servicio de traducción al inglés, al español, al portugués y al francés de trabajos originales de científicos americanos; otra propuesta cubana de introducción y bases para la redacción de la Carta Cultural de las Américas; otra propuesta ecuatoriana para la constitución de Casas de la Cultura, y otra uruguaya para la creación "en cada museo nacional de una sección de arte americano para la exhibición de obras representativas de todos los países del continente".

DERECHO DE ASILO

Con el voto en contra del Perú, que oponía reparos al punto de la Convención aprobada en Caracas, según el cual "corresponde al Estado asilante apreciar la urgencia y sus circunstancias", se han aprobado dos Convenciones sobre Asilo Territorial y Asilo Diplomático. Entre los puntos más importantes de estos documentos se encuentran el que los Estados territoriales respetarán el asilo concedido a personas perseguidas por motivos políticos en delegaciones, buques, campamentos y aviones militares; que todo Estado tiene derecho a conceder asilo, pero sin obligación de otorgarlo ni de declarar las causas porque pueda negarlo; que no es lícito otorgar ese asilo a quienes, en el momento de solicitarlo, se encuentren sometidos formalmente al juicio de los Tribunales, ni a los desertores de las fuerzas armadas, salvo que lo hagan por motivos políticos; que el asilo sólo será concedido en caso de urgencia y por el tiempo necesario para obtener salvoconducto de salida del país para el asilado.

COMISIÓN III: ASUNTOS SOCIALES

Esta Comisión, realmente, hizo una labor gigantesca, aunque su trascendencia no sea tan resonante como la de las demás delegaciones. Ha estudiado un elevadísimo número de proyectos de declaraciones y recomendaciones sobre información a los trabajadores, sobre fortalecimiento del sistema de protección de los derechos humanos, desenvolvimiento de Sindicatos libres, posible creación de una Corte Interamericana para Proteger los Derechos Humanos, homenaje a los países que han incorporado en su legislación el derecho de sufragio en favor de los analfabetos, modernización de los sistemas penitenciarios en América, desarrollo del movimiento cooperativista, problema de la vivienda económica y posibilidad de establecer un Banco privado interamericano de fomento de la vivienda de interés social, continuación de los estudios sobre éxodo rural, asistencia social en zonas rurales, asistencia social a la familia y a los menores, celebración de conferencias especializadas en el campo del Servicio Social y apoyo a la celebración del III Congreso Panamericano de Servicio Social, Seminarios regionales de Servicio Social, etc., etc.

PACTO DE BOGOTÁ

Se había planteado la posibilidad de una revisión del Tratado americano de Convivencia Pacífica, conocido por Pacto de Bogotá. Después de varias discusiones se acordó no estudiar su revisión, recomendando a los países miembros de la O. E. A. la ratificación del Tratado; iniciar una encuesta para comprobar si los países están de acuerdo con una revisión, y, si la encuesta es favorable, iniciar estudios a través de organismos especializados, presentando los proyectos de revisión a la próxima Conferencia.

También se aplazó hasta la próxima Conferencia, entre otros proyectos, el salvadoreño para la creación de una Corte Interamericana de Justicia.

FINAL

Tres mil personas estuvieron moviendo, durante veintiocho días, la maquina-

ria gigantesca de la X Conferencia Interamericana de Caracas. En ella se han planteado grandes problemas, se han resuelto algunos y han quedado abiertas interrogantes de trascendencia imprevisible. Entre el 28 de marzo de 1954 y la XI Conferencia, que tendrá lugar en Quito—acuerdo tomado por unanimidad tras la retirada de la petición dominicana—, queda empezado ya un paréntesis que puede ser trascendental para el Panamericanismo. Al terminar esta etapa, el secretario general de la O. E. A., doctor Alberto Lleras Camargo, ha presentado su dimisión, para entregarse al servicio de su país (Colombia). ¿Quién habrá de sustituirle? Se han manejado muchos nombres, entre los que aparecen el del Generalísimo Trujillo, el ex Presidente ecuatoriano Galo Plaza, el ex Presidente chileno Carlos Dávila, el mejicano Luis Quintanilla y el panameño Ricardo J. Alfaro, ex Presidente de su país. A cualquiera de ellos habría de corresponderle una tarea de la mayor responsabilidad, porque el Panamericanismo, o supera la etapa actual en Río de Janeiro, o entrará en una crisis de la que le será muy difícil salir.

Como dato curioso final señalaremos que, en Caracas, se calculaba que, teniendo en cuenta la periodicidad de las Conferencias Interamericanas, no volvería a celebrarse otra en la capital venezolana hasta el año 2059. Los optimistas desean que, para entonces, aún podamos observar.

C. L. M.